M. FERDINAND PONTAC

Dibujo de Siffredi

Cofre Bruñido

EVOCACIONES DE LA RESTAURACION

MONTEVIDEO

M. FERDINAND PONTAC

COFRE BRUÑIDO

Evocaciones de la Restauración



Montevideo

A Chichina, mi mujer, que me ha dado cinco hijos admirables: Luís Leopoldo, Carlos, Eugenio, Hugo y Stelio, dedico este libro que puede ser el último.

M. Fern. Pontac

OBRAS DEL AUTOR

Hombres y pueblos: 1916.

Aguafuertes de la Restauración: 1941 - 1942 - 1949 - 1960.

Sombras heróicas: 1945 - 1949.

La sangre de Quinteros: Polémica con Luis Pedro Bonavita: 1958.

Hombres de mi tierra: 1959.

Cofre bruñido: 1962.

COFRE BRUÑIDO

Estoy en el sexto libro de mi paciente labor literaria a lo que se mezcla con pasión lo que he podido recolectar en la tradición oral de los octagenarios de mi pueblo y el estudio afanoso de los archivos históricos. Puedo hacer un alto en los quehaceres de mi más gustoso oficio y echar una mirada hacia atrás. Me siento en paz conmigo mismo. He servido en la mejor y mayor medida de mis fuerzas el pasado de esta Villa de la Restauración que sigue siendo el hogar seguro y extenso que me ha dado todo: las pasiones felices de mi juventud; el amor por los acontecimientos; el respeto de sus hombres.

Llego a este sexto volumen, con la apacible sensación de quien ha realizado su labor sin fanatismos que nublan la veracidad que debe presidirla. Cada calle, cada casa, cada piedra de la Villa de la Restauración, tienen mi cariño íntimo, como si yo mismo hubiese sido su creador o su constructor incansable. Sus viejos de lúcida memoria me han entregado un material precioso para rescatar del desconocimiento o el silencio, que habría de convertirse en olvido todo su pasado, con ribetes eglógicos o heroicos. Oro y plata cincelada en los anales históricos de la república. El general don Manuel Oribe acuñó sus cimientos; el general don Lorenzo Batlle dió mayor brillo a su sol. Hombres de paz y de guerra, mujeres de hermosura famosa y de carácter que dejó la huella de episodios inolvidables, hacen de la Unión un pueblo digno de tener como relator a un don Ricardo Palma, indiscutido cronista del virreinato en su Lima casi legendaria.

En el insomnio de la alta noche suelo evocar sus episodios. Levanto la tapa del cofre bruñido y el corazón de su opulencia. Amo sus fantasmas, la recia substancia antigua sobre la que se alza su prosperidad de hoy, la quietud de aquella aldea, telón de fondo del bullicio de esta creciente ciudad.

Villa de la Restauración, pueblo de la Unión, cofre de mi vida desde la infancia hasta esta altura melancólica: ante tí dejo, como una ofrenda, mis afanes que han velado siempre por la inflexible verdad de los hechos históricos y la poesía de tu ayer que parece tocar la leyenda.

Luis BONAVITA

UNA CHACRA EN EL CARDAL EN 1784

FRISABA en la cincuentena don Miguel de Texada, cuando abandonando sus heredades españolas dirigióse a estas tierras del Plata para servir en ellas a su rey, como lo había servido durante más de treinta años en la península y campos de Europa, sitios de Cuneo, batalla de Plasencia, ataque a Alejandría, toma del Monte Castelo.

Aquí la tranquilidad de nuestra vida colonial no le permitiría destacarse mayormente. Apenas su foja anota en 1773 la expedición al Yacuy, en que se defiende sin éxito contra los portugueses el territorio de Río Grande. Cuando en 1779 separan a Chinchilla de la Jefatura del Regimiento del Fijo de B. Aires con sede en Montevideo, lo suplantan con Tejada, quien ejerce en dos breves ausencias de Del Pino, años 84 y 90, la gobernación de Montevideo.

En el primer interinato encarece al Cabildo "el cumplimiento del indulto que el rey se ha servido expedir con el plausible motivo del parto de la Princesa, Nuestra Sra.". En el otro, incide en la disputa entre el cura vicario de Montevideo y el Cabildo, "sobre si se debería enterrar o no cadáveres en las iglesias", y luego, con pompa inusitada, coloca la piedra fundamental de la nueva iglesia Matriz, piedra a la que el Cabildo, en el afán de perpetuar su esfuerzo, graba una inscripción con 84 palabras latinas...

Resignóse el soldado a la monotonía de los tiempos de paz de la colonia. Ascendía sin prisa: coronel del Fijo, gobernador de armas, gobernador interino de Montevideo. Con tales títulos ha de conocerlo la ciudad en que se afinca para entregarle sus últimos treinta años de militar, a quien pudo trasplantarse sin cambiarle sus hábitos ni debilitarle sus creencias.

Si conoció alguna pasión superior al respeto a su rey, no pudo ser otra que su devoción por su dios.

Era el primogénito del hogar que en 1724 formaran don Domingo Tejada y doña María de la Vega y Medina. Ha de guardar el hijo las

tradiciones de esa casa que no conoce otro norte que el honor español, la cristiandad y la reyecía.

En sus posesiones de Antequera posee un Patronato de Legos. Cuando emigra al Plata lo dejará al cuidado de doña Juana, de la Encarnación su hermana, quien seguirá guardando en él el culto por el jueves santo.

Andaluz y malagueño, si por esta raíz fuera don Miguel algo más exagerado que sus conterráneos, debía ser por fuerza franco y cortés, abierto y valiente, y generoso, con ese magnífico desprendimiento tan natural a los andaluces, como que es la parte más noble de su regional personalidad.

Dios y el rey.

Al último le dará su brazo, hasta cuando las fuerzas se nieguen a sostener la espada. Recuérdese el episodio singular que alcanza para guardar un nombre. Montevideo estaba al caer bajo el envión de los ingleses. Enero 1807. Tejada tiene 82 años. Por eso mismo no se le llama a la defensa de la ciudad. Pero a la cita de honor no ha de faltar el heroico Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos. Está postrado en cama. Penosamente vístese el uniforme que tan pocas veces ha tenido ocasión de lucir, y en brazos de dos esclavos, Ignacio y José, se hace llevar a la ciudadela, ocupando en ella su puesto de combate. La ciudad cae y él no muere. Pero su actitud nos ha mostrado a un poeta del gesto.

A su religión habría de consagrarle hasta su estilo de vida. Para costear el mantenimiento del Patronato lejano, afectará don Miguel todas sus fincas. Para su segunda hermana, y con los mismos fines, apartará el creyente las rentas del cortijo de Cañavaralejo, cuyo mayorazgo había recaído en él por herencia. Sus demás bienes los aplicaba, "sin reservaciones de cosa alguna", al sostenimiento de su máxima devoción, no excluyendo de ese sacrificio ni siquiera la casa de la calle de San Carlos.

LA CASONA

Como buen español, Tejada cuidó la dignidad de su morada. No podía olvidar la tierra de donde provenía y en la que transcuriera su infancia, los robledales de Antequera, la amplia vega, las sinuosidades de la sierra a cuyo pie la ciudad se extendía con modesta gracia. Recordaba la piedra de su provincia andaluza, granito rojo con que se edi-

ficara el poblado al que tres siglos antes el conquistador diera por armas una jarra de azucenas entre una fortaleza y un león.

A todo costo edificó Tejada su casa. De azotea, con altillo. Ventanales de hierro forjado hacia la calle, bajo el tejadillo, dispuestas a ambos lados de dos grandes puertas de entrada abriéndose sobre umbrales de algarrobo. Patio enlosado, con tinajas y macetones, corredor colonial cuyo techo de tejas se apoyaba en tirantes de lapacho. Aljibe con brocal de piedra, tapa y pescante de hierro forjado, junto al cual la sonora pajarera guardaba la sombra de la parra que cubría los patios extendiendo ramos hasta la cochera.

Y luego el mobiliario. Lo más rico que pudiérasele exigir a la artesanía de la época, adornaba las estancias de la casa del coronel. La sala encerraba piezas de estilo, mesa de arrimo con floreros de porcelana, sillas tapizadas en cuero, cómodas, diván "con almohadones de India", un gran brasero movible, como en toda casa rica de los Torcales. Comedor de muros encalados y piso de madera ensamblada, con ventanales a dos batientes, a través de cuyos vidrios penetraba la selvática visión del patio, techo artesonado sobre vigas de dura madera labrada, mesas y arcones, sillas de asiento pajizo, rinconeras de nogal. Y dos cuadros únicos: el Santísimo y la Inmaculada.

En ciertas fechas, siempre relacionadas con efemérides reales, encendíanse los candelabros y surgían de los arcones la rica mantelería y la vajilla de plata para agasajar a la mejor sociedad de Montevideo, reunida en casa del coronel del Fijo.

En el dormitorio, lujo de sibarita, podía verse "una cuja catre" de madera veteada, anticipo del mueble convertible de nuestros días. El cortinado pendiente de su cenefa, protegía la exótica cama, cubierta con rica colcha de damasco. Las sábanas y las almohadas eran del mejor hilo de Bretaña. Las guardaban tres amplios arcones, mientras los uniformes del coronel pendían del techo de un ropero embutido en la pared, primer placard que haya conocido la ciudad de Zabala.

Hincado frente a sus imágenes sacras, rezaba Tejada antes de retirarse a descansar. Uno de los esclavos encendía el candelabro de su amo, quien muchas veces leía en la alta noche.

*
* *

En la casa de la calle de San Carlos, no había lugar para una mujer...

Tal vez no sea exacto ni justo el recuerdo, pero nos llega el de aquel monje egipcio que pasó cinco años en una tumba, saliendo de ella muerto para las tentaciones de los sentidos. "La imagen de la mujer que hasta en la vejez siguió turbando a Macario y a Antonio, sólo le causaba a ese monje de la Tebaida, horror y repulsión".

LA CHACRA DEL CORONEL DEL FIJO

Cuando don Miguel se sentía deprimido, su famosa berlina "con guarniciones" podía arrancarlo a su melancolía. Cruzando el portón de San Pedro, tomaba muy a menudo hacia el lado del Este.

Conservando su elegancia hasta su vejez, lucía a veces su uniforme del Regimiento del Fijo: casaca azul con botonadura de metal blanco, calzón corto, azul; porteñuela ancha con hebillas, botas blancas con botonadura, sombrero elástico y coleta. En ocasiones vestía traje negro, bien ceñido, que hacía resaltar su delgadez y le daba aspecto de torero.

¿Qué podría encontrar Tejada por ese camino a Maldonado, sendero entre cardos, a no ser perdices, liebres, algún guazubirá venido de las sierras?

La berlina cruzaba el Cardal, que no encerraba entonces ni un alma.

Pero en su centro, desde 1784, el coronel tenía su chacra.

De ahí sus salidas al Este, donde la berlina podía cansarse de rozar cardales o médanos si es que se le ocurría tomar la senda abierta ya hasta el Paso de Carrasco. Ni un saladero todavía por esos parajes, donde pronto habrían de multiplicarse con Gestal, Magariños y Balbin Vallejo.

Por esas épocas un solo habitante tenía el paraje de las Piedras Blancas nativas: Perico "el Canario", a quien pudo ver Tejada, rodeado de perros y de cabras, si hubiera guiado la berlina por la senda, abierta ya, de la Cuchilla Grande.

Para un alma como la de don Miguel, ¡qué angustia correr por los campos horas y horas sin ver un hombre en el horizonte!

Pero él tenía su oasis, su chacra, sus árboles, mimados por él, en el centro mismo de ese Cardal donde hoy se levanta la Unión, y sus esclavos y su agua clara surgiendo de los manantiales que rodeaban su quinta...

Se sabía bien querido de sus subordinados, que apreciaban al taciturno que había sido gobernador. Del Pino mostró desde el principio genialidades que viraron pronto a su soberbia y despotismo. La pobla-

ción gustó luego la administración correcta y suave de ese coronel del Fijo, al que nunca se oyó un grito, ni una amenaza, porque su taciturnidad lo inclinaba al silencio y a la contemplación, y que era tan distinto, tan opuesto a la manera de ser de Olaguier y Feliú, su sucesor, quien, tras sus modales afectados y sus exagerados cumplimientos, que le valieron el mote de "el ceremonioso", ocultaba un frío despotismo que habría de valerle al fin una sustitución violenta.

Se ha dicho que los hombres que mucho leen tienen una secreta propensión a la tristeza. La biblioteca de Tejada, con títulos exclusivamente religiosos y militares, le acortaba sus noches. En esa selectiva colección figuraba un volumen de tema realmente sugestivo: "Las meditaciones" sobre el cual no se cansa de divagar nuestro amigo Juan Alberto Gadea, a quien nunca agradeceremos bastante su generosidad de facilitarnos cuanto ha logrado encontrar sobre Tejada en afanosa búsqueda de archivos. Tal vez explicara ese libro algo del carácter retraído del coronel, su melancolía, su incurable amor a la soledad, que habría de impedirle formar una familia, conocer el amor, gustar la confidencia y la ternura compartida.

Avellaneda, Industria sesgando a Miró, Serratosa y Comercio, forman el perímetro que encerraba la chacra de Tejada, en cuya área cabían las quintas de Balparda, Guerra, Romeu y Ferreño. En ésta, frente al Campo Español, se levantaron las poblaciones de la chacra del coronel, las que en 1843 fueron utilizadas por el general Oribe para instalar en ellas, "en este paraje de los Olivos" su juzgado y su cárcel. Acaban de demoler esas construcciones de siglo y medio. Pero nosotros hemos salvado tres ladrillos enormes para nuestra chimenea de Carrasco.

Tejada elevó su quinta del Cardal a la altura de las mejores del Miguelete. Se jactaba de poseer el peral del Buen Cristiano, traído de Cataluña por Eusebio Vidal; duraznos españoletos, cedidos por Calvo, y priscos de los que trajo Guerra de Buenos Aires. Tuvo manzanos de los que dijo el marqués de Loreto, "que al revés de los de España, se dejaban comer".

Lo visitó un día de 1808 el padre Pérez Castellano, quien hizo su elogio en "Observaciones sobre Agricultura". Una incidencia entre ellos puede aclarar algo el carácter del coronel, quien pidió al sabio ilustre, en esa visita, su opinión sobre un peral injerto en manzano y cuyo aspecto no era entonces muy favorable.

El fallo fue adverso. Ese peral moriría, sin duda alguna.

Meses después, en otra visita, con una leve sonrisa, Tejada mostró a Pérez Castellano "el muerto resucitado".

El sabio, examinándolo de nuevo, movió la cabeza.

—No ha de durar mucho —sentenció.

Tuvo razón, también, esta vez. No duraron mucho ni el peral ni Tejada, a quien lo sorprendió la muerte a tiempo para no asistir a la revolución del año diez.

Se había sentido morir en 1789, 1803 y 1808. En testamentos y codicilos, grabó sus temores y sus larguezas: "así quiero ser enterrado, tanto para la iglesia, tanto para los míos, tanto para los que supieron cuidarme bien". Noli le había comprado su chacra y la debía. No se acuerda de ello Tejada en el ajuste. Tiene ahora seis esclavos. Les deja una fuerte suma y a varios los libera.

Ha vivido en olor de santidad y en él ha de morir: el hábito de terciario franciscano será su mortaja. Confía al sacerdote su alma y su cuerpo al cirujano Martín de Montújar. El primero lo ayudará a entrar en la eternidad; el otro a cruzar el umbral del convento de San Francisco, donde lo entierran en 10 de enero de 1809, precediendo al cuerpo los negros que en inútil pompa cargan los uniformes del mariscal, mientras las campanas de la Matriz que él empezara a levantar veinte años antes doblan muy despacio, a expreso pedido hecho la víspera por el moribundo...

Pronto se aventan los bienes. Domingo Navarro compra la casa de la calle de San Carlos; Manuel Diago, la berlina; Bernardo Suárez el bastón con puño de oro. Gadea asegura que es el mismo bastón que custodia el Museo, después de haber sido usado por don Joaquín Suárez a través de casi toda su admirable vida ciudadana.

Irreverentemente se vende los uniformes. La indiferencia pública obliga a que se malbaraten en la Casa de Comedias. Ahora podrán los cómicos usar los auténticos trajes que vistiera un gobernador de Montevideo, casaca, chupa, calzón y sombrero galoneado del uniforme de mariscal; frac de casimir azul, capa bordada, traje de brigadier, oropeles que fueron testigos de la elegancia y arrojo de su dueño, soldado con alma de cartujo, que recorrió los caminos ásperos y gloriosos de la consecuencia y la lealtad.

*
* *

Hemos tratado de recrear un alma al Mariscal de Tejada, a quien recordamos tiernamente por haber respirado hace casi doscientos años el aire de nuestras tierras del Cardal. Quisimos conocerlo bien, para no desvirtuar en lo mínimo la verdad histórica en cuanto a su sicología. Que se nos perdone si hubiéramos errado mucho por incomprensión.

Mary Robertson dijo: —"Como las sirenas aman el mar, así amo el pasado". Y France: —"El respeto al pasado es la única religión que nos queda".

No podemos comprender del todo, entonces, la turbación de aquel profesor que leyendo en clase un día "El Genio del Cristianismo" donde dice Chateaubriand que vió tres huevos azules en un nido de mirlos, preguntó de buena fe a los muchachos si los huevos de mirlo les parecían, en realidad, azules...

Antes que respondieran dijo:

—"A mis ojos... son grises, son grises..."

Y luego, con un suspiro:

—"Feliz de Chateaubriand que pudo verlos azules!"

LOS CAMINOS DEL CARDAL

HE dispuesto para esta investigación sobre los caminos del Cardal, del plano de Reyes de 1850 que ofrece el amanzanamiento de la Restauración, del plano de 1833 que registra la mensura judicial de la Estanzuela de Alzaibar, y del plano de 1840 verdadera imagen topográfica de las tierras que fueron de Andrés Pernas. El de 1833 desborda los límites de la Unión actual ya que la Estanzuela, limitada por el mar, la senda de los Propios, el camino a Maldonado, y una línea que unía éste último y el mar, desde Rubén Darío hasta Malvín, abarcaba una extensión de 1600 cuadras.

Dentro de ellas hay en ese plano, siete poblaciones marcadas. Tres saladeros en Malvín y Buceo, los de Gestal, González Vallejo y Magariños. — Tres pulperías, las de Pacheco Medina, Juan Maroñas y Gerónimo Olloniego. Y una casa habitación, la de un terrateniente don Luis Sierra, que tiene para mí, un alto título que no haré valer todavía.

En esa estancia había ya tres caminos. La clientela volante de los tres pulperos del Cardal, troperos y carreros que venían del Este, tenían necesariamente que usar esos tres caminos primitivos para llegar a la ciudad fundada un siglo y medio antes por Zabala o Alzáibar.

Dos de ellos, corriendo de oeste a este llegaban al Paso de Carrasco. El más cercano al mar sigue abierto en toda su longitud: fue hasta 1919 Camino Aldea, y de entonces acá Avenida Italia. El más lejano, que persiste aún aunque mutilado, es el Camino Carrasco. En el plano a que me he referido, atraviesa las sendas que corresponden hoy a Comercio y Propios. Ahora termina en Pan de Azúcar, y por esta calle centenaria se echa en Ocho de Octubre.

¿Quién y cuando decapitó el Camino Carrasco? Lo sabemos por la titulación de nuestro pueblo. Cuando en 1834 Basañez compró a Solsona y Alzáibar una fracción de trece hectáreas de la estanzuela que fué de sus mayores, apresuróse a cercarla con pita y tuna cerrando de esa manera el viejo camino al Paso. Este cierre decretó la muerte de la fonda de Duglio y el nacimiento del molino del galgo.

El tercer camino del Cardal es el de Maldonado, el más antiguo de la ciudad de Montevideo. En el plano de 1719, dibujado por Petrarca, siete años antes de fundarse la capital, puede verse la loma donde se formará más tarde el camino que conducía a Maldonado. Ese plano figura en el libro "La calle del 18 de Julio" escrito hace unos años por el arquitecto Carlos Pérez Montero quien puede gloriarse de haber ofrecido a nuestra bibliografía histórica, la publicación más completa de cuantos se refieren a los caminos de nuestra ciudad.

En el plano de 1829 hecho por Reyes, puede verse la actual avenida 18 de Julio terminando en el punto exacto donde está emplazada hoy la estatua del gaucho. Allí comenzaba el camino a Maldonado, justamente donde, hacia 1800, Francisco Escalante tendía su negocio de pulpería. Conozco esta ubicación desde hace apenas unos meses, habiéndole concedido desde el principio, al nuevo conocimiento su verdadera importancia.

Así, pues el camino a Maldonado arrancaba de Médanos y seguía hacia el este por su actual trayectoria.

Eso es lo que se cree todavía.

Pero no es la verdad. La verdad es otra y es la que ofreceremos hoy como originalidad de este trabajo.

En Civil 5º turno duerme desde hace más de un siglo, un expediente que expresa que en 1833 don Manuel Solsona y Alzáibar hizo medir la Estanzuela heredada porque un error en cuanto a la ubicación del Camino Maldonado hacía perder al propietario una gran parte de sus tierras.

Se midió la estanzuela rectificóse límites y se recuperó lo que estaba en peligro de perderse. Y eso fué posible, porque en la época re-

ferida, todavía existía en el Cardal un hombre que recordaba cuál era el primitivo Camino a Maldonado, del cual las gentes nuevas no tenían noticias.

Quién hubiera podido dar informes precisos sobre el camino viejo era Artigas, que debió recorrerlo necesariamente cuando salía de Montevideo al frente de sus blandengues, o recorría la enorme sección de extramuros en la época en que era el comisario del Cordón y del Partido del Cardal. Pero en 1833 Artigas callaba y araba en su refugio paraguayo, bien ajeno a cuanto se refiriese a su tierra oriental.

El viejo Camino a Maldonado era el que conocieron los hombres que amojonaron por segunda vez, la línea que iba desde el mar hasta el Miguelete por la senda llamada de los Propios, en época en que el Cardal era tan despoblado, que apenas si hallaron junto al Buceo las poblaciones de Andrés Pernas, y en "las piedras blancas nativas" a Ignacio el gallego y a Francisco Blanco.

Accidentada la operación en la que se oyó las protestas de los agrimensores que atendían más a la pérdida de tiempo que a la belleza de la campiña, en ese día de Diciembre de 1786 en que por estar en plena floración, imposible les era encontrar los antiguos mojones sin sablear antes el Cardal azul que se elevaba tanto como para ocultar un hombre a caballo. Eran los cardales que en 1807 escamotearon el cadáver de Maciel, al que recién pudo sepultarse dos días después de la batalla, en fosa común y sin identificar, porque en esos días los zorros y perros cimarrones le comieron el rostro y las manos a los criollos y españoles caídos en el Cristo frente a las casacas rojas de los ingleses.

Pero más que esta mensura interesa la otra.

El hombre que en marzo de 1832 fué juramentado por Dios nuestro señor y una señal de la santa cruz, para que indicara cuál era y por dónde pasaba el Camino Real Viejo que conducía a Maldonado en otro tiempo, se llamaba Juan Martínez, y era labrador; había llegado al país en 1795. Dijo que desde entonces conocía la situación del Cardal, distante una legua de Montevideo, y que podía indicar en el terreno, por donde corría el camino, cuyo curso le solicitaba con tanto empeño el juez del Manga, Pedro García.

Así pues, en 1832, ya se sabía que el Camino Real a Maldonado no era el primitivo. El nuevo no podía tener gran antigüedad, ya que el testigo llegó a conocer el antiguo y ese testigo había llegado de España 37 años antes.

Siempre interesa descubrir los caminos que recorrieron los abuelos.

Este de Maldonado sería muy antiguo, ni siquiera el primitivo, el que no conocieron los hombres de la Restauración, porque antes que nuestros ancestros, por estas tierras andaban libres los indios, y junto al río dulce los charrúas, que no necesitaban nunca caminos, ya que no eran errantes ni nómades, como se ha sostenido siempre, sino que se dejaban estar mucho tiempo en el mismo sitio, recorriendo a pie, por siglos, nuestras tierras. Cuando conocieron el caballo y gustaron la velocidad de la carrera, no necesitaron tampoco de caminos que hubieran limitado su albedrío.

Martínez dijo:

—"Que salía de la plaza de Montevideo el tal Camino Real viejo, pasaba por la pulpería de Francisco Escalante, derecho a la tranquera del coronel del Fijo, en cuya tranquera había dos pilares, y en uno de ellos la imagen de la virgen del mismo nombre, cuyos pilares existen aún aunque en ruinas. Que el tal camino pasaba por arrimado a la zanja del frente de la llamada chacra del coronel que fué del Fijo, siguiendo en dirección de la chacra del difunto Rariz, continuando su rumbo a la casa de don Luís Sierra, pasando luego por la población de Alberto Carballo, y después rumbo a la esquina del difunto Maroñas".

En la relación de la mensura hecha en dos mañanas, la del 18 de Julio de 1833, en que partiendo de la playa se llegó a Propios y 8 de Octubre, donde tenía su pulpería de palenque Pacheco Medina, suspendiéndose allí la operación por el temporal que empezó a medio día durando hasta Setiembre, en que pudo reanimarse con la vuelta del buen tiempo, encuentra el lector muchos detalles pintorescos; los títulos de los ayudantes, contadores de cordeladas, apuntadores, cordeleros, bandolederos; la actitud de los linderos, ausentes casi todos, de una manera deliberada, ya que se presentaron sólo Caravia, el capataz de Brito del Pino, y don Luís Sierra, empacado, furioso, con la mensura, que atropellaba, según él, sus derechos; casi mudo durante la medición, contestando a la pregunta que se le hizo por tres veces, si tenía algo que alegar, con un *no* rotundo, después de lo cual volvió a entrar en su casa, de la que salió en seguida, acercándose al grupo para presentarle la escritura que en 1788 le vendió Camejo.

Dijo secamente:

—"Yo no pago por esta mensura".

Y se retiró.

Zorruna por fin, la actitud de los padres franciscanos, encerrados en su predio de la Chacarita, y diciendo ignorar que el padre Oliden había

puesto *extrajudicialmente* los mojones que deslindaban la tierra que el Rey les regalara un siglo antes. Es probable que si el padre Oliden cometió algún pequeño error al colocar los mojones tal vez no haya hecho perder a la hermandad ni un palmo de tierra...

Para poder asegurar cuál era y por dónde corría el viejo Camino a Maldonado me era imprescindible localizar un punto dentro del Cardal que se aprestaba a convertirse en Restauración. En un primer momento creí en mi derrota segura. No podría nunca marcar ese punto esquivo.

El documento dice:

—"Nos situamos en el mojón del camino que va para Maldonado, en la pulpería de Pacheco Medina, y haciendo rumbo al norte 46 grados oeste, se midieron 650 varas que finalizaron en el mojón esquinero del fondo de Pernas.

Desde allí reconocimos las ruinas de dos pilares en la tranquera de la chacra del coronel del Fijo, y siguiendo su zanjeado por el frente, por donde dicen pasaba el camino viejo de Maldonado...", etc.

En mis cuarenta años de médico rural, no he hecho otra cosa que recorrer en todas direcciones, esta estanzuela cuyo límite norte estoy reconstruyendo con un poco de melancolía. Ubico en ellos casi todos los lugares antiguos, teatro muchas veces, de horas de tragedia o de idilio. Aquí vivió Villademoros, juez que inició este expediente reivindicatorio; allá se mató Pancho Oribe, en esta misma bohardilla desde donde puedo ver todavía la mar lejana; en este predio de la quinta de los Olivos, plantó en 1818 el padre Larrañaga los primeros álamos que conoció el país. Es todo el pasado de mi pueblo lo que creo estar apresando para mis ojos y mi recuerdo.

Pero esa portera de la chacra del coronel del Fijo, que no fué otro que el Mariscal don Miguel de Tejada ¿dónde se abría y se cerraba la vigilancia de la guardia militar? Porque era un batallón español destacado en Montevideo.

El plano de 1833 donde figura ese mojón me fué traído de milagro, por un gentilhombre a quien no conocía hace dos meses; se llama don Eulogio Santos. En él está el mojón. En él está la tranquera. La ubicación exacta de ese punto es éste: *Avellaneda y Comercio.*

Tírese desde este punto hacia el Este una línea paralela a 8 de Octubre y retirada hacia el norte 400 metros y se llegará al Camino actual a Maldonado a la altura de la calle Roma. En esa línea aparecen los antiguos predios de Rariz, Brito del Pino, López, Sierra, Maroñas y Olloniego.

Este es el trayecto del viejo camino a Maldonado. Corresponde a la calle Avellaneda de nuestros días. Por ese viejo camino nos llegó un día de 1817 Carlos Federico Lecor, enviado por el Gobierno de Buenos Aires a desvanecer los sueños de nuestro Artigas. Por él nos llegó también con el conquistador, un portugués humilde, Gómes da Silva, que muy pronto habría de encontrarse en medio de ese camino y en poblaciones de los Sierra, con Petronila, con quien casó naciendo de esa unión, en Montevideo, en 1820, Juan Carlos Gómez.

No sé el motivo por el cual se abandonó este camino en los primeros años del siglo pasado. Se le había elegido porque era el más alto, el menos anegable. Cuando se lo dejó se corrió el albur de los pantanos que habrían de aparecer forzosamente, a lo largo del nuevo camino que es el 8 de Octubre. Aparecieron temibles, con nombres propios, y se enterraron en ellos las carretas hasta llegar el verano y entonces se los apisonó con tierra, porque hasta 1855 no se conoció entre nosotros el macadam del Norte. Cuando en 1879 el dictador Latorre inauguró el ferrocarril del Cordón al Manga, eligió la calle Avellaneda para tender sobre ella los rieles. Era la parte más alta del lugar, la cresta de la cuchilla, la más segura. No podrían imaginar los ingleses que al extender esos carriles, lo hacían sobre el trayecto del viejo y primitivo camino Real a Maldonado del que nadie guardaba memoria fiel.

Menos habrían de presumir los vecinos del lugar que dos muchachos nacidos en los dos caminos abandonados de ese humilde pueblo de la Restauración, habrían de llamarse para la Historia, Eduardo Acevedo Díaz y José Irureta Goyena.

Que la Unión, amanecida entre los viejos caminos del Cardal, estaba ya marcada por el destino para esa doble y milagrosa navidad del talento.

"MELONES", EL PLANTADOR DEL BAÑADO

EN el ejército portugués que en 1816 invadió la Banda Oriental a las órdenes de Lecor, figuraban tres hombres que no podemos olvidar: Antonio Gómes da Silva, Francisco de Andrada Taborda y "Melones". Al primero lo recordamos porque casó en Montevideo con Petronila de la Sierra de la que recibió varios hijos: uno de ellos nacido en 1820 se llamó Juan Carlos Gómez. Taborda fue el primer cirujano con que cincuenta años más tarde contó el Asilo de la Unión. No podríamos ignorarlo: una de sus hijas fue la madre de Yamandú Rodríguez. El ter-

cero fue un campesino nacido en Oporto, que por recordar entre nosotros su campaña contra los franceses en donde en número de "mil-hommes" conquistaron una difícil posición, ganó para siempre el apodo de "melones".

Dejaremos a quienes sembraron descendencia ilustre, para rehacer en lo posible la vida del más humilde de los tres invasores.

Por primera vez leímos su nombre en la página del 'Montevideo antiguo" en que refiriéndose a no sabemos qué personaje consigna don Isidoro: "Vivió en la calle Real de la Restauración, entre lo de Pacheco Medina y el portugués "Melones".

Es viejo el recuerdo. Entonces conocíamos poco de nuestro pasado histórico. Después fuimos acercándonos *al hombre* por tradiciones familiares y expedientes judiciales que nos dibujaron el perfil moral de don Juan María Pérez. En la barrica de documentos del saladero de los Fariña, que tanto nos ambientaron en el Sitio Grande, hallamos un padrón de la Chacarita, en que figuraban estos nombres tan caros a los orígenes de Carrasco: Juan Ferreira, Ramón Manso y Luis Melones, portugués, 55 años, soltero, labrador. El padrón es de 1846.

Así ese hombre que por ciertos indicios de su vida ya nos interesaba, había llegado a nuestro suelo apenas cumplido el cuarto de siglo. A los 17 años estaba, pues, en Portugal como Taborda y como Lecor, y las fuerzas en que actuaba habían batido a Junot en la batalla de Vimeiro, en que según Banus la estrella de Napoleón comenzó en realidad a eclipsarse.

Como soldado llegó al Plata y cuando Lecor dejó la Cisplatina, Melones quedó aquí como colono, ya que afirmó en el censo de Juan José Sierra, que no tenía otro oficio que el de labrador.

Al bañado lo acercó su conocimiento casual con don Juan María Pérez, del que fue arrendatario en la Chacarita.

El emprendedor vizcaíno conocía bien la fertilidad de las tierras del Buceo y Cardal, en cuyas posesiones de lo que había sido Estanzuela de Alzáibar, no sólo tenía un cuidado viñedo que le rendía tan buen vino como el de su padre en la península, sino olivares y sembradío de trigo que desde 1839 conocieron los senderos que conducían al "Molino del galgo".

Al que había sido mano cerrada en el Ministerio de Hacienda del Presidente Oribe, sólo el bañado se le escapaba.

Improductivo, sin un árbol, era una mancha de arena ondulada, cu-

bierta por capas de turba sobre la cual una larga hiedra que aún perdura y a la que los hombres del lugar siguen llamando *gamba rusa;* un paramo, en realidad, cuando Juan María Pérez conoció a Melones. A él concurrían tres arroyos que cruzaban el Camino a Maldonado en busca del río. Las vertientes del Chacarita, Manga y Toledo soltaban débiles gajos tributarios, y de su entrecruzamiento surgía el bañado en esas arenas anegadizas.

Sólo a un hombre como a Melones podía ofrecer el terrateniente Pérez la plantación de un lugar tan inmenso, desierto y misterioso. Sólo un hombre que pasada la cincuentena permanecía soltero, y a quien no se señalaba en su vida el paso de una mujer, podía gustar la soledad del bañado.

Antes, había firmado Pérez contrato con Angel Latorre quien se comprometió en 1842 a plantar estacas en la Chacarita. Tal vez la guerra, a punto de arrancar, haya alejado de las arenas a ese arrendatario que no dejó huella profunda.

Y allá marchó entonces Melones, después de formular su pretensión al latifundista que en parte había sustituído en la estanzuela a los Alzáibar y a los Solsona.

El plantaría el bañado con estacas de junco, sauce y álamo, y cobraría *un vintén la estaca prendida.*

Recién conocíamos la más baja moneda que los portugueses trajeron al Plata y convirtieron en una plaga para los hacendados, que luego de traer por el "camino de las tropas", desde las más alejadas distancias sus vacunos, debían cargar de vuelta, en sacos de cuero acondicionados en carretas, el ruín cobre amonedado, contra el cual habría de cargar don José de Béjar el año 32, en un primer intento de sanear la moneda.

El bañado contra quien debía luchar Melones no era tan inofensivo como este recuerdo parecería establecerlo. Si alguien se aventuraba de pronto a cruzarlo se encontraba con la ciénaga que más que en hombres cobraba tributo en animales. No era posible sortearla sin un pleno conocimiento del terreno, porque los tremedales *tragaban* al que se acercaba audazmente a sus orillas. El animal emitía un sordo balido al sentir que de pronto sólo su cabeza quedaba libre sobre el pegajoso y sucio fango. La aventura podía jugarse sólo en épocas de prolongada sequía estival. Pero luego de las grandes lluvias las ciénagas se convertían en un seguro peligro, ya que la falta de vegetación no protegía a quien cayera en sus garras. En una evasión de presos escapados al Cabildo en 1850, la

ciénaga que había parecido milagroso refugio a los fugitivos, convirtióse al fin en tumba.

Tal vez pensando en sus peones y vacunos don Juan María Pérez volvióse hacia el portugués. El era un valiente. Conocía sus proezas en la guerra contra el francés, sobre todo la que le había conquistado su apodo.

Y "mil-hommes" se decidió a entablar combate contra los barrizales, comenzando por constituirse una casa-habitación junto al tremedal, no del lado del Norte, sobre la orilla del arroyo del Mangangá donde el vasco Martín instalara su fábrica de aguardient e y otro vasco apodado "Rompe-huesos" su velería, sino del lado del Sur donde terminaba un sendero que se llamó "de los gigantes" y hoy es el camino "Servando Gómez".

Después de veinte años de búsqueda, recién podemos afirmar conocer el solar donde levantó Melones su casa. El dato nos llegó por boca de José Hernández, hijo de "Tío Pepe" y vecino del lugar desde hace ochenta años. Y proviene de Gervasio Morales cuyos padres tenían su casa donde hace mucho más de un siglo plantó Morales la suya.

El lugar está marcado por tres centenarios ombúes, donde una curva del camino de Jardini se echa en Servando Gómez.

El paraje no era solitario entonces. Ya estaba excavada la cantera a la que en 1845 "El Defensor" señalaba como *mina de carbón y grafito.* La tierra no se había subdividido, pero se multiplicaban las chacras en las tierras de los Pérez y los García.

En realidad, y por su carácter, Melones iba a construir su morada en pleno aislamiento. Como buen portugués era friolento y se dió el lujo de levantar en ella una chimenea de leña. La carreta en que Barranquet llevaba su trigo al molino de Pelayo, le traía los gruesos troncos de los que no podía proveerle a Melones una tierra desnuda de árboles. Para las paredes usó la piedra de la cantera, piedra rústica, claro está, que la piedra labrada se guarda para la tumba, donde entra a veces el sentimiento y siempre la vanidad.

Desde la mañana se adentraba en el bañado portando grandes manojos de estacas para colocarlas profundamente en el movedizo suelo. No sabría, seguramente, que cuando él llegó a Montevideo con Lecor, plantaba Larrañaga en la chacra de los Olivos los primeros álamos que conoció el país.

Ahora ya la ciénaga no era un misterio para él. La rodeó con estacas que llegaron a tener pronto un impresionante desarrollo y de cuyos troncos enormes no pudo encontrar el ingeniero Caldevilla el más mínimo indicio.

Mucho de la sobria y patriarcal vida de Melones, bien conocida por algunos viejos que recogieron de sus padres la tradición, ha llegado hasta nosotros, permitiéndonos recrear la humilde existencia aldeana de este hombre que llegó a dejar su apodo en la nomenclatura.

De extraordinaria sobriedad le bastaban para vivir algunos animales y algo de sus haberes. En el horno levantado por su mano cocía su pan, a veces sin levadura: él sabía que no se la necesitaba de una manera indispensable, aunque ignoró, claro está, que en los tiempos primitivos no se usó levadura alguna, que recién llegó a América en el "Mayflower". El labriego tenía siempre harina de trigo o de maíz, no le faltaba la sal, y eso bastábale ampliamente.

Vivía feliz, porque lo rodeaba el aislamiento, el agua del bañado, no potable, pero donde amarraba el pequeño bote, y su ojo de agua, que aún mana en lo que sigue llamándose *cachimba de Melones*. Agua clara, surge junto a la mina, muy cerca de lo que fue quinta de Rebagliati, donde hace treinta y seis años conocimos la manguera de piedra, corral de más de un metro de ancho y algo más de altura, donde al final de su vida encerraba el ganado para servir a Doñoveitia, cuando desde el Cerrito la tropa federal pedía reservas de carne fresca.

El corral ya no existe. Bajo nuestros ojos lo demolieron para arrojar su piedra en el camino *de los gigantes*, siempre pantanoso por la proximidad de los bañados.

*

* *

La población del bañado crecía rápidamente. Hablamos de arboleda y aves. En cuanto a éstas, y recordando que Melones no era un contemplativo ni un soñador, a nadie podría imaginársele que los pájaros de la ciénaga, que empezó a poblarse de alas cuando la reciente arboleda lo permitió, podían ofrecerle conciertos. Algún buho de chillido melancólico, lechuzas, que se despiertan con el crepúsculo de la noche, gallinetas de grito alegre y corto.

En sus últimos años pudo contemplar el fruto de su acción.

Ya era el paraje un mundo perfectamente animado, en el que una creciente y bullanguera fauna alegraba la salvaje arboleda en que anidaban las aves, salvo las que hacían sus nidos en el fangoso suelo. Habían fructificado juncales y pajonales, tanto que en el verano era necesario sacrificarlos por el fuego. Poco antes de sentirse viejo, aún solía darse el lujo de recorrer alguna noche de luna su bañado. En la orilla,

junto a su casa, guardaba amarrado a un tronco, el chinchorro, bote pequeño que apenas podía contenerle a él solo. Saltaba sobre él y empezaba a recorrer la extensión que él había animado con las mismas manos que empuñaron antes las armas homicidas en el encuentro de Vimeiro. Gozo simple: oir la serenata de algún zorro o el chistido de alguna ave desconocida. Durante el día sus ojos le acercaban las maravillas del bañado: patos silvestres, gallinetas que saludan la salida del sol con gritos estridentes, bandurrias, chajás, becazinas, chorlitos, garzas de pluma rosada o blanca, alguna cigüeña que le recordaba a su Oporto tan lejano...

No cazaba. Sentía el horror de derramar la sangre del más mínimo animal. Creía —lo dijo más de una vez— que nadie, nadie debía matar a un ser que tenía tanto derecho como él a la vida. En su tierra había visto a un hermano al matar una liebre pequeña que tenían cautiva: cuando le acercó el cuchillo al pescuezo "la liebre gritó como un niño". Desde entonces no cazó nunca más.

Dejando el chinchorro en la orilla, ganaba luego su casa solitaria, donde tenía sólo dos sillas. Decía que una era para la soledad y la otra para la amistad. Thoreau era más amplio y guardaba tres, para la sociedad. El no ambicionaba lo último: era rico, rico en horas de sol y en días de verano.

Al terminar el año 1854 Melones que no había estado nunca enfermo, se sintió mal. Fue algo tan grave que terminó en pocos días con su vida. En ello pudo verlo una vez el doctor Capdehourat.

Al matrimonio Dodera, que lo había cuidado, le dejó con grandes recomendaciones su perro "Lisboa".

Le dejó algo más. Lo que poco antes había cobrado de la sucesión de don Juan María Pérez, por su trabajo de plantación del bañado de Carrasco.

En ese juicio sucesorio se supo, por fin, el nombre de Melones. Portugués de Oporto, se llamaba Luis da Costa.

Lo que obtuvo por su trabajo fueron setenta y tres hectáreas de tierra situadas en el "rincón de Melones".

JOSE ROUBAUD

ENCUENTRO. — Hará veinte años protagonizamos un curioso episodio en el pueblo adoptivo. Desde "Pedrito" distinguimos de pronto a un hombre que miraba y volvía a mirar, alejándose hasta los árbo-

les de la acera, a una ruinosa casa centenaria. No conocíamos al hombre, pero sí a la vivienda. En ella había comenzado su artesanía del cuero el señor Marexiano, y ahora albergaba a don Pedro Ignacio Schinca, famoso barbero del pueblo, porque casi no usaba brocha jabonando con los dedos, lo que le había dado una pintoresca personalidad y no pocos disgustos.

Bajamos y pudimos reconocer a nuestro hombre porque los diarios acababan de publicar su retrato.

Le hablamos entonces, poniendo en nuestras palabras el respeto y el tono de confidencia necesario:

—"No es esa la casa que busca, señor".

Nos miró sorprendido. Pero le habíamos ofrecido en esas palabras iniciales, un motivo de interés, que le prestó a su mirada, un tono de curiosidad afectuosa.

—"No es esa", repetimos.

Y sonriendo ya francamente, agregamos:

—"Si nos acompaña lo llevaremos ante la casa que busca.

Empezamos a caminar, él junto a la pared y nosotros contra los árboles de la acera. Esa distancia, la fijó, creemos, el temor que ya sentía por el abordaje inexplicable.

Caminamos setenta y cinco metros, lo que nos dio la ventaja de estudiarlo. Era un hombre alto, de poco mjs de sesenta años, de bigote recortado, y conservando el vigor y la agilidad de su estampa.

Dos puertas antes de nuestra casa, nos detuvimos frente a una casita baja, donde vivió muchos años el doctor Luis Paysée, y ahora es la sucursal de la Caja Obrera, y le dijimos:

—"En esta casa, señor, su padre tuvo hace cien años la "Botica de la Restauración".

Un rayo que hubiera caído a sus pies no le hubiera hecho ese efecto. Su rostro se iluminó de pronto y dijo en un grito:

—"Pero entonces usted es fulano..."

Asentimos sonriendo. Y mientras volvíamos conversando animadamente y le afirmamos que el primer aviso del "Defensor" decía que se había abierto la botica en la calle de la Restauración "al lado de la sombrerería", podíamos asegurarle la posición del inmueble, pues la "sombrerería Americana" estaba en el mismo lugar que ocupó José Rubini.

Volvimos entonces a la barbería de Schinca donde tenían lugar nuestras grandes trenzadas al ajedrez con el doctor Seoane que todavía conservaba el número 173, desde la época que la habiara Quintana, a cuya

brocha y navaja tanto terror sentía en sus improvisaciones Francisco Acuña de Figueroa.

Allí nos despedimos del doctor Eduardo Roubaud, pero antes le solicitamos un retrato del padre, que no obtuvimos en aquel momento. Eso hizo tardar veinte años la salida de este artículo.

EL PUEBLO RECIEN NACIDO

¿Cómo era? Lo sabemos por Antonio Basaldo que tenía 102 años en 1939. Era un hombre de muy pocas palabras y lo interrogamos cuando vino a ver un pariente en la calle Comercio. Lo sondeamos a fondo pero inútilmente.

—"Muy chiquito el pueblo; la calle principal y las otras muy claritas".

No salía de ahí. Hombre rústico, recordaba poco.

—"En la quinta de Baséñez siempre había burras con cría. Se decía que las cuidaban "para darle la leche al general".

Donde nos dio una sorpresa fue cuando se refirió a la guardia del pueblo.

"La comisaría estaba frente al naranjal de Antonio Díaz. Los milicos eran de chiripá y chancletas, y usaban un corvo ferrugiento. Del sombrero le salían las mechas. Todos eran melenudos".

Este último dato nos satisface. Es de un hombre que no exagera las cosas, y habla sobre lo que recuerda.

Así debe haber conocido la Restauración don José Roubaud, cuando pasó de Montevideo el año 45. Marsellés de nacimiento, nació en 1823 cuando al autor del himno galo le quedaban diez años de vida difícil bajo una misérrima pensión del Estado.

A los veinte años vino al Uruguay como turista, alojándose en la calle del Portón en casa del farmacéutico Lenoble, compatriota suyo que tenía el hobby de hacer practicar en su arte a cuanto muchacho caía bajo su mano. Al marsellés le gustó la ciudad y se quedó en ella para siempre. La guerra grande trastornó sus planes. Cuando se inició la Legión Francesa Roubaud formó con sus compatriotas la defensa del suelo adoptivo. Pero admirador entusiasta del general Oribe se pasó a la Restauración. Ya estaba práctico en el arte de la farmacia, habiendo transcurrido casi tres años de su venida a Montevideo. En presencia de Oribe, éste hizo caso omiso de quien lo sindicaba como espía francés, y le pidió se estableciera en Pando, de donde habían solicitado un práctico en bo-

tica. Se cansó pronto regresando al lado del jefe sitiador. Cuando le habló al general de dar examen de farmacia, éste le habría contestado:

—"Si sabe, será farmacéutico entre nosotros. Si no, no".

El examen tuvo lugar el 2 de junio de 1845, en el campamento general del Cerrito, firmando su título el presidente del tribunal doctor Isidro Muñoz Pérez, y los doctores Francisco García de Salazar, Juan M. Victorica y José E. Sánchez.

Don José Roubaud instaló su "Botica de la Restauración", frente a los almacenes de Larravide, teniendo una cuadra más afuera la "Botica inglesa", de don William Cramwel, a quien se le transformó su nombre en "Jorge el inglés".

Poco tiempo estuvo solo. En el año 47 se asoció a José María Pérez, cuya culminación de su anterior consorcio con José María Azarola fue pintoresca. El no tenía noticia de como recibió a un capanga de Mazza, pues todavía no se había recibido de médico. El 22 de octubre de 1846 se presentó al juzgado demandando a Azarola "por haberle levantado la mano". No lo niega el demandado, pero lo explica por la insolencia del socio, que llegó a abrir las puertas del negocio pretendiendo expulsarlo violentamente. Azarola no pudo contenerse y lo abofeteó ante testigos. Pérez no puede pasar por esa vergüenza, y dice que "hubiera preferido morir antes que recibir ese ultraje a su buen nombre y reputación como principiante". Y el buen juez Francisco Farías les pide conciliación, solicitando muy gentilmente al señor Azarola retire las bofetadas. Este no tiene inconveniente alguno. Y el señor Pérez se da por ampliamente satisfecho" porque de esa manera queda limpio completamente su nombre". Firman el acta Francisco Farías, José María Azarola, José María Pérez, y como testigos José T. Madrazo y Francisco Comparada".

El año 48 empieza la 'Botica de la Restauración" a vender cloroformo, como la que el doctor Capdehourat practica en su sanatorio de la calle Maroñas la primera operación indolora de su vida profesional. Antes, la anestesia se conseguía con una buena dosis de coñac, y dos o tres gallegos forzudos.

Era simple la farmacia de entonces, casi absolutamente sintomática, y disponía de seis o siete drogas básicas: yoduro de potasio, digital, mercurio, lándano, y toda la variedad de yuyos que podían dar los campos uruguayos, con la zarzaparrilla a la cabeza.

El final de la guerra sacudió profundamente a Roubaud que no quiso quedar en tierras de la derrota. A pesar de que Oribe siguió viviendo en la curva de las Maroñas hasta el pacto de 1855, el boticario

fiel se alejó del pueblo y establecióse en Ituzaingó y 25 de Mayo. Allí lo encontró el regreso del general y él fue uno de los primeros que pisó el barco español hasta el 9 de agosto, detenido por orden del coronel Flores.

Pero la Unión lo atraía. Y el 17 de agosto de 1867 pasó a ocupar la casa de Antonio Mutuberría, estableciendo en ella otra vez la "Botica de la Restauración", en la calle ya llamada 8 de Octubre, entre Pantanoso y Miguelete, junto a la cual hacía años José Murguía aumentaba sus artículos de plata maciza.

La casa de Mutuberría pasó a poder de Antonio Mazza, mientras a Murguía le sucedió por cincuenta años la familia Zenardo.

Andariego de alma, Roubaud se fue al centro a fundar dos nuevas boticas, dejando la "Central" a cargo de su amigo Eduardo Larralde, que quedó en ella por treinta años.

Una causa poderosa lo impulsaba a alejarse del país. Estalló la guerra contra el tirano del Paraguay y Roubaud se incorporó a las tropas brasileñas en carácter de farmacéutico, portándose lucidamente en la epidemia de tifoidea tomada por sarampión por el doctor Arnaud. El Brasil le ofreció una medalla y el título de Cónsul que él desempeñó por veinte años en las Piedras.

Por fin volvió a Montevideo y tuvo su última botica en Uruguay y Tacuarembó, retirándose definitivamente en 1894.

Murió el 15 de marzo de 1906, a los 83 años, en la mayor pobreza.

DON JORGE EL INGLES

AL primero que le oí hablar de "JORGE el inglés" fue al general Visillac, llegado a la Restauración en 1846. Venía de la Aguada, donde había nacido en 1840. Cuando lo nombraron al padre comisario del pueblo, se trasladó a él, siendo casado con una hermana del general Servando Gómez. Este contrajo enlace en la Unión, en la casa de altos junto al Banco de la República.

"La primer botica que hubo en la Unión fue la de don Jorge el inglés, establecido en la calle Real frente al Café de los Federales y del Almacén del Sol".

En pocas palabras lo dibujó:

"Alto, lampiño, gordo, bonachón, servicial pero lunático, y con una invencible inclinación por las mujeres.

Ante mis preguntas, concretó:

"En aquel tiempo las polleras se usaban largas, y el viejo gozaba con la pesca que le ofrecía una racha de viento o el ascenso a un coche de alto estribo. Era pedigüeño. Salían las muchachas de la botica y don Jorge las seguía unos pasos. "A ver... Aver...", imploraba. Los ojos ávidos caían sobre el tobillo esquivo y las mozas, riendo francamente, se alejaban sin prisa... y sin miedo".

Era injusto Visillac, al tratarlo de viejo. Para sus seis años eran demasiado los treinta y ocho del boticario.

El grabado lo muestra por lo menos de cincuenta y seis, que fue la edad en que murió. La calva blanca unida a las patillas abundantes, enmarcando un rostro joven, dan a ese rostro un aspecto de plenitud difícil de conciliar en un anciano. Es la figura de Artigas vuelto a la patria. No sé si alguien notó ese parecido y se lo hizo notar al inglés. En la Restauración pudo haber caído bien, pues en la ciudad aldeana, la calle principal recibió el nombre de "General Artigas", por primera vez en la historia nuestra. Ni Lamas, al anunciar su nueva nomenclatura que sustituía al santoral, tuvo en cuenta el nombre entonces rechazado.

Don Jorge el inglés era hombre dotado de un carácter que no condecía con su seriedad racial.

No podía pronunciar la jota. Decía siempre don Cuan, don Cosé. Estaba siempre dispuesto a la broma, lo que lo singularizaba. En pueblo chico las tertulias eran famosas en la botica. Se reunían en casa de don Jorge, hasta muy tarde, la gente más representativa. Eran infaltables Norberto Acevedo, Tomás Besáñez, Lesmes Basterrica, Larravide, Norberto Aguirre que cuidaba gallos ingleses a cuyas riñas era gran aficionado el dueño de casa. Estando éstos la tertulia era seria. Se hablaba de la guerra, tomándola en broma, porque se la creía ya ganada. Apenas se mencionó el nombre de Andrés Spíkerman, Santiago Gadea y Jacinto Trápani, tres héroes de la Agraciada que terminaron su vida durante la guerra en la Restauración, y fueron inhumados en el Cementerio de la Mauricia.

Don Jorge el inglés era William Cramwel. Se le llamaba así vulgarmente, pero la gente ilustrada conocía bien su nombre. Era irlandés, teniendo un hermano gemelo, Edmundo, con el cual vino al Uruguay en 1842. Su padre vino antes.

"El Argos" de Buenos Aires dió en febrero de 1827, la noticia que Edmundo Cramwel figuraba en el ejército patriota como segundo boticario de la sanidad. Rafael Schiaffino, en el tomo tercero de su "Historia

de la Medicina Uruguaya", la transcribe y afirma que era un recién llegado de Irlanda, venido en 12 de noviembre de 1825 y había probado en pruebas teórica y práctica, ser un profesor consumado en farmacia. Actuó, pues, en la batalla de Ituzaingó, presenciando el incendio del campo por orden de Alvear, medida inhumana que se tradujo en la muerte, abrasados, de todos los heridos graves que no pudieran escapar.

Los orientales perdimos así un buen número de patriotas, entre ellos a Legüizamón, el segundo de los Treinta y Tres que moría.

Después desaparece el nombre de Cramwel de nuestra historia. Nosotros tenemos la convicción de que era el padre de Edmundo y William Cramwl que llegaron a Montevideo en momentos de prueba para estas tierras del Plata, pues en Buenos Aires dominaba el tirano Rosas y a la República Oriental la invasión del general Oribe después de Arroyo Grande la amenazaba.

El mismo pueblo de origen, la ciudad de Carlow, donde nacieron los mellizos en 26 de agosto de 1808. El mismo nombre, pues uno de los hijos recibió el nombre de su padre. Idéntico oficio, pues William siguió, como su antecesor, la práctica de farmacia.

Llegaron a Montevideo, pasando Edmundo a Buenos Aires, donde su hijo Guillermo llegó a intendente de la provincia y abriendo William en calle 25 de Mayo, casa de Regalía, la Farmacia Inglesa. Venía casado y con un hijo de dos años, William Barry, nacido en Dublín.

Casi al mismo tiempo estalló la guerra bajo la dirección de Rosas, y William Cramwel fue uno de los fundadores de la Restauración. Se estableció en la calle Real casi esquina Pantanoso, frente al Café de los Federales y al Almacén del Sol. La casa se mantiene igual y, en esa época, la vecina del lado Oeste, perteneciente a Urtubey, donde vivió el capitán Quesada, fue testigo del Pacto de los Generales, el 11 de noviembre de 1855. En ella vivió hasta hace diez años la familia Schinca y tiene el número 3931. La casa donde se estableció Cramwel la ocupó más tarde el platero Pujadas y desde hace setenta años el relojero López.

Hombre emprendedor, Cramwel estableció además una botica bajo la tiranía de Rosas, en la calle Victoria de Buenos Aires, farmacia atendida por su hermano Edmundo.

¿Qué características tenía Jorge el inglés, que así se llamaba el primer boticario del pueblo? El aspecto físico, ya que era un inglés típico, algo gordo, lampiño, con aspecto de niño grande, usando siempre ropa gruesa, nunca abrigo. Además de la vestimenta, una seriedad que atría. Seriedad simulada, que bajo el aspecto amable era peligrosísima, por-

que con ella veía facilitada su idiosincracia. Don Jorge era un bromista temperamental, y su aspecto inofensivo lo ayudaba.

Una vez le jugó una broma sangrienta a su vizcaíno que todas las tardes caía por su negocio. Era un contertulio peligroso, pues don Jorge que era irlandés, no heredó ese hábito de la economía y del negocio fácil, tan propio de su raza. El vizcaíno tenía la mala costumbre de empinarse un vasito de garnache todas las tardes, después de lo que acostumbraba desear: "Salú" al dueño de casa, comiéndose la d final después de beberse el vino. No pedía permiso, pues el inglés era su amigo. Un día don Jorge no pudo más. Y con el mismo aspecto de siempre, que le daba confianza al contrario, vio cómo liquidaba de un trago su copita el español confiado, que no tuvo tiempo de limpiarse los labios con el dorso de la mano.

Rapidísimamente el inglés, que no le había perdido pisada, dio un grito, llevándose las manos a la cabeza, como si estuviera desesperado.

—¿Qué pasa? — indagó intranquilo, pues había sentido un gusto desacostumbrado en el vino.

—Que cambiaron de vaso... —imploró el inglés.

—¿Y qué tenía éste? —dijo alarmado el español confianzudo, que ya sentía un temor que confinaba con la locura.

—Un alcaloide peligroso, un veneno violento. Pero ya habían lavado el vaso.

—El contraveneno, pronto —bramó el vizcaíno, que se apartó bruscamente de la inofensiva víbora, como si estuviera viva.

Era lo que esperaba el inglés, que se mordía para no soltar la carcajada, mientras con la mayor seriedad derramaba una buena porción de Le Roy, droga que produjo su efecto instantáneo, dado el susto mayúsculo del vizcaíno, que no le hizo asco al contraveneno.

Mientras el español ocupaba la piecita del fondo, el inglés decía:

—Eso le ha salvado la vida —mientras una sonrisa que no alcanzaba a ser risa franca, iluminaba la cara de don Jorge, bien vengado.

Esta es una de las tantas bromas de don Jorge el inglés. Las multiplicaba al infinito, no dando nunca ocasión al contrario a desconfiar. El cura Ereño no se escapó y no puede creerse que en la travesura jugó un papel la distinta religión que mantenían. Porque don Jorge fue fundador del templo anglicano y contribuyó a su sostenimiento como don Samuel Lafone, su connacional y amigo.

Pero no se las llevó todas consigo Don Jorge...

Una mañana fue a abrir los postigos y no pudo, por un obstáculo

imprevisto que se lo impedía. Al inquirir la causa, se encontró un caballo muerto y colgado de las patas por una soga, de los hierros del balcón. Esos hierros, novedad para los comercios de la Restauración, tenían una muestra y se la había hecho un prusiano, Augusto Liesack a quien estimaba como si hubiera nacido en la isla.

Don Jorge no se inmutó por el presente. Sacó un sofá a la vereda, y se puso a leer "El Defensor" hasta llegar las diez, hora que el comisario Visillac hizo retirar por un milico de chiripá y bombacha la venganza, tal vez del vizcaíno, que no había vuelto a pisar la farmacia donde lo habían *envenenado*.

William Cramwel vino casado de la isla con Luisa Fitzgerald, descendiente de un guerrero que haba ido a Irlanda desde Normandía con Guillermo el conquistador. La causa del éxodo que los trajo a América, fue huir de las persecuciones llevadas a cabo contra los *geraldinos* que lucharon por la independencia del país.

Cuando llegaron a Montevideo, Edmundo pasó en seguida a Buenos Aires, mientras puso botica William en casa de Regalía que ya tenía un número 32, en la puerta, aludiendo a la construcción de la misma.

Entre la servidumbre numerosa que estilaba usar el boticario, se contaba una criolla Teodora, que vivió hasta 1905, muriendo casi centenaria. Esta Teodora habría servido alguna vez a su patrón, llevando escondidos entre los pliegues de su vestido, los mensajes secretos que utilizaba don Jorge para comunicarse con sus amigos federales de la ciudad sitiada.

Enviudó don Jorge y al poco tiempo conoció a la que debía ser su segunda esposa, una dama que había llegado al país como profesora de inglés, la que una vez fallecido don William se radicó en Londres.

Falleció Cramwel en Montevideo, en 26 de mayo de 1864, en su casa calle Sarandí casi esquina Alzáibar, con salida por los fondos del Fuerte, pasando la propiedad al cónsul de Estados Unidos, Mr. Thomas Howard, donde edificó su palacete donde años después paró el heredero de la corona de Italia.

Su sepulcro es el primer panteón después de pasar la capilla.

VIDA HERMOSA Y EJEMPLAR DE PEDRO VISCA

RAIZ ALDEANA

—"Pe in terra, e viñi quí".

Maneó la seca y dura voz los dos caballos.

Uno de los jinetes contestó:

—"Soy el general Oribe".

Levantando el arma larga a la altura de la cara, repitió el hombre, amenazadoramente ya, la orden.

Intervino recién el otro jinete, con voz alterada:

—"Es el italiano Bartolo, general. Bajesé".

Un oficial subalterno, Basterrica, era quien aconsejaba casi con rudeza, al jefe de las líneas sitiadoras.

El mismo Oribe había dispuesto desde el principio de la guerra, ese patrullamiento vecinal en los contornos del Cerrito. La consigna frente a un jinete, era darle el *alto,* hacerlo desmontar, ordenándole avanzar hasta el reconocimiento.

Junto al camino de los Propios estaba esa tardecita, ya con las sombras encima, el chacarero Bartolo. Había llovido y el barro estaba fresco.

Desmontaron los jinetes avanzando hasta el centinela. Este acercó su farol a la cara pálida de uno de ellos y lo reconoció. Inmediatamente, pero sin confusión, hizo el saludo correspondiente.

El general tomó entre sus flacos dedos el aro de oro que adornaba el lóbulo de la oreja del voluntario, y dejó caer estas palabras:

—"¡Gringo lindo!..."

Lo había visto antes de este episodio. Apenas instalado el Sitio, el italiano don Bartolo tuvo la valentía temeraria de reclamarle con airada voz sus dos bueyes aradores, arriados con otros hasta el saladero de Legris, donde se efectuaba la matanza para el ejército.

¿Qué fuerza moral debía poseer este genovés nacido en el poblado de Vade en medio de las invasiones napoleónicas, para intentar ese paso frente a quien sentía una rara y conocida adversión a los gringos? Era fuerte la mirada del rústico. Transparentaba inteligencia vivaz y recio carácter.

Lo había oído sin cólera el general Oribe. Conversó con él. Le devolvió los bueyes.

Ahora, pasados los años, en esa misma falda del Cerrito, lo palmeaba, contento por esa vigilancia de lobo que no se detenía ni ante la voz del Señor, porque en la oscuridad no le distinguía la cara, y podía engañarse.

Había llegado a Montevideo el año 38.

Entre el Cerrito y el caserío del Cardal, muy pocas poblaciones en esa época: el saladero de Fariña, las casas de Juan Hita en el campo de los Olivos, y ese caserón del barón de Barrau, ahora de don Juan Vidal, que sería más tarde senador de la República. En ese caserón

vivía el genovés de nuestro relato histórico. Un gran patio de ladrillo, enmarcado por catorce piezas enormes, de tirantes de urunday y de palma; fuertes puertas y ventanas enrejadas; profusión de azulejos; artística herrería; un portalón de medio punto. Y un mirador.

En ese mirador, y en la madrugada del 8 de febrero de 1840, el gringo Bartolo recibió un hijo nuevo.

Ese hijo, era Pedro Visca.

DIALOGOS BUCOLICOS

En la placita de la Unión aprendió el niño Pedro su latín, junto a los arbolitos recién plantados. No consiguió la madre inclinarlo a los estudios eclesiásticos. Unos balbuceos y abandonó las disciplinas.

En Heráclito había hallado palabras que no olvidaría fácilmente: "la medicina realiza la expresión más alta de la vida". Debía recordarlas cuando el hombre rudo que era su padre, endurecido por las nevadas, y agotadoras tareas de leñador y cazador furtivo en los montes de la Liguria, le dictaba en su dialecto su deseo: "médico, pero sobre todo cirujano".

El muchacho ocultaba su firme designio: sería médico, y llegaría al más lejano y alto límite del conocimiento.

En la plaza de nuestro pueblo aprendió Visca en la adolescencia, a recrearse en la conversación, placer estético que siempre anteponía a cualquier otro ejercicio del espíritu. Se aislaba con un pequeño grupo de compañeros, y junto al estanque central rodeado entonces por islotes de cedrón y de menta, teniendo frente a sus ojos los altos muros del Colegio y la Iglesia, conversaba. Sabía gustar un buen libro. Pero lo excitaba el diálogo con camaradas de inteligencia despierta. Distinguía entre todos a Juan Angel Golfarini y a Agustín de Vedia. Azuzábalos el buen maestro, previendo que del choque de esas ideas en remolino, habrían de surgir rápidas y certeras las contradicciones, sin ofensa, en ese grupo selecto, que se vigorizaba, ejercitándose. Cuando retornaban al Colegio, cumplido el pequeño recreo, el bueno de don Juan Manuel Bonifaz se frotaba las manos. Tal vez soñaba, frente a sus muchachos, en un resurgimiento de las antiguas academias apolonidas. Al más díscolo de los cinco inseparables, Fortunato, hijo del coronel Flores, el maestro español, que solía hacer sus viajes del brazo de Montaigne, pudo apaciguar cierta vez con estas palabras del galo: "ten tu atención despierta, no tu cólera".

Esas conversaciones fueron fortaleciendo al adolescente que ya apuntaba como un espíritu vigoroso. No separó la Universidad al grupo del Colegio. Ahora dirigía sus estudios un canónigo español que se de-

leitaba con el espectáculo de esos muchachos que parecían estar siempre en pie de guerra. Una tarde oyó a Visca defender un principio, y rendirse al fin bajo la certera argumentación de Martín Berinduague. Con emoción le tendió la mano el padre Magesté, que ese era el nuevo maestro, profundo conocedor, él también, de los clásicos. Era "un triunfo alcanzado sobre sí mismo, ese que le permitía inclinarse ante el raciocinio de su adversario, triunfo que debía dejarlo más satisfecho que si lo hubiera obtenido sobre su flojedad".

LA BATALLA

Ya es bachiller el joven Visca. Tiene veinte años, y con el espíritu vuelto a las ciencias, sueña con vencer al mar que lo separa de su ensueño. En treinta años de vida libre con que cuenta el país, han corrido casi otros tantos de guerras civiles. No ha habido tiempo en ellos de levantar una Facultad. Presenta una solicitud al gobierno de Berro. Hijo de padres humildes, necesita la ayuda del Estado. Pretende una beca en París. El Parlamento la discute... casi dos años. Los emplea Visca dando lecciones particulares en la Unión, para atender sus modestísimas necesidades: cigarros, libros, caballo. El petitorio parece ser bien recibido por los legisladores. Es caso serio: "a estudiar medicina, ciencias naturales, y especialmente la mineralogía". Pero el senador Vásquez desconfía. ¿Sería en realidad la mineralogía lo que "arrastaba a ese joven inexperto a los riesgos de la famosa Capital?" —Naufragaba la beca, cuando el padre Magesté, por intermedio del senador por Durazno, el canónigo don Juan José Brid, consigue salvarla: sesenta pesos fuertes mensuales durante el término de seis años. Se imputó esa pensión defendida tan briosamente por dos sacerdotes, a la partida presupuestada en la Ley vigente, "para la educación de seminaristas en Europa".

Así pudo matricularse Visca en la Facultad de París, en los cursos de 1862. Cuando la bacilosis segó a Luis Maturana, becado de pintura, se elevó la pensión de nuestro estudiante de medicina en veinte pesos.

Pero en 1863 dejó de percibirla. La revolución florista hizo imposible el envío de la partida a Europa. Las penurias, a pesar del aporte paterno, fueron hondas. Terminaron con la victoria de Flores, quien ordenó el pago de las mensualidades atrasadas. Contaba Visca más tarde como se había imaginado el clamor de Vásquez y la contricción de Brid y Magesté, si les hubiera sido posible contemplar el festejo babilónico por la llegada del rubro mágico: una pequeña rueda íntima, en la casita de la calle del Sena número 91, con champagne, cigarros, y nocturnas mariposas de París...

PARIS DE FRANCIA

No era una casita de lo que disponía Visca en el barrio Latino, sino un cuarto. Lo compartía con un compañero de clínica, cuyo nombre era perfectamente oscuro entonces: Jorge Dieulafoy.

Visca llegó a París cuando se gestaba la era pre-pasteuriana. Nunca dispuso su Facultad de una pléyade tan extraordinaria de profesores. Fueron sus maestros y compañeros Broca, Brouardel, Charcot, Hayem, Dejerine, Pozzi, Dieulafoy, Duplay, Bron Sequard, German See orgulloso más tarde de su título de médico de Víctor Hugo.

Algunos de ellos asistieron al triunfo de Visca, la obtención del Internado, entre 600 concursantes vencidos casi todos por ese americano de Montevideo, que entre severo y sonriente, se atrevía a exponer ante el tribunal examinador, su opinión de que entre las causas de contraindicación a la traqueotomía... en la mujer, podía caber una nueva, no registrada todavía, y cuya paternidad reclamaba. Esa causa provenía... de razones de estética.

Su profesor de clínica médica ahondó en Visca su devoción por el buen decir. Pertenecía, en efecto, Jaccoud, a ese clan de profesores a los que englobaba Bianchón entre los que hablan *demasiado bien.* No fue superado su talento oratorio. Narraba más tarde Visca, ya en Montevideo, la maravilla de sus lecciones. Parecía construído especialmente para él ese anfiteatro con balcón en forma de púlpito, desde el cual deslumbraba en su clínica de la Piedad, a los estudiantes enmudecidos.

Resaltaban en su figura correctísima, el tinte mate, el caído bigote gris, las blancas patillas de moscovita. Como si fuera un sermón, derramaba Joccoud su ciencia, ya que él mismo era casi un predicador, en medio de los avances y retrocesos de su cuerpo alto y flaco, y de sus distintas inflexiones de voz, exageradamente grave a veces, como si quisiera recordar su gris mocedad, defendiendo a sus padres viejos desde su banqueta de violón de la Opera Cómica...

Dejó Visca la Europa en 1871. Pudo no volver. Tuvo amigos políticos cuya honrosa camaradería lo expusieron a un corto paseo hasta el muro de ejecución. Uno era Gambetta, que llevando siempre junto a sí a Lannelongue, arrojaba el hachón de su palabra en medio de la emoción de las multitudes. Otro era Clemenceau, que en la época de la Comuna, apenas si era un mongol de treinta años que había llegado a alcalde del 18 distrito...

EL GENERAL

En medio de la patriada de Aparicio llegó a Montevideo el nuevo

médico de la Facultad de París a la que acababa de presentar su Tesis. Abrió su consultorio en la calle Yí 211, frente a la vieja quinta de Montero. La más distinguida clientela de la ciudad se hizo cargo desde entonces de sus horas de la tarde, mientras el pobrerío disponía de sus mañanas en la sala Larrañaga del Hospital de Caridad.

Ya que no lo alcanzamos, hemos tratado de conocerlo a través de los recuerdos de quienes se formaron a su lado. Confrontando opiniones, discriminando a conciencia, podemos presentarlo como fue en realidad, y no como lo pinta la leyenda que ya ha comenzado a envolverlo.

Fue una novedad ambiental la división de los enfermos en su sala hospitalaria. Cada estudiante disponía de tres o cuatro a los cuales examinaba a fondo. Cuando el profesor solicitaba a uno de ellos la presentación de *su* caso,, el alumno sabía que acababa de sonar la hora de la batalla.

Leía pues la *historia,* y edificaba su diagnóstico. Cuando había concluído, el profesor que tenía dividida la clínica en tres categorías de externos, lanzaba sobre su silencio el primer grupo de combatientes, lo que él había bautizado con el nombre de *infantería.* A base de objeciones eran las descargas. Se defendía el alumno. Cargaba entonces la *caballería.* Gente más diestra, más adelantada. La artillería entraba por fin al campo. Alumnos de último año servían las piezas.

Se agotaba así el tema. La clase, que había presenciado la presentación de una tifoidea o de una neumonia, en medio de un combate tan hondo como leal, podía retirarse con la mañana ya ganada.

No lo hacía. Faltaba la palabra del General. Tenía un anfiteatro entonces la sala Larrañaga. Desde él disertaba Visca terminando el entrevero verbal. Era inalterable la sobria elegancia del profesor. No se había oído el grito de Crispín: "antes te quiten la piel que un buen vestido". A Visca se la arrancaran antes que su pantalón a rayas, su levita, su sombrero de copa, su bastón de ébano con puño de oro; sus guantes grises. Dieulafoy confiaba más en sus ojos magnéticos y en su romántica cabellera enrulada, y se presentaba a dictar su clase en el Hospital de San Antonio envuelto siempre en su peluda capa de boyardo.

Desde su sitial, junto al Estado Mayor —sus mariscales, porque esos ayudantes se llamaban Morquio, Ricaldoni y Figari—, juzgaban el combate disputado sobre un terreno tan pequeño, que cabía en él nada más que la sombra de un hombre. Pero a la salvación de esa sombra convergían los esfuerzos de todo el ejército, citado para un combate tan singular entablado a la muerte.

Lo que Visca extraía a su conocimiento, a su experiencia clínica,

a su talento ingénito, frente al caso que le presentaban, sólo quienes fueron sus discípulos podrán juzgarlo, Era un gran cerebro, y lo que es mejor, un cerebro perfectamente equilibrado.

Terminada la lección clínica, los alumnos ganaban el corredor, y esperaban. Faltaba algo. Era el regalo, la charla diaria, magnífica, más interesante a veces que la misma lección que acababa de dictar en la cátedra. Hablaba de historia y de política, de París en el que secretamente hubiera deseado morir; de sus viajes y sus lecturas, de la filosofía tan en boga entonces, y que lo llevaba siempre a una cerrada y oscura síntesis: la historia de la tierra no es más que la historia del dolor humano.

Era numeroso el grupo que rodeaba al Maestro. No se disgregaba lentamente nunca, sino que, como si la reunión hubiera sido una bandada de pájaros picoteando en la huerta, se dispersaba bruscamente, a una señal, como a un tiro de escopeta. La señal, era Visca levantándose de su asiento para retirarse.

Caminador infatigable, a pie llegaba siempre hasta su casa. No solo. Tomaba del brazo a un amigo y lo *acompañaba* hasta la suya. Manuel Quintela vivió un tiempo en la Plaza Libertad. Visca lo dejaba en su puerta. Se les veía a menudo, separados por alguna distancia, Quintela sonriente y con la cabeza baja, Visca junto al cordón de la vereda, abstraído a pesar de la compañía y de la charla, tal vez con el alma en su Francia lejana, mientras la aldea de entonces lo miraba pasar respetuosamente, encontrándolo hermoso en su fealdad, por esa sensación de confianza que esparcía a su alrededor por el solo acto de su presencia.

Cuando la charla de Visca desde su banco del corredor se prolongaba, solía ocurrir que entraban por él un enfermo nuevo, y entonces el profesor se entregaba a una disciplina extraña. La de los diagnósticos fulminantes.

Con enorme sorpresa de los muchachos de tercer año, Visca *miraba* al recién llegado y aseguraba: "Es un aórtico". Otras veces: "Es un cirrótico de Laennec". Hacía un culto de la observación. Decía que la *facies* hablaba.

A estos diagnósticos el vulgo los coloca al amparo del *ojo clínico.* No son otra cosa que el producto lógico de un enorme ejercicio profesional.

Examinaba luego esos casos, y la clínica confirmaba entonces sus *adivinaciones*. Pero él se reía de los médicos traumaturgos, siempre humorista, sobre todo en la rueda íntima, junto a la taza de café, fumando hasta la colilla sus famosos cigarros de hoja —a los que no mordía la

punta, como lo hacía aquel otro enorme fumador que fue José Pedro Ramírez— cigarros cuyo humo no tragaba, pero que consumía para neutralizar el efecto del café, así como abusaba del café para neutralizar el efecto de la nicotina...

Cuando apareció Soca, hubo un choque entre las dos escuelas, la antigua representada por Visca, y la novísima encabezada por el talento de ese hombre, salido del campo como el otro, y que nos llegaba ahora de Europa con justa fama de raro y sabio.

Ese choque no fue visible. Pero lo sufrió el compañero de Dieulafoy.

Cuando Soca, examinador de un alumno que egresaba, fuertemente impresionado por la prueba rendida se inclinó hacia Visca interrogándolo:

—"Este alumno ha estudiado en París?"

Todo el orgullo de Visca, su sano orgullo, asomó en la casi triste sonrisa:

—"No, doctor Soca. Ha estudiado conmigo en Montevideo".

El examen de ese alumno —Juan Francisco Canessa— debió limpiar de amargura el alma de Pedro Visca, si es que el choque de las dos tendencias, como lo creemos, había caído sobre su sensibilidad, lastimándola.

*

* *

Venía a menudo a la Unión, traído en consulta por los colegas. Había nacido en nuestro pueblo, pasado aquí su escuela, terminado en el Pasteur de hoy su bachillerato.

Recuérdese la ambición de su padre:

—"Eh ben: tu guevai pe studiá, e ninte de andá a perde u tempu; tu grevai pé turná in bun uperadú..."

Y como el hijo se defendiera, prometiendo volver médico, pero ya temeroso de cometer un grueso error como principiante, exponer una vida, hasta matar a un hombre por un tajo mal dado, el ligur forjado en el odio a Francia invasora:

"¡Má che t'importa *la vida* d'un franceise, o de vinti; l'storia alé imparasse ben l'uficio: u resto son tutte muse!..."

Y el primer cargo público que el país confió al doctor Visca, tenía que ser, como una paradoja, el de Cirujano Mayor del Ejército... A Visca, que en toda su vida profesional no operó nunca ni ayudó siquiera en ninguna intervención sangrienta.

No había defraudado al padre, sin embargo. Con Pean y con Lucas Championniere se había hecho cirujano. Abandonó la senda roja sin

saber por qué. Pero la abandonó. En Francia, por lo menos, la ciencia del operador era un baldón entonces. El monopolio de la talla y de la cirugía de huesos, estaba en manos de los barberos. Tiempo pasado, del que en la ciudad y las sierras... todavía quedan resabios...

*

* *

Sobre el desinterés de Visca un solo dato: dejó como herencia... mil metros de tierra en Belveder. No hizo clientela por consideración a sus colegas que habían sido sus discípulos. Ni lució chapa en la puerta de su consultorio. Vivió de su sueldo y de las consultas. Así eran los profesores de Francia, y él era eso. Un profesor del siglo de oro, no solamente por ese desinterés ilimitado, su franqueza que lo llevaba a confesar casi voluptuosamente sus errores, la arista infantil, siempre despierta en su espíritu, y que no se mantiene viva sino en los hombres superiores, sino también, y ésto puede parecer superficial, en su porte, que Visca conservó inalterable desde su llegada de Europa. En profesor se mantuvo, pero sobre todo en hombre que no desciende de su simplicidad elevada, porque es desde la cual comprende mejor, y contempla y consuela el sagrado dolor humano.

A medida que iba avanzando en edad ganaba en tolerancia. Ya no lo molestaba que lo llamaran para los moribundos, casi *en sacerdote*. Cada vez se desnudaba más entre los íntimos, como si esas revelaciones ya conocidas, se transformaran al pasar por su palabra, en un silicio que creía merecer. Recordaba su terror por la difteria. La diagnosticaba con los ojos, casi sin cuchara, alejado, y cuando examinaba un sospechoso colocaba su mano enguantada por sobre la espalda cubierta, y percutía con el bastón...

Hablaba a menudo de estas pequeñas grandes cosas, en su salón lleno de humo de la calle Juncal, en la que empezaba a hacer, desde julio, sus *tres meses de Paraguay*, que consistían en un tranquilo reposar en la cama, bien apretada a la cintura la faja de franela.

Así fue adentrándose Visca en la vejez, que en él había de ser tan digna, tan alta.

LA NODRIZA Y LA MUERTE

Es posible que, en cuanto a la localización en el tiempo, la afirmación de Conrad sea exagerada.

"Todo hombre —escribía— percibe ante sí una línea de sombra, y la atraviesa con un extremecimiento". Colocaba en la cuarentena la temible señal, mientras Maurois que cree en su embrujo, la estira piadosamente hasta el medio siglo. Detrás de ella, la juventud. ¿Cómo no

abandonar sin una crisis de desesperación, por breve que sea, el don precioso? El hombre podrá sentirla, y la siente, pero por lo menos en los tiempos actuales, ese escalofrío de angustia pasa desapercibido. La crisis será más o menos dolorosa, según la sensibilidad del viajero. Más de una vez hemos preguntado la edad, para anotarla en la ficha, a un hombre que nos había parecido fino de alma. En el brillo de la mirada hemos creído sorprender con pena, como relacionaba su aproximación a la línea de sombra con la esperada jubilación que le traerá el descanso. Para el hombre de espíritu, la sola pregunta es una tortura. Stendhal dejó esta nota en un rincón de página, la mañana en que pensó por vez primera en la inminencia de su encuentro con la cincuentena: "Esta es la lista de las mujeres que yo he amado". Todo hombre puede anotar como él, sus ilusiones desvanecidas. Si se desespera al hacerlo, es que ese hombre empieza a envejecer mal.

No fue ese el caso de Visca. Pocos alcanzan su digna y pura ancianidad. Si percibió el escalofrío de su línea de sombra, debió apartarlo de sí, sabio hasta el extremo simple de comprender que debía conservar un resto de esperanza, para no caer en la soledad, por el camino poco elegante de una vejez indelicada. No pudo ser un solitario porque no conocía el egoísmo ni la avaricia espiritual, y vigilaba celosamente los defectos a que su edad podía arrastrarlo, a él que había sido un joven triunfador, y estaba destinado a seguir siéndolo, ya que su ciudad asistía en medio del austero declive de su vida, a ese fenómeno no rara veces percibido, de una total y absoluta confianza colectiva, emanada de su espíritu nobilísimo.

Visca envejeció con la sensación de estar en un oasis, y no en una extensión ilimitada y ardorosa. No le fue posible pensar en la muerte para temerla. Había rechazado en 1908 un homenaje nacional surgido del cuerpo médico de Montevideo. La edad, las arterias en declinación, el corazón en derrota, no permiten soportar sin un fuerte y peligroso choque emocional, ese último matiz de solidaridad que se empeña en rodearnos. Y fingiendo un temor que no sentía, recordaba a don Cipriano Miró, a don Plácido Ellauri, a don Tomás Gomensoro, desaparecidos casi con la apoteosis.

En la noche del 19 al 20 de mayo de 1912 mantuvo como siempre su tertulia en la casa de la calle del Juncal, con el arquitecto Guidini, el doctor Jacinto de León, y su yerno don Arturo Visca. Para ilustrar al extranjero, el dueño de casa incursionó en nuestra historia. Desfilaron el Sitio Grande, la aventura de Timoteo Aparicio, todo el espíritu belicoso de la raza.

A las 12 y 30 dijo:

"A cambiar de conversación. Dejemos el pasado. Vamos a hablar del porvenir".

De ese porvenir del que disponía tan sin temores, sólo quedaban en el viejo reloj de cuco... sesenta minutos. A la una y medio de la madrugada, el doctor Visca cayó fulminado por una bulborragia.

Hasta el fin, ese griego que supo disfrutar de una vejez *antigua,* había rendido culto a la conversación. Estamos seguros que si su ángel le hubiese hecho una imperceptible señal por encima del hombro, no se habría asombrado, ni hubiera permitido a la congoja filtrarse hasta su corazón. De la última noche que le perteneció sobre la tierra, puede decirse lo que Wells recordó en un festejo muy inglés que se le tributó a los 70 años, de que ese acto sencillo le traía a la memoria el golpecito de la nodriza con el filo del ángelus:

"Ya es hora de ir a acostarse señorito Henry".

Recordaba Wells su protesta y su casi inmediata resignación; el sueño llegaba luego y el lecho le brindaba "un descanso muy deseado". Y el comentarista constata con pena, que la muerte no pasa de ser una nodriza afectuosa y severa.

Llegada la hora de Visca, se le acercó, como la del inglés, a decirle con una suave voz:

"Señorito Pedro, ya es hora de ir a dormir".

Y el señorito Pedro, sin protestas, se durmió, bruscamente...

DON AUGUSTO, MAESTRO CARPINTERO

EN 1848 llegó desde Prusia a la Restauración una figura singular. El padre Joann Christrián era maestro en pieles. El hijo de 26 años que decidió marcharse a América, acababa de recibirse de maestro carpintero.

Maestro era un título que sólo podía usar quien hubiera pasado tres años de aprendizaje, luego de cinco años de estudios. Era costumbre en Alemania que quienes lo habían alcanzado emprendían viajes por distintas regiones del país, para perfeccionarse antes de establecerse. Así lleva el pasaporte de este maestro, muchas anotaciones indicando las ciudades que visitó. La última deja constancia de que Augusto Liesack regresó a Neu-Stattin lugar de su nacimiento, a despedirse de sus padres, emprendiendo luego la partida de Hamburgo para Montevideo.

Don Jaime Mayol me relató, en una de las charlas que sobre él

sostuvimos, que era un hombre honradísimo, servicial y emprendedor como todos sus compatriotas. Una verdadera necesidad en el Cardal, donde recién se fundara el pueblo cuando él llegó.

—"Puede asegurarse que no hay una casa vieja de esa época en que no haya puesto la mano don Augusto".

Cuando se empezaba alguna, él hacía los marcos, las puertas, las ventanas y el techo. Terminada, la amueblaba él mismo. Las bateas de las panaderías, los muebles de las oficinas públicas, el montaje de las tahonas las terminaba personalmente.

No existía en la Unión antigua un personaje más popular y querido que don Augusto, quien consideraba que el general Oribe, el pueblo y él eran una misma cosa. Afinaba los pianos de las niñas, que él mismo hacía venir de Alemania. Construía a la carrera el ataúd de un angelito o el de un anciano que había vivido bastante el siglo anterior.

Era blanco exaltado. Tenía el retrato del general dedicado por su mano, a la cabecera de la cama, junto al de sus padres. Cuando se lo nombraban se descubría, y si estaba sentado se ponía de pie. Alguien, que conocía su debilidad, refirióse a él sin la debida corrección. Si no se separó a tiempo, se llevó el bastonazo seguro que destinaba a los detractores.

Apoyado en su bastón de ébano con puño de oro y secreto estoque, acostumbraba a visitarlo Oribe. Liesack tallaba las maderas, sazonando con palabra bizarra sus imágenes pintorescas mientras el general, ceñudo y silencioso, le miraba esculpir los ataúdes de la Restauración.

Se había acriollado, pero seguía con el alma en su tierra lejana. Bien lo sabía el cónsul de su país, pues cuando alguien se interesaba por el paradero de algún súbdito cuya pista se había perdido, lo enviaba de inmediato a la Unión a verse con don Augusto, verdadero fichero de alemanes llegados al Uruguay. Al visitante lo consideraba un huésped y le enseñaba todo el pueblo. Luego lo llevaba de vuelta al centro, en el ómnibus tirado por seis mulas, antes del 68 que hicieron su aparición los trenes de caballos. En el cementerio inglés, bajaban. El director era un alemán que hacía escultura los muchos ratos libres de que gozaba, ya que los ingleses morían por casualidad en el Montevideo de entonces.

Más de una vez los que pasaban por 18 de Julio y Ejido, habrán visto el grupo de tres alemanes tomando cerveza bajo un árbol.

Don Ricardo Grille, notable bibliófilo a quien conocí en casa del doctor Fernández Saldaña, recordó una tarde el nombre de ese director, Herr Schenze, excelente ebanista y gran cazador de venados a la puerta

de Montevideo. Tenía en la calle Constituyente instalada su fábrica de cerveza. Era interesante y muy observador según don Ricardo. Un día descubrió que uno de sus empleados le robaba cebada. Siguiendo el rastro de un reguero de hormigas, cada una de las cuales cargaba un grano, pudo desenmarcarar al ladrón.

Nunca aceptó nada don Augusto por sus servicios *consulares.* Lo único que exigía eran las últimas noticias de Hamburgo y algún ejemplar de la Gaceta de Zeitung.

Con la tarde agonizante regresaba a la Unión, recuperando el tiempo trabajando hasta la madrugada, mientras una sonrisa distendía los músculos de su rostro delgado.

Eduardo Martínez Jauregui lo conoció en sus últimos años.

—"Era un viejo alto, flaco y rubio. Su salón estaba al extremo oeste del Capitol. Siempre lo vi trabajando en su taller, y nunca sin el mandil de carpintero".

Allí tallaba sus famosos cajones fúnebres, forrados con tela negra de algodón recamada con una porción de cartones estampados y perforados, a los que pintaba de oro y plata. Terminábalos con toda delicadeza Belloni, el padre de Damito, a quien llamaban por el lugar donde vivía, el "viejo de las bóvedas". De ahí que lo apodaran *"lustramorti"*.

Era protestante. A pesar de haber armado en San Agustín el altar mayor que perteneció al Convento de San Francisco cuando se demolió para dar paso a la Bolsa, Liesack no perdía oportunidad de burlarse de los santos católicos.

En 1894 pasó una procesión frente a la puerta de su carpintería. Con gran unción iba la familia Ramos presidiendo la ceremonia: don Manuel, su señora María Roquero, Yaya la cuñada, y una hija de meses llamada Ana, a quien le llamaban "la china". En medio de las imágenes conocidas apareció una cara extraña.

Don Augusto la señaló con una sonrisa y al amigo que lo acompañaba le dijo mientras subía los lentes por encima de las cejas:

—"Mirá. Ese santo está una gaucho".

Y ante la mirada interrogante y festiva de Panchito González, que nos recuerda el episodio:

—"Sí. Sí. La sombrero de parpijo y el poronga en la mano".

Ni un ateo podía dudar que se refería a San Roque.

Un pleito ganado muestra el carácter recio del prusiano.

La plaza de toros tuvo graderías siempre, en que la gente tomaba asiento sobre bloques unidos con tierra romana. Las sillas constituían

una preferencia dentro del ruedo inaugurado el 18 de febrero de 1855.

El 21 de abril de 1858 compareció el secretario del directorio señor Miguel Berro ante el juzgado de la Unión, y expuso su querella ante el juez Basáñez.

Exigía de Liesack la restitución de nueve docenas de sillas que el directorio le había comprado en abril del 55 a veinticinco pesos la docena, y que el señor Liesack había retirado depositándolas en la iglesia.

La respuesta de don Augusto es digna de Bismark.

No niega el hecho. Pero declara "que no entregará silla alguna, hasta que el directorio le abone los $ 122 que le debe como saldo".

Réplica severa pero justa. El la atemperó con estas palabras que extraemos del expediente:

—"Que cree que nadie se atreverá a arrancarlas del lugar sagrado donde están guardadas".

Berro debe haber pagado el sábado pues la corrida se realizó el domingo siguiente.

Intimidad del artesano

De su primer casamiento con Dolores Rodríguez no hubo descendencia. Del segundo con Estevana Sosa efectuado en San Agustín en 1855, quedaron once hijos.

Carolina, Augusto, Julio, Estevana, Elisa, Herminia, Ricardo, Lorenza, Jaime, Alfredo y Sofía.

Es como hombre de hogar que lo recordaremos sirviéndonos de guía la memoria de María, hija de Estevana.

Liesack nació en Neu-Stattin, donde abundaba la pesca, junto a un arroyo. Recordaba siempre la aldea natal, y disponía de un lugar a propósito para ahumar los peces que extraía de la playa del Buceo, en su quinta de la calle Maroñas, llamada desde el 67 Juanicó, a los fondos del cuartel entonces ocupado por la barraca Solanet.

Era un terreno que daba a la calle tranversa. Lo cubrió de violetas y en él edificó un palomar para sus palomas *tummler,* notable raza de aves que efectuaban graciosas piruetas en el vuelo, lo que constituía una novedad en el cielo de la Restauración.

Cuando comía pescado tiraba el *alma del pez* hasta el techo, diciendo a la mujer que el alma tenía, por fuerza, que ascender al cielo. Era la única fricción con la esposa, que no toleraba bromas que rozaran su fe.

Estevana murió joven, cuando esperaba el hijo que debió redondear la docena.

Liesack construyó el ataúd con sus mejores maderas, repitiendo el gesto del padre de Lincoln con su esposa. Para don Augusto su familia constituía el universo. Había dado a su hija primogénita el nombre de Carolina para honrar a su madre.

Su casa era la carpintería, ubicada en la calle Real entre el camino del Campamento y la calle de la Iglesia, hoy 8 de Octubre entre Industria y Cipriano Miró. Sus fondos daban a la calle Asilo donde lucía una histórica puerta colonial.

Así la describe en el tomo II la Revista de la Arquitectura, páginas 317 a 328:

—"Hermoso juego de seis piezas movibles, dosadas y en conjunto mediante poderosos herrajes. Rica, esta puerta en complementos artísticos: llamador, picaporte y clavazón aparente. Finamente decorado en su molduraje y tableros, esculpidos éstos con dos entrelazos curvilíneos, el palacial elemento no tiene definida su procedencia".

El portón que lleva en su dorso, en parte ostensible, la fecha *1814, tiene sí,* procedencia definida. El arquitecto Geranio creía que podía tratarse de la puerta de la Casa de los Ejercicios.

El cultor de la historia *don Leonardo Danieri* rectifica esa duda de Geranio.

La puerta es realmente del Convento de los Franciscanos, demolido en 1861 para dar paso a la Bolsa. Quien desarmó el altar mayor fue don Augusto Liesack. Lo trasladó intacto a la Iglesia de San Agustín, que sustituyó a la capilla de la Mauricia.

¿Cobró algo don Augusto por el arduo trabajo? Tal vez no, y el precio del mismo puede haber sido el regalo de la puerta que él llevó a los fondos de su carpintería.

Allí estuvo por más de ochenta años, y en 1937, cuando se construyó el Capitol, fue canjeada por otra, pasando a la Escuela Industrial, de donde el director del Museo Histórico señor Juan E. Pivel Devoto la ha recuperado, para darle seguramente, un destino mejor que el anterior, cuando estaba horizontal en un pasadizo de la calle Isla de Flores.

Desaparecida la madre cuando tenía 43 años, la sustituyó en el gobierno de la casa su hija Estevana. Era una de las más hermosas muchachas del pueblo, que pudo contemplar a fines del siglo pasado, la deslumbrante belleza de Luisa Uriarte.

Pero pronto la suerte habría de arrancarle a don Augusto la hija. No el sepulcro pero sí el casamiento.

Un joven alemán a quien le pusiera el padre entre sus brazos a la hija de pocos meses, diciéndole en broma: "Ahí tienes a tu novia", pasados los años vino a pedírsela en matrimonio. Era un excelente muchaco, de gran porvenir. Y apenas casado el flamante marido empezó a enseñarle todas las tardes su idioma a la joven esposa, hasta que un día le dió al abuelo la más inesperada noticia:

—"Tata, ahora ya puede hablar en alemán con su hija."

Liesack se quedó mirándola sin atreverse a hablar para que no se rompiera el encanto de lo que acababa de oir, hasta que su rostro se empurpuró. Llenáronsele de lágrimas los ojos y abrazó estrechamente a Estevana tan querida, mientras ésta le prodigaba en su idioma nativo las más tiernas palabras.

Recordaron entonces que el día de la boda de su abuelo no se separaba del coche de Piolita, que debía llevarlos a un hotel céntrico, y le mostró en el pasaporte que guardaba como una reliquia desde el 47, todas las nuevas anotaciones que había hecho en él, sin olvidar la del buffet del Telégrafo.

Por muchos años lo visitaron todos los domingos, y entonces iban al sepulcro familiar donde descansaban los seres queridos. Costaba llegar al lugar de reposo. Lo rodeaban en el camino los viejos amigos haciéndole cariñosas e intrascendentes preguntas y el noble anciano llegaba al fin a su rincón sagrado colmado de una envidiable paz.

El día que más lo detuvieron fue al interesarse porque fue voz corriente en el pueblo, que en la plaza de toros un Miura había saltado la barrera viniendo a caer en la fila de la familia.

Un buen día, cuando Saravia se levantó en armas contra el notable gobierno de Batlle, se fueron a Alemania, "y no vi más a mi abuelo tan querido".

Murió el 6 de abril de 1904 de una infección biliar, bajo la rigurosa asistencia del doctor Crovetto, en su casa de 18 de Julio 155. Sepulcro 570 del Cementerio del Buceo. Tenía entonces 82 años. Su muerte fue un verdadero duelo local.

Con estas palabras cerró una de sus charlas sobre don Augusto su amigo Jaime Mayol:

—"No se oía más que frases de cariñoso respeto para el que había sido el más honesto de los artesanos de la villa de Oribe, hasta el momento mismo que los sepultureros empezaron a empujar el ataúd hasta su tumba.".

EL CURA DE SAN AGUSTIN

LAS gentes de la Restauración conocían a fondo al Padre Ereño. Nacido en Vizcaya en 1810, al empezar la Guerra Grande se vino al Cardal y entró en la Capilla de la Mauricia, que habíase iniciado en 1839. Cuando empezó a levantar la Iglesia de San Agustín, tuvo en ella un rol diverso. Fue sobrestante, pagador, mayordomo, síndico, contador, ecónomo, tesorero, recaudador. No llevaba libros, pero sus apuntes, escritos en largas tiras de papel, alcanzaron mucha fama. Se llegó a dudar en 1854, una vez desterrado del país, de la delicadeza con que habría manejado los dineros de la parroquia. Nada más injusto. Haremos aquí la defensa del cura Ereño.

DEFENSA DEL SACERDOTE

Fue un duelo entre el cura de San Agustín y el cura José Joaquín Reyna. El Padre Ereño había conseguido para el templo suscripciones hasta de ocho mil pesos de un solo feligrés. Habían donado el terreno don Tomás Basáñez y don Lorenzo Cardona. En las paredes del santuario se mostraban riquísimas donaciones de los feligreses acaudalados, y las más modestas de los vecinos del lugar. En medio, estaban todos los ahorros del cura Ereño.

El señor cura Reyna, Previsor General, había dicho en un primer momento que pocos párrocos había en la República más dignos de regentear un curato que el Padre Ereño. En seguida vino, firmado por el mismo señor, la orden de destitución del mismo. ¿Qué mano oculta llegó a influir en la decisión del señor Previsor?

La comisión de vecinos de la Unión contestó a éste:

—"El informe pedido al señor Previsor ha dado término a nuestras pretensiones. El Gobierno tenía que desairar al Previsor, o desairar la demanda de los vecinos de la Unión. Hizo esto último."

Influyó la Unión ante Flores con la palabra del ministro brasileño Amaral, y ante el propio cura Conde, recién promovido. Creyó Conde en una provocación.

Entonces, en febrero 8 de 1854 las damas de la Unión se dirigieron al Señor Gobernador Coronel Venancio Flores, en una solicitud en que se pedía la reposición del sacerdote Ereño en la Iglesia de San Agustín.

La firmaron setenta y ocho damas de lo más representativo del pueblo. Entresacamos los nombres de las señoras Rella de Bianqui, Uriarte, Arboleya, Comparada, Manuela Gómez de Visillac, madre del que sería General José Visillac que entonces tenía trece años, Fátima Díaz de Acevedo, madre del más tarde doctor Eduardo Acevedo Díaz que entonces contaba dos años de edad, Lima de Vilaró, Rama de Pijuán, Iriarte de Reissig, Rius de Fariña y Juana Illa de Basáñez, esposa del terrateniente don Tomás Basáñez, quien había donado la tierra para la Iglesia. Y las señoritas Aurora y Elvira Visillac, Zoa Uriarte, Graciela Chalar, Teodora Lima, Rosa Linares.

El 27 de enero de 1954 seiscientas veinte firmas de vecinos de la Unión pidieron a Flores que repusiera en su curato a Ereño. Es el censo más completo de esa época que existe en el pueblo.

Firman la extensa lista del folleto del 54 los señores Basáñez, Larravide, Ribas, Bianqui, Vila, Moratorio, Villegas y Luna, Fuentes, Basterrica, Durán, Linares, Manrupe, Lenguas, Comparada, Alcain, Requena, Arboleya, Diez, Lerena, Vavasseur, Esponda, Sívori, Visillac, Aramendi, Riaño, Recard, Mascaró, Pujadas, *Quesada,* Canessa, Nicolini, Liesack, Irureta, Roubaud, Aguirre, Cardona, Ponce de León, Cabris, Villademoros, Díaz, Arriague, Cedrés, Risso, Riera, Piñeyrúa, Cavia.

Sé de algunos que no firmaron por estar dirigida la petición al coronel Flores. Algunos colorados lo hicieron como Villegas y Luna y Quesada, que inmediatamente fue nombrado comisario de la Unión.

El señor Previsor cambia de pronto de tono. Dice, contestando la nota de la Unión, que "el presbítero don Domingo Ereño no puede ahora ni en ningún tiempo, ser repuesto en el curato de San Agustín, porque ha faltado a los sagrados deberes de párroco, no llevando razón alguna de su administración en el tiempo que ha sido cura de San Agustín; no existen libros parroquiales de bautismos, casamientos, entierros, y lo que es increíble, ni libro de derechos de fábrica, ni inventario alguno de lo perteneciente a la iglesia, y esto es tan grave, según las leyes eclesiásticas, que lo inhabilita para ser en adelante cura párroco de esta república."

Algunas inexactitudes hay en esos cargos. Pero donde falta a la verdad en absoluto es cuando afirma que "nuestra curia tiene una causa criminal abierta, como ocultador de las alhajas de San Agustín."

Esto es canallesco. Ereño se sirvió de una custodia de plata do-

rada en San Agustín. Esa no la entregará, pues en una carta que publica, de octubre de 1849, el feligrés anuel da Cunha le dice que le envía una custodia y un par de candelabros, que ha mandado buscar a Río Janeiro. La carta termina en esta forma: —"Estos objetos servirán a usted en cualquier parte que vaya usted como empleado de la curia."

Al fin el cura Reyna muestra la verdadera razón del destierro de Ereño:

—"No puede ser repuesto por su conducta poco eclesiástica, por su exaltación de principios, porque no ha perdonado medio alguno para anarquizar al pueblo de la Unión."

Esta es la verdad absoluta. Tal vez alguno, Quesada o Villegas y Luna, hayan oído en el servicio de Ereño, lo que oyó Visillac a los catorce años y tuvo la firmeza para repetírmelo en 1936:

—"Yo le oí a veces en medio del sermón, exclamar con voz de trueno: "Mueran los salvajes unitarios..."

Después del movimiento militar del 18 de Julio del 52, llenó las azoteas del pueblo con hombres armados que no hicieron un disparo, porque la firme actitud de Melchor Pacheco y Obes bastó para contenerlo.

En la nota de los vecinos, en nombre de los siete mil que componen el pueblo, se hace la defensa del cura Ereño como sacerdote. El cura Estrázulas fue exigido por Larrañaga a ofrecer a Ereño algunos ornamentos para que los usara en el ejercicio de sus funciones parroquiales. Y Estrázulas, que actuó como curandero muchos años, ofreciendo a todos los chicos que iban a su *consultorio* una cucharada de aceite de bacalao por visita, se negó rotundamente a cumplir la orden superior.

El libro de fábrica no existía, pero "estaba en la sacristía, debajo de la peana de la Imagen de la Pura y Limpia Concepción".

Si a alguien perjudicaría esa sustracción fue al cura Ereño que perdió los $ 4.285 que constaban en la relación presentada por Ereño que los dio para la construcción de la obra.

"Suponiendo que una parroquia de campaña, de poca extensión, con unos habitantes empobrecidos hasta la miseria; cuya población durante nueve o más años no fue más que un campo militar; cuyo cura sólo puede llamarse un capellán castrense".

El cura Ereño dio a San Agustín más de lo que puede haber recibido por derechos de fábrica. El libro de fábrica no apareció. No pudo hurtarse el templo.

Lo hurtó quien hizo demoler en 1913 el magnífico edificio que

construyó Fontgibell. Todavía estaba en perfectas condiciones. Se levantó, en su lugar, un nuevo templo que no tiene ni cerca de los elementos artísticos de la vieja iglesia...

CONDENA A LA EXALTACION PARTIDARIA

Es riesgosa en extremo esa exaltación, cuando se manifiesta en un sacerdote como Ereño, joven de cuarenta y cuatro años y dueño de un espíritu como el suyo, que tenía concentrada su admiración en un hombre y un partido. No tenía otro camino el coronel Flores que alejarlo para siempre de Montevideo. Era peligroso tenerlo cerca. Había que desterrarlo y lo hizo. Fue lo mejor. Para la tranquilidad pública era un suicidio dejarlo en el país.

* * *

"Sacerdote católico, vasco español, vizcaíno, cuya actividad política en nuestro país y en Entre Ríos ha permitido decir que estaba llamado a ser soldado de caballería antes que pertenecer a las milicias de la iglesia".

Con estas palabras empieza su ficha sobre Ereño, el historiador Fernández Saldaña recién desaparecido. Es indudable que el destierro del General Oribe, que empezó el 21 de octubre del 53, pocas horas antes de la muerte brusca del General Lavalleja, desencadenó su actitud belicosa, manifestada repentinamente apenas Oribe subió abordo de la "Plácida", que debía dejarlo en Barcelona.

La exaltación de su partidarismo fue tal, que el Comisario Martínez, de la seccional Unión, le hizo presente que debía abandonar el país en cuestión de horas. Marchó con lo puesto, llevando como único equipaje un cáliz de oro, que luego el cura Conde reclamó como de posesión de la iglesia.

La Memoria, que conservo en un folleto rarísimo de 1854 fue enviada al Coronel Venancio Flores, cuyas veleidades católicas pretendieron aprovchar los blancos de la Unión, que corporativamente y por escrito, solicitaron que se amnistiase a don Domingo Ereño permitiéndole regresar a su parroquia de San Agustín.

La pretensión, que fue anotada al principio de este trabajo, resultó frustrada, como lo sabemos, y volvió a sucederle lo mismo en 1857.

"La Nación", diario blanco en la época, decía en su edición del 23 de diciembre:

—"Ayer vino a Montevideo, en el Palmira, el antiguo cura de la Unión don Domingo Ereño".

Hacía un mes que había fallecido Oribe, y Ereño no podía estar lejos del cadáver de su ídolo. Embarcó, pues, y los vecinos de la Unión volvieron a enviar la petición de amnistía a Gabriel Antonio Pereira, que se aprestaba a decapitar en Quinteros al Partido Colorado.

Volvió a fracasar la iniciativa.

Avecindado de nuevo en Entre Ríos siguió manteniendo allí las mejores relaciones con el Gobernador Urquiza, que lo había colocado cuando recién llegó a la Provincia, en la parroquia de Villaguay, pasando luego a residir en Concepción del Uruguay, donde llegó a ser Vice Rector del Colegio Nacional, famoso en su época.

De allí mantuvo una nutrida correspondencia con los principales hombres blancos de nuestro país y con los jefes políticos del litoral, "en funciones de organizador y jefe de un verdadero servicio de espionaje ejercido sobre los emigrados uruguayos."

Así mantuvo correspondencia con Egaña, jefe de Soriano; con Pinilla, jefe de Paysandú; con Diego Lamas, jefe de Salto. No perdonó ni a sus correligionarios, cuando los creyó en falta: así trató públicamente de vendido al Brasil a Luis de Herrera.

Cuando el Partido Blanco llegó al poder, luego que bajó Pereira de la Presidencia, declarándose públicamente blanco, tanto que murió en abril del 61 siendo Senador por Soriano, electo por los votos de los blancos exclusivamente, vino a ser una especie de agente confidencial del gobierno de Montevideo.

En 1863 se le había nombrado cura párroco de Salto, pero iniciada en abril la invasión de Flores, se abstuvo de cruzar riesgosamente el río.

Todos los agentes que llegaban a Concepción del Uruguay en misión política a fin de entrevistarse con Urquiza, se hospedaban en casa del cura de la Unión, y era él quien se encargaba de presentarlos al Capitán General en el Palacio de San José.

Consternado por los continuos triunfos de Flores, cuando el caudillo puso sitio a Paysandú, asistió del otro lado del río a la agonía de los héroes que morían en defensa de sus ideales, "sin que sus públicas rogativas en la iglesia de Concepción del Uruguay, fueran escuchadas desde lo alto."

El fusilamiento ignominioso de los héroes de Paysandú, por orden de Belén o de Goyo Suárez, sucedió inmediatamente a la caída de la ciudad.

Ereño pareció enloquecer. Tristemente se consoló cuando desde la ciudad mártir le enviaron, descarnados por Mongrell, los gloriosos restos de Leandro Gómez, que él mantuvo en su residencia, hasta que, obligado a marchar a Buenos Aires, "transfirió la preciosa reliquia a su pariente Pedro Aramburú."

El 23 de marzo de 1871 murió en la capital argentina, de fiebre amarilla, repatriándose sus restos a San Agustín el 20 de octubre de 1882.

* * *

En diciembre de 1942 le hice al párroco de San Agustín una extraña súplica, y el párroco, concediéndomela, bajó conmigo al sótano. Allí se guardaban los restos de don Domingo Ereño Le pedí quitara la tapa de la urna de mármol.

Puestos al descubierto los huesos, sobre el frontal medio comido por el tiempo, puse reverentemente mi primer libro.

LA PULPERIA DE J. M. PEREZ

EL rico terrateniente don Juan María Pérez fue dueño de una pulpería en Maroñas durante la Guerra Grande. No estuvo al frente de ella pero fue socio capitalista. El Constituyente del año 30, ministro de Rivera y Oribe en las presidencias primeras de la República, no podía ser pulpero, porque su posición de millonario y destacado político no se lo permitía.

El señor Gaudencio Nicolazi puso una leñería en el edificio, desde 1895 a 1911, en que lo dejó para que fuera demolido. En su lugar se alzó una mansión moderna que fue ocupada más tarde por el doctor Alberto Quesada.

Muerto el último inquilino, su viuda nos ofreció informes sobre el viejísimo establecimiento y nos brindó su foto. Se le conocía en Maroñas como "la casa de columnas".

Tuvo su auge en esa guerra internacional y se cerró definitivamente en 1850. Era una magnífica casa de azotea edificada para pulpería. Tenía tres salones de siete metros de ancho por nueve de largo, que, por el sur y el este estaba rodeada por un corredor con tirantes de palma de Maldonado.

Cuando empezó la leñería esos tirantes tenían el extremo hueco y sobresalían medio metro, en los cuales anidaban los pájaros y en los temporales se guarecían aún los que no tenían nido.

La casa no estaba edificada sobre 8 de Octubre, sino en pleno campo, a treinta metros del Camino Maldonado.

Para sostener ese corredor había cinco pilares cuadrados, de enormes ladrillos. Cuatro sobre el costado este y uno sobre 8 de Octubre. Las puertas enormes, de madera dura; la izquierda entera, la derecha partida en dos. En el tercio inferior ninguna de esas puertas tenía reja. No existía sótano, pero sí un aljibe sin brocal, del que en 1895 se sacó gran cantidad de armas viejas, herrumbrosas: bayonetas, lanzas, fusiles, cartucheras.

A los fondos, pasando Rousseau hay una casa gemela a ésta, tan vieja como la de columnas, pero mucho más pequeña.

La misma construcción, idénticos ladrillos unidos con barro, el corredor con tirantes de palma, cinco columnas.

Podía haber servido para alojar la gente de la pulpería.

La viuda de Nicolazzi oyó decir siempre que la casa del frente fue cuartel general del Cerrito, y que allí se reunían los jefes del ejército. Lo mismo me repitió el general Gregorio Alvarez Lezama en 1938, a quien le aseguró el coronel Acuña en 1905 cuando era su alférez, que el cuartel general de Oribe "estaba en la casa de columnas".

Yo tenía que ratificar esos datos o rectificarlos. Disponía de un amigo de noventa años que estaba en plena lucidez mental, y era dueño del más espléndido panorama histórico del que había sido testigo por haber nacido antes de la mitad del siglo anterior. Por encima de todo era integralmente puro, incapaz a sabiendas, de una alteración de la verdad.

En 1936 me ofreció un dato sobre el puente de troncos que cruzaba el arroyo del Cerrito sobre el camino del Campamento, lo que fue muy mal visto por sus amigos políticos. Lo vieron inmediatamente para que desautorizara sus palabras publicadas en el periódico local "La Semana". Se negó rotundamente a ello. Yo había recogido su versión sobre cómo había surgido ese puente de una manera milagrosa, y él no podía rectificar sus palabras.

Desde entonces mi consideración personal hacia *don Jaime Mayol* creció. Al día siguiente de obtener esa fotografía lo visité. Era el 27 de diciembre de 1938, según consta en la página 75 de mi libreta número 10.

Empezó negando que la casa de columnas fuera de don Juan María Pérez. Era en realidad de don Juan Maroñas. Pérez no era más

que un inquilino. La pulpería estaba habilitada para ese fin en los años de la guerra, poco después de Arroyo Grande y ya había muerto el dueño cuando Oribe fue vencido. En 1850, en el mes de julio ya se había vendido los armazones y el mostrador, según puede verse en los avisos de "El Defensor".

Hemos ido ayer a la Biblioteca Nacional. Como siempre, tenía razón don Jaime. Ahí queda el aviso de que habló hace veinte años.

Don Juan María Pérez tenía un socio que estaba al frente del negocio. Era el señor Aguirre, que en 1847 tuvo, en esa casa, un hijo al que puso el nombre de Martín. Ese hijo se recibió de abogado a los diecinueve años, y fue un blanco principista que murió en 1909, dejando a su hijo Leonel como digno sucesor en el derecho y el periodismo.

Era Pérez, ayudado por los hermanos Negrón, el introductor de los canarios, a quienes les pagaba el pasaje que le era reembolsado más tarde. Desembarcaban las familias enteras en el Buceo y se sentaban en el muelle primitivo sobre las cajas de madera que hacían de baúles a esperar las carretas de bueyes que las llevarían hasta Maroñas.

Llegados allí se les distribuía rápidamente al punto fijado de antemano: pueblos y chacras de Canelones, Montevideo y San José. Muchos canarios se hicieron soldados en el Cerrito y quedaron junto a Oribe.

Un catalán inteligente casó de una manera pintoresca con una conterránea buena moza. Ya estaba radicado en Montevideo desde antes del Sitio. El día de la llegada de un barco español con familias, se acercó eligiendo entre el grupo numeroso. Blanes ha pintado la llegada de los inmigrantes al puerto del Buceo. Tienen un aspecto especial sus acuarelas sin pretensiones, que poseían ya la potencia del genio.

Le dijo pocas palabras, pero la española las entendió bien:

—Soy honrado y bueno. ¿Quieres casarte conmigo?

La moza bajó los ojos. Y se casaron poco tiempo después. De esa unión feliz nació uno de los más famosos médicos de la época, el doctor Isabelino Bosch, ya que el catalán que eligió compañera en forma tan sorpresiva, fue su padre don Joaquín.

Don Jaime confirmó el depósito de armas en el aljibe, explicándolo porque los blancos que no quisieron pasar a Buenos Aires a combatir a Rosas, desertaron y allí tiraron sus armas. Y luego, los antiguos temores de la gente frente a los continuos cambios de gobierno, los explican también. Muchos aljibes recibían de esa manera su porción guerrera.

En 1850 la casa estaba vacía y la pulpería se hallaba cerrada. Hasta 1851 era frecuente ver la antigua morada ocupada por escuadrones volantes de caballería de Oribe, que pernoctaban y jugaban a la baraja y a la taba por el día y la noche. Eso es lo que dio origen a que se le considerara cuartel general, creencia errónea, pues éste estaba en el Cerrito.

Y dice don Jaime, que ya tenía seis años cuando terminó la lucha:

"Yo vi alguno de esos escuadrones. Los soldados vestían a la usanza de Rosas, con sus coloradas gorras de manga larga echada hacia atrás, cayendo sobre la espalda, y en cuyo hueco guardaba el soldado su tabaco y yesquero".

En cuanto a la casa de Rousseau, verdadera miniatura de la otra existe aún. No era de las Maroñas. Pertenecía al padre de Román Pereyra, que era blanco, y había vivido muchos años en San José con su hermano Leoncio.

Tampoco vivió Oribe en la casa de columnas. La verdadera casa que habitó Oribe en la Guerra Grande, desde el 43, fue de doña Agustina Reboledo, donde vive la partera Arigón.

—"Allí lo conocí yo, y en su casa aprendí las primeras letras, junto a sus hijas, de labios de don Cayetano Ribas, muy presumido, a quien nunca lo vi sin la levita y la galera de felpa. Creo que el viejo maestro murió pasados los noventa años en el Tala".

Lo cierto es que después de la paz, la verdadera casa de Oribe fue su quinta de Uruguaya, en el Miguelete. Pero hasta el pacto con Flores en 11 de noviembre de 1855, Oribe siguió viviendo en su casa de la Curva de las Mafoñas, salvo el fin de semana que lo pasaba en el Miguelete.

A Mayol le gustaba hablar de Oribe tanto como le disgustaba referirse a Saravia. De aqél recordaba que siempre estuvo con el gobierno, y murió el 57 recomendando que rodearan a Pereyra. El brasileño fue un levantisco.

Una vez en el tema aseguró que la influencia de Oribe en la Unión fue siempre extraordinaria y tan prolongada como sus días. El se explicaba. No hay ejemplo en todo el país, de un pueblo que como la Unión, haya sido fundado por un hombre con la totalidad de sus habitantes de un solo color político.

Tan blanca era la Unión, que cuando Goyo Suárez iba a visitar a su novia Carolina Umpiérrez, que vivía en Cuchilla Grande frente a

los molinos, no entraba por 18 de Julio, sino que daba una vuelta, entrando por Monte Caseros cuyo nombre era grato a sus colorados sentimientos.

Explicaba el rodeo diciendo:

"En la Unión hasta las gallinas y los perros son blancos".

Cuando Mayol decía ésto estábamos en 1938. Entonces vivía todavía la esposa de Goyo Suárez, sorda y casi ciega, en Carrasco, después de casi setenta años que había desaparecido en la muerte el vencedor del Sauce.

LA COMISARIA

LA primera comisaría de la Restauración estuvo frente a la casa del general Antonio Díaz, rodeada por un enorme y magnífico naranjal. Su ubicación justa: 8 de Octubre y Raissignier. *José Visillac,* que había actuado con destaque en la batalla de Ituzaingó fue el primer comisario de órdenes de la Jefatura del Cerrito, desde 1843 hasta 1846 en que pasó al Cardal, donde debía pasar siete años.

'Los milicos eran de chiripá y chancletas y usaban un gorro ferrugiento. Del sombrero le salían las mechas, pues todos eran melenudos", nos informó Antonio Baraldo, llegado al Cardal en 1847.

La actuación de Visillac fue correcta y tranquila, tanto que habiendo ganado la Guerra Grande los colorados, no lo removieron hasta 1853, en que fue sustituído por el coronel *Salvador García;* secretario del general Oribe en la campaña de las Provincias, puesto que había abandonado por no transigir con el trato inhumano que daba a sus prisioneros.

En 1854 fue nombrado el señor *José Martínez,* quien apenas recibido del puesto —la comisaría estuvo en el Colegio de la calle Larravide desde el 53 hasta el 66— pudo oir desde su despacho cómo alguien disparaba cohetes en gran profusión. Coincidiendo ese festejo público con el hecho notorio de que se velaran en San Agustín, a treinta metros de alla, los restos del general Rivera, recién llegados desde Cerro Largo, Martínez salió presuroso de su despacho y reprendió severamente, rebenque en el puño, al incorrecto. Recién el "Sol Oriental" del día 26 —el hecho había ocurrido el 21— explicó tardíamente, por palabra del maestro, —respetado maestro, don Cayetano Ribas, que no conocía la muerte del General, y que los cohetes habían sido en festejo

de que llegaba a la Unión un nuevo ómnibus. Quedó con el correctivo y la vergüenva pública.

"La Unión" del 54 agradece al comisario los arreglos de la plaza y la razia de cuchillos y puñales que ha hecho en un paseo organizado en las esquinas de entonces: la del gallo, la colorada, almacén de la luna, callejón de los membrillos. Lamenta que no haya logrado eliminar el inmenso *lagunón* de la calle principal, frente a lo de José María Aguirre. Da cuenta de que se ha chasqueado al comisario, dándole aviso que había un muerto en la calle Toledo. El fue a prisa, y el muerto se levantó riendo, por lo que el jefe "le reconvino".

En "Mesa revuelta" se hace el elogio del comisario Martínez de quien se dice: "Lo único que le falta para dejar de estar prevenido en contra, es despojarse de ese aire de soldado valiente y arriesgado, y vestir el de un diplomático". No se despojó de él. Ese suelto es de noviembre, y en diciembre 25 de 1854 fue bruscamente sustituido por *Félix R. Fernández,* que actuó en la comisaría de la Unión hasta 1858 en que fue subrogado por el capitán *Félix Quesada,* como puede verse en la Guía de Horne y Woner.

De estos primeros jerarcas sabemos muy poco, pues se suceden con extremada rapidez.

En 1860 han cambiado de nuevo. *Gregorio Brum* duró cuatro años, hasta 1864. Nos ha quedado de esta época una espléndida nota del destacado cronista desaparecido Eugenio T. Cavia, quien hizo el elogio del cura Castro y del comandante Linares. Este era sastre, y tenía su negocio en lo de Rubini, junto a nuestra casa, comandando el batallón de guardias nacionales de la Unión. "Era costumbre en aquella época, reunirse en grupos de amigos en las casas de sus relaciones, para cenar después de la misa de gallo, o tomar cuando menos una taza de caldo de gallina, después de lo cual se generalizaba el baile hasta el amanecer".

En enero de 1865 comparece Juan Malladot ante el Juzgado de Paz de la Unión. Era el juez don Agustín Diez y dice el declarante que se le ha embargado, por parte del comisario de la Unión don *Gregorio Garis,* una serie de parvas de pasto y un plantío de alfalfa, propiedad del exponente, para el consumo del ejército de la capital. Era el fin de la guerra que Flores le había preparado a Berro. El plantío estaba al lado de la plaza de toros. Evalúa los destrozos Juan Hitategui, que vivía en la quinta de los olivos. Los cardales se vendían entonces a los hornos de ladrillos. Ocho pesos la carrada en ese entonces. La de ese año valió menos. Seis pesos la carrada, hicieron un total de 488 pesos.

En 1866 aparece don *Francisco R. Montero.* Es la última época de la comisaría en el Asilo, con sus trece hombres armados a lanza. El año siguiente se mantiene en el cuartel de Benenatti, frente a lo de Manrupe. En el Asilo había ocupado el ángulo Sudoeste de la calle Larravide y Cabrera, desde 1853 bajo Visillac, hasta Montero con sus hombres armados a lanza.

Desde ese momento la comisaría alquila locales: 8 de Octubre y Porvenir, haciendo cruz con el cuartel; en la casa Decia, 8 de Octubre y Lindoro Forteza en donde vivió más tarde la señora Manuela Morteiro de Morteiro, en la calle Juanicó, frente a la panadería de Maggi; en la Barcelonesa, en cuyos altos se mató de un tiro en la cabeza en 1866 Francisco Oribe, hermano menor de don Manuel; por fin, desde 1892 hasta hoy, en 8 de Octubre 3720, antes 127, en la fonda del Pirulín, que era de Risso y donde "según las malas lenguas, habían desaparecido muchos troperos con cinto y todo".

En 1868 la Unión sufrió un violento ataque de cólera, pagando su tributo con cuatrocientos cincuenta muertos. El coronel *Simón Patiño,* nacido en un rancho del Cardal, donde más tarde compró Perna, en enero de ese año fue nombrado comisario del pueblo.

En marzo 18 envió una nota al jefe político coronel don Manuel Pagola, llamándole la atención que desde la diez de la noche se hallan apagados todos los faroles del pueblo, así como los del cuartel. Pasa a la Comisión Auxiliar, y pasó Patiño en nuestro pueblo.

Lo sustituyó *José María González* sobre el cual nos dio interesantes informes don Rafael Cufré. González era comandante en Maroñas, y con él empezó la carrera el coronel Laborde, el cual vivió en la calle Plata, junto a su almacén. En la tienda de Decia conoció Cufré a Laborde, de segundo comisario, el año 75. El comisario era un tal *José Mazza:* pantalón apretado abajo, jacket, y los tiros de la espalda colgando: no la usaba sino a caballo.

Eugenio Fonda fue un magnífico militar que tuvo la suerte de contarlo la Unión entre los comisarios que le tocó merecer. Vino en un momento difícil, por el encono político, pues llegó cuando hacía pocos días que habían asesinado a Flores en la calle Rincón, crimen completado en seguida por la muerte de Berro en el Cabildo.

Llegaba Fonda, elemento netamente colorado a pesar de haber nacido en Buenos Aires, a una localidad puramente blanca, de donde habían salido posiblemente los asesinos del "cabo viejo". A pesar de eso, desempeñó su cargo a entera satisfacción del vecindario, tanto que éste,

al retirarse aquél, le ofreció una espada de honor el 31 de enero de 1869.

Calixto Olmedo entró al Comisariato cuando terminaba la guerra de Aparicio. A él le tocó actuar como secretario de la conciliación nacional en la paz de abril de 1872. Ofrecemos la foto que muestra que en el kepis usaba, bordada en oro, la inscripción honrosa: "Comisario de la Unión". Juan Manuel de la Sierra, coronel del ejército, escapado por un milagro de la masacre de Quinteros, presidió los festejos que duraron los tres días, 28, 29 y 30 de abril, en el "Hotel de la Veneciana", recién construídos por el maestro Colombo, en el local que ocupó el doctor Brusco por muchos años.

Don *Félix Laborde* fue segundo comisario el 75. Pero por poco tiempo, pues el año 78 fue ascendido a primero. El año 90 una provocación del comandante Toledo fue reprimida con una marcha hacia el Cabildo como preso. A la noche estaba libre Toledo y dado de baja Laborde. El 98 pudo volver el 4 de julio y salvar a la República del golpe militar del mayor Isasmendi.

En los veinte años de Laborde como comisario, nunca dejó de ser un consejero para sus subordinados y un juez comprensivo y recto. Supo ser en las calles de la Unión el comisario, por antonomasia. Por eso en 1938, a los tres años de su fallecimiento, aprovechando una ausencia de Dagnino y su reemplazo por unos días por el arquitecto Acosta y Lara, le dirigimos a éste una solicitud pidiendo una calle de la Unión para su nombre. Le decíamos que no sabíamos cómo poner en la placa: Si "General Laborde" o "Comisario Laborde". La segunda denominación hablaría más que la primera a las nuevas generaciones. Tendría, en la historia de nuestra nomenclatura, el honor de perpetuar en la chapa, no sólo el nombre, sino también la función desempeñada. Cuando el coronel Laborde abandonó su puesto fue elegido para edecán y jefe de edecanes de la Presidencia de la República.

En 1921 ascendió al generalato.

Lo que destacamos es su obra local. No hubo, en los últimos cincuenta años, ninguna obra de aliento general, a la que no vinculara su nombre. Fue el autor de la primera pavimentación del Camino Carrasco, que dio a esa importante zona del departamento, un enorme impulso y un insospechado desarrollo comercial. Entonces la cuadra al Sur de ese camino valía seis pesos y al Norte, ocho. En 1898, año de la pavimentación quintuplicó su valor. Esta obra fue cumplida a base de la contribución personal del vecindario. Sólo el tesón y el prestigio del

comisario Laborde podían producir ese milagro que transformaría rápidamente la extensa zona del departamento.

Presidió en 1890 la Comisión Auxiliar de la Unión. Lo mismo la Comisión de Educación Física, que entre otras mejoras obtenidas, hizo posible el mejoramiento sorprendente del Parque César Díaz y el de la plaza de deportes número 5.

Cuando la inercia invadía el espíritu de la juventud de la Unión, la ancianidad respetable del general Laborde produjo la fundación y el florecimiento del Club Uruguay de tenis. Cuando se necesitaba un hombre y una energía para sostener en el pueblo el espíritu de las nobles fraternidades, se elegía al general Laborde para dirigir los destinos de sociedades de beneficencia tan prestigiosas y ejemplares como la "Cristóbal Colón".

No fue un intelectual de alto vuelo, ni comulgó en el altar de la ciencia augusta, ni ciñó a sus sienes el lauro culpable de conquistas sangrientas. Ciudadano austero fue, a través de la larga vida de las virtudes básicas de su pueblo. Por eso pedimos, decíamos, una calle para su nombre. Y la calle Plata, donde había vivido, fue la calle que se eligió para llevar su nombre.

Dos veces estuvo don *Julio Mourigán* en la comisaría de la Unión, pero viviendo en Maroñas. La primera en 1892; como segundo comisario del primero, comisario Fernández, "muy bagualote el pobre".

Creemos que podría ser el autor de este parte al Jefe Político:

"Le remito al ladrón conocido por abigeato de zapallos".

La segunda vez en agosto de 1904, teniendo como segundo a Platero.

Las dos veces estuvo muy poco tiempo. En 1904 se fue por el clima político y social de la Unión: odio entre blancos y colorados; inconcebible odio que separaba las familias. Había dos cafés. A uno iban exclusivamente los blancos: era "La Liguria". Al otro iban los colorados. Igual cosa ocurría con los dos clubes sociales. Las familias sólo se visitaban entre las del mismo pelo.

El señor Mourigán recordaba dos incendios de importancia en la sección: uno en la fábrica de Arambure, en 1904. El otro, el mismo año en la fábrica de fuegos artificiales, en el Buceo, entre Comercio y la playa.

Viscayart estuvo en 1903 por poco tiempo. Cuando se fue vino Mourigán a sustituirlo. Con éste fue uno de los comisarios que mejor recuerdo ha dejado entre la gente de la Unión.

En 1904, *don Leopoldo Platero*, don Leopoldo como se le llamó siempre, pasó de segundo comisario a primero. Hizo un excelente co-

misariato y ha dejado un imborrable recuerdo entre los hombres de bien que lo trataron. Durante su gestión la comisaría fue la 12ª, la 14ª y la 15ª en 1908.

Ese año llegó *Manuel Lázaro Cuñarro,* que no consiguió tener las simpatías de sus subordinados. Era recto, pero de una rectitud severa, que restó popularidad a su nombre.

Lo sustituyó don *Blas Márquez,* del cual conservo este recuerdo..

El 18 de junio de 1915 se cumplía el centenario de Waterloo. En la tardecita se me acercó con un diario en la mano. Era "La Razón". Venía agitándolo doblado en forma que se destacaba un artículo. Yo tenía 17 años. Y no era periodista. El creía que el artículo era de mi hermano Leopoldo. Cuando supo que era mío, su entusiasmo no tuvo límites, y me trató de señor. Desde entonces me saludó sacándose el sombrero ante la insolencia de mi gorra...

Poco me duró el gozo. El pobre Márquez murió al mes justo, el 18 de julio de 1915, repentinamente, mientras desempeñaba su comisariato en el Parque Central.

El comisario Márquez era un hombre recto pero tenía enemigos, y enemigos poetas, que es peor. Había uno que cuando hacía sacrificios a Baco se ponía insufrible. Se ganaba la vida vendiendo en las boticas las barras de azufre que él mismo hacía llenando los moldes, por los que exigía tres centésimos. Cuando se pasaba, y *pasado* pasaba por la comisaría, no iba más allá de la puerta, pues Márquez lo invitaba a pasar al calabozo.

Esto le sugirió una venganza en verso, que tuvo un éxito enorme.

Como yo no lo sé de memoria, Angelito que está en cama estos días en "La Liguria", me sacó del apuro.

Pero como Angelito cuando empieza un verso, es como Farías en acción, sólo he retenido tres cuartetas de las veinticuatro de que consta el total.

"Erguido en un zaino negro
con tu latiguillo vas.
Yo de verte no me alegro
y te rajo por detrás."

Luego:

"Di que estás haciendo Blas
con tus facciones de inglés?
Y por qué no te llamás
en vez de Márquez, Marqués?

Hasta aquí todo a pedir de boca. Pero empezaba la zarabanda con esta cuarteta dudosa:

"Montado en su rocinante
va un oficial inspector,
aguantándole los pasos
a ese gran emperador."

No quedaba muy bien Maya con estos versos. Al final de los mismos, éstos que han pasado a la historia:

"Unión cubierta de hechizos
que simbolizas virtud.
Si en ella nacimos guisos
no tienes la culpa tú."

A Márquez lo sustituyó *Enrique Aguiar,* dignísima persona que cumplió a la perfección las tareas que le estaban encomendadas.

Y por fin entró como primer comisario *don José Bonino* sustituyendo a Aguiar, que murió en 1924. Bonino tuvo la gloria de terminar con la banda de los Moretti, que habían efectuado el asalto al Cambio Messina. Moretti chico se suicidó cuando se encontró perdido. Fue en 1928.

EL JUZGADO

NICIOSE este Juzgado como el de la 4ª y 5ª del Cerrito, en 2 de Enero de 1845, en la chacra del Cardal, que fue la Quinta de los Olivos en la época de la Guerra Grande, y estaba ubicada en el Camino del Campamento, hoy Industria y Serratosa, que fue en nuestros días la quinta de Ferreño.

El primer juez del Cardal se llamó *Francisco Farías,* que actuó hasta el año 1849. La chacra del Cardal estaba en el fondo de un terreno de veinte y cuatro hectáreas en el cual el coronel don Miguel de Texada construyó una casona que recién fue demolida en 1950. En 1843 el general don Manuel Oribe, invadido el país por sus tropas federales de Buenos Aires, inició la construcción de un caserío entre el Cerrito y el Puerto del Buceo, donde está situada la Unión actual. En la quinta de los Olivos, que después de Texada había cambiado muchas veces de dueño, había una capilla y una cárcel. Oribe decidió establecer allí el Juzgado el año 45. En los cuatro años y medio que fue Farías su juez, diligenció 472 expedientes judiciales.

La nueva población que se estableció en el caserío del Cardal, era conocida desde un principio como "Restauración" por sus primitivos po-

bladores, pero recién le dio Oribe ese nombre por decreto de 24 de mayo de 1849, desde el Saladero de Fariña.

Don *Tomás Basañez* reemplazó a Farías del año 49 al 24 de abril de 1852 en su quinta establecida en calle del Colegio Nº 63, hoy Larravide y Timoteo Aparicio. La quinta tenía 13 hectáreas, desde Cabrera hasta Azara, con doscientos metros de frente. Utilizamos por comodidad la nomenclatura nueva. Allí, desde la calle del Colegio, toda plantada de naranjales y membrilleros, era un floreciente rincón, cubiertos los muros por enredaderas .

En la primera pieza de su casa estableció Basañez su Juzgado.

Cuando lo dejó en 1852 debió hacerlo con pena, por no haber podido doblegar siempre la letra de la ley; por haber lastimado alguna vez la apariencia de un derecho, o haber sostenido, obligado, contra el pobre, la pretensión del rico torpe, que disponiendo de "la razón y de la piedad", sólo ejerció la primera porque la otra le pareció confinar con el despilfarro o con la flaqueza.

Fue el juez de la primera época de nuestro pueblo. No hubo progreso local que se iniciara sin él. Subdividió su feudo, y en solares que fueron suyos edificóse la zona urbana del pueblo. Regaló al gobierno del Cerrito tres manzanas para Colegio, templo y plaza. Estuvo junto a Larravide en la construcción del ruedo español; a Fuentes, su consuegro, en la del camino que hizo correr los ómnibus; a don Lorenzo Cardona en el molino de los fondos del templo. Salieron del horno suyo los enormes ladrillos con que se levantó la Unión, y de su quinta de la grasería el aceite de potro y las velas con que se alumbró tanto tiempo la población naciente. La piedra para las calles de la Unión, desde el 66 la arrancó Diego Martínez a la cantera de Basañez. No alcanzó a ver, cruzando la villa, el penacho de humo blanco del ferrocarril a Pando, pero sus esfuerzos a favor de esa mejora fueron infatigables.

El 26 de abril de 1852 firmó el último expediente del Juzgado.

El 28 fue elegido don *Martín Cavia,* mientras don Tomás pasaba a ser Alcalde Ordinario. Poco tiempo estuvo don Martín en su puesto. Apenas un mes. En junio de ese año lo sustituyó don *Tomás R. Fernández.* Parecía que el pueblo andaba desorientado en la elección. En diciembre del 54 bajó Fernández, que fue sustituído por don *Juan José Segundo,* quien estuvo de juez hasta 1859, en que fue subrogado por don *Modesto Díaz,* quien duró un año en su puesto, hasta que en 1860 fue electo don *Juan Antonio Bianqui,* quien fue sustituído por don *Ramón Mata* en 1861.

Por cinco años se mantuvo el juez Mata en la Unión, que acababa de nombrar en nueve años siete jueces!...

El año 64 lo vemos retratado a Mata en un grupo de blancos que iba para Paysandú,y en cuyo grupo lo hemos marcado con una X. Tenemos entendido que no llegó, pues a fines de 1864 Paysandú estaba estrechamente rodeado por los sitiadores y no podía entrar allí "ni una rata".

En 1865 entró al Juzgado don *Agustín Díez,* que no usaba el apellido Sárraga, que le venía de la madre. Era de Montevideo nacido en 1812. Fue subteniente y luego teniente durante la Guerra Grande en la que cayó prisionero, salvando la vida a pesar de haber usado la barba unitaria en forma de U, según aparece en la foto de don Desiderio Joenan, por haber poseído, según tradición familiar, en la que no creemos, "por tener algunos conocimientos en medicina". En la Unión, antes de ser juez, fue dueño del *Almacén del Toro,* ubicado frente a la Liguria, en la misma acera de ésta, en la cuadra anterior.

Una labor verdaderamente grande le tocó a don Agustín Díez cuando fue juez de la 1ª, que este número tenía la seccional desde el año 1856. Así en 1865, doña Paula Fuentes de Pérez, viuda de don Juan María Pérez, se presentó, por intermedio de don Andrés Morales, pidiendo se practicara "una vista de ojos" en un monte situado en Carrasco, perteneciente a la testamentaría del primero. Díez nombró a Comparada y justificó que había cortados 3.757 árboles de álamos y sauces que habían sido plantados veinte años antes por don Luis Da Costa (a) Melones, cuyos perjuicios según Comparada, eran avaluados en dos mil sesenta y seis pesos. El perjuicio de ese monte fue causado por la caballería del Imperio del Brasil.

Díez tuvo que mandar a Comparada como veedor de los perjuicios que la caballería de Timoteo Aparicio ocasionó en la quinta de Magariños en el mes de noviembre de 1870. Envió con él una junta de "hombres inteligentes" que comprobó luego de su vista de ojos", que el perjuicio de las caballerías de Aparicio significaban un total de $ 2.330.

El juez don Agustín Díez de Sárraga murió el 17 de diciembre de 1873, muy poco tiempo después de abandonar el Juzgado.

Cuando se sintió grave pidió ser reemplazado, y fue sustituído el año 72 por don *Antonio Pedemonte,* uno de los sobrevivientes de la matanza de Quinteros. Fue juez de la sección de 1872 a 1876 y luego de una pausa de seis años en la gestión judicial fue nuevamente juez de 1882 a 1885, habiendo sido el primer juez de la 10ª Sección Judi-

cial, que así se denominó el Juzgado de la Unión en 1884. En el intervalo 76-82 aparecen los nombres de *Eduardo Horne, Martín Cavia y Garzón, Manuel Solsona* y *Antonio Zubillaga* como jueces.

El año 1885 dejamos de extractar los expedientes .

*

* *

En 1908 llegó al Juzgado de la 10ª el doctor *Eduardo Artecona,* nacido en 1883, y cuya madre era maestra vareliana. De su adolescencia y juventud hay que destacar su lírica bohemia, tan propia de los ambientes de principios de siglo. En el "Polo Bamba" de Francisco San Román, que se consideraba un parroquiano más de la rueda ilustre que la formaba, se reunía con figuras de prestigio literario y artístico, como Armando Vasseur, Florencio Sánchez, Alberto Lasplaces, Edmundo Bianchi y Roberto de las Carreras, que formaban entonces una peña famosa.

Pasados unos años el juez Artecona, que se había iniciado en el Juzgado de Sayago siendo estudiante todavía, se arraiga definitivamente en la Unión al contraer enlace con doña Esperanza Poggi, hija del antiguo y prestigioso vecino don Santiago Poggi.

Deja el Juzgado de la Unión el año 1919, donde queda un recuerdo imborrable por su sencillez innata y la justicia de sus fallos.

Recorre a partir de entonces todos los cargos de la carrera de magistrado, desempeñando sucesivamente las funciones de Juez Letrado de Rocha, Maldonado, Lavalleja y Flores, siendo designado Juez Letrado de Instrucción de Montevideo el año 1927. Luego fue Juez de Correccional de 2º Turno, Ministro del Tribunal de Apelaciones y por fin como máxima culminación, el 17 de diciembre de 1944 Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la que ocupa la Presidencia, cargo que desempeña hasta mediados de 1953, cuando por llegar al límite de la edad se ve obligado a jubilarse.

Su actuación como magistrado se caracterizó por un sentido especial de la justicia, que más que emanar de frías conclusiones lógicas parecería provenir de una intuición íntima.

Toda su vida fue de una extraordinaria sencillez que no era incompatible con la seguridad y altivez de sus convicciones.

En el ejercicio de su gestión demostró siempre una gran independencia, no siendo proclive a ceder ante las múltiples presiones que de distintas maneras se presentan en la vida de los hombres, para hacerles torcer el camino bien elegido libremente.

De espíritu fervientemente democrático, sus últimos años se sentía profundamente adherido al mundo occidental, siendo adversario decidido de todos los totalitarismos.

*

* *

Por fin en 24 de marzo de 1925 fue designado juez de la 10ª el doctor *Luis Bajac*. Estuvo al frente del Juzgado hasta el 15 de noviembre de 1938, puesto que dejó para ocupar el cargo de Asesor Letrado de las obras eléctricas del Río Negro. Fue despedido por nosotros, en una inolvidable demostración, en el Parque Hotel.

Lo que hemos escrito sobre el doctor Artecona pudimos haberlo escrito sobre el doctor Bajac. Fueron dos caracteres idénticos: la misma sencillez, idéntica simpatía personal, sinceridad que se descubría sin esfuerzo al primer contacto, igual devoción por los ideales democráticos, así fueron estos jueces que nos honraron con su amistad.

Al doctor Bajac le debemos los elementos de que se compone este trabajo. El nos abrió las puertas del Juzgado de la Unión, para extractar los expedientes de su archivo, siendo nuestras carpetas 4-5 la noción más exacta de lo que fueron los anales de nuestro pueblo.

El nos descubrió el primer paquete que yo inútilmente buscaba hacía unos días. El que iniciaba el verdadero origen del Juzgado de la Restauración. Tenía fecha 2 de enero de 1845, y era del Juzgado de la 4ª y 5ª Secciones de la Restauración. Serían las dos de la madrugada de la tercera noche que buscaba ese origen .Lo encontró el doctor Bajac el 22 de mayo, y leyó en voz alta el mensaje lejano:

—"En el campamento general del Cerrito, a nueve de enero de 1845..."

Desde ese día pude llevar a nuestra vieja casa la reliquia más preciada que soñáramos.

Ya lo estimaba mucho al doctor Bajac. Tenía razones para quererlo bien. Lo sabía casado con una hija de don Julio Mourigán, correctísimo y caballeresco Comisario de principios de siglo. No sabrá él cuanto guardo su memoria, por su bondad infinita y su generosidad inagotable.

MI ESCUELA

LA escuela de 2º grado número 20, en la que ingresé en 1902 apenas llegado del departamento de Flores, funciona en la Unión desde el año 1877. Su primer local fue el de la comisaría seccional y su prime-

ra directora era *Ema Nano,* después de la cual vino *Adela Guixé,* bajo cuyo mandato la escuela se hizo mixta, y *Desideria Sánchez* a cuya dirección se cambió de local trasladándose a 8 de Octubre e Industria donde después por muchos años mantuvo abierta su botica aquel vasco español de mal genio don Ceferino Sánchez Urquijo. Con *Gregoria Urdiáin de San Vicente* se pasó en 1894 donde estuvo hasta 1946, a 8 de Octubre Nº 154, casi Industria, junto a la Fonda del Jardín.

*
* *

Tierna y paciente, la madre tomó de la mano a su chico, para llevarlo por primera vez al colegio. Tenía siete años y un extraño carácter silencioso y bravío, libre y propenso a las más arriesgadas aventuras.

Se le partía su vida en dos pedazos. El creyó que atrás quedaban las bolitas, el balero, las partidas de pelota, las peleas en el grupo de muchachos, que como él, esperaban sin un gesto el benévolo castigo paterno, y como él, eran fieros y altivos.

Ahora iba a entrar en un mundo nuevo de disciplinas y trabajo que íntimamente le asustaba. La madre trataba de calmarlo, sintiendo en su mano, como una garra en un garfio, la mano infantil que se aferraba a la suya. Es que en el fondo su hijo no era un niño, sino un guerrero siempre dispuesto al combate. La escuela no era la calle. Las maestras no eran los muchachos con quienes se podía dar de golpes, hasta echar *sangre por las narices...*

*
* *

Ese fue mi debut en la escuela de 8 de Octubre en mi Villa de la Unión. El edificio tenía dos plantas y una escalera de mármol, que después lo supe, fue construída en 1870.

Su gran patio de recreo llegaba a la calle Juanicó, desde donde se veían los fondos de la enorme casa que se le regaló el año 88 al general Cipriano Miró, del cual debió darme el doctor José Irureta Goyena, los diálogos que tuvo con él en la placita de la Unión. Irureta tendría entonces de catorce a dieciséis años. Un glorioso trazo de historia que entonces no podía apreciar. Si no, cómo hubiera buscado con los ojos la sombra del viejo heroico entre los árboles de la que fue su casa, o en la puerta por la que él tantas veces salía o entraba en los días no lejanos de su vida lleno de recuerdos históricos! Pero a los siete años ni siquiera era una sombra.

Más tarde me enteré que en 1902 hacía ya diez años que descansaba en la tierra.

*
* *

Doña Gregoria era la directora de mi primera escuela, a la que concurría todos los días vigilado por los preciosos ojos de mi madre, que desde el balcón de nuestra casa seguía mis pasos hasta que entraba en ella.

Madre mía, maestra ella también, famosa por su belleza y dulzura, que tuvieron siempre rendido el amor de mi padre!...

Si hubo una maragata que superase la célebre hermosura de las mujeres del departamento de San José, fue aquella Pepita Fabregat, que adorábamos tiernamente todos los hijos a pesar de nuestra indomable índole de varones...

Las maestras, entre los diecisiete y los veinticinco años, eran *Potota Aramendi,* que con su encanto de la juventud y su belleza imponderable, adquirió un gran ascendiente sobre mí que al entrar a su clase preparatoria acababa de cumplir los siete años; *María Cardona,* maestra de primer año, que conserva todavía algo de la encantadora gracia de sus primeros años; *Panchita Viñas,* mi maestra de segundo año, de rostro permanentemente severo a la que un gesto conocido podía servirle de semi sonrisa; *Eva Zenardo,* hermosa y grácil como para haberme fascinado cuando fui su alumno de tercer año; y *Emilia Cardona,* de la familia más antigua de la Restauración, hija como María su hermana, de Jaime Cardona y María Llambí, y nietas de Lorenzo Cardona, uno de los fundadores del pueblo, que donó junto a Tomás Bañez el terreno en que se levantó la iglesia de San Agustín. Ocupaba el quinto año, en el salón de altos que daba a la calle y que fue maestra de mi hermana Quica.

Bajo el escolar reconcentrado, yo era un alma apasionada, a quien rendían extraordinariamente las mujeres bonitas. Algo así como un Don Juan unilateral y tímido, con la diferencia esencial de la sumisión y el secreto. De ello me enorgullezco hasta ahora. La vanidad del hombre ante los favores de una mujer rebajan su varonía en vez de encumbrarla. Años maravillosos, en los que números y letras tuvieron para mí el símbolo cándido de un ensueño prematuro ante aquellas lindas muchachas que ya enseñaban por medio de la pedagogía revolucionaria de Varela...

Mi madre que la ejercía sentía por ello un gran orgullo. Haber

sido Maestra Vareliana equivalía a haber sido soldado en el ejército de la libertad.

Las bellas maestras de la escuela de 2º grado número 20, hoy Escuela Sanguinetti, en homenaje a quien donó los nuevos edificios, se fueron muriendo entre los años 1912 en que se durmió Potota, el año 1921 en que descansó Eva Zenardo, y el resto del siglo. Nos quedan felizmente, María y Emilia Cardona, magníficas mujeres que conservan todo su encanto en los ojos, a quienes visito todo lo que puedo... Frente a la tumba de Potota yo pronuncié unas frases simples y emocionadas en febrero de 1912. Se me cerraba un ciclo de la vida en que fui fuerte y feliz. Aquella maestrita hermosa y buena, ya no era más que una forma inerte, sin su deliciosa gracia femenina que admiré tanto. Bajo la tierra madre, las legiones del "gran sarcófago", irían devorando aquella carne de amor, en la oscuridad y silencio de la fosa inútilmente cubierta de flores...

Adiós, mis jóvenes maestras de la escuela de la Unión!... Tal vez os encontréis con mi madre amada, y habréis sonreído de mis inmaculados secretos de niño. La vida luego, va transformando al ángel en un ser sufriente y a veces demoníaco que os espantaría. Prefiero que el más allá sea un sueño sin despertar ni descubrimientos. Dormid, como quiero dormir yo también algún día sin nuevas auroras...

*

* *

Evoco con fruición aquella época de mi escuela primaria... Las penitencias alternaban con las diabluras, y una vez que le corté la trenza a Carmen Aloia, que convirtióse más tarde en una verdadera belleza, aún extiende una riente dulzura por mi corazón. Aún recuerdo la disimulada sonrisa de la directora cuando supo la causa de mi plantón en un rincón de la clase.

Ni la felicidad y el triunfo de mis hijos ahora, borran la huella de los años cándidos en que despertaba a los más dulces episodios de la vida. Cuando paso por la Escuela Sanguinetti, tan cerca de mi casa, la melancolía actual se convierte en una serie de evocaciones dichosas.

Ojalá los muchachos de esta época de niños y escolares y estudiantes batalladores, pudieran guardar para la madurez el inefable tesoro de recuerdos tan puros!...

M I C A S A

ARMAND FOURCADE. Tarea intrascendente la de reunir la historia de una casa, las mutaciones de su arquitectura, el trasiego de sus ocupantes, pero he logrado reconstruir la de una de nuestro pueblo, a través del largo siglo que encierra el pasado de la Restauración.

Recién fundado el caserío entre el puerto del Buceo y el campamento, llegó hasta él desde Bayona, con las virtudes y defectos de los vascos franceses, Noé Armand Fourcade, afincándose con talabartería en un rancho de terrón que lindaba en plena calle Real con la tienda de pieles curtidas de su pariente Recard. De inmediato volteó el rancho que le costara setenta y ocho patacones y edificó su casa, sin olvidar la mansión paterna, donde naciera treinta años antes: caserón de piedra con tejado saliente y balcones florecidos, incrustado entre casuchas negras, cuyas callejuelas tortuosas lindaban con el campo.

Al construir modificó la arquitectura regional, dotando su hogar de dos inmensos patios donde enraizó parrales.

Hombre sencillo y sin inquietudes, dejó sin embargo el recuerdo de alguna rareza. Así, el deleite con que quemaba en la cocina de enorme campana, gajos de retama blanca que mientras arden sueltan en el aire tan exquisito como enervante olor; y ramas de higuera, que no estando del todo secas, producen al quemarse un rumor como el de las frituras.

Abundaba entonces el caserío en vascos franceses y españoles: Guruchaga y Basterrica, alejados de España a raíz de la derrota carlista; Zabaleta, que fue el genitor de "Paysandú", pelotari famoso; Arboleya, Arriaga, Baigorri, Arrúe, tal vez el más letrado de ellos, ya que no olvidaba invocar sin pretexto a cuanto compatriota honrara la raza, sobresaliendo en cualquier rama del heroismo: San Ignacio, Zulamacárregui, Churruca y Elcano. Y luego Pedro Irigoyen y Fermín Bidondo, herrero de obra que se distinguía por herrar los bueyes colgándolos con fajas de una fuerte estaca colocada entre dos ramas-troncos que sustituían en la Blanqueada a los ombúes de doña Mercedes.

El imán que mantenía unido al grupo vasco del Cardal, estaba en la capilla, el ruedo de toros o el frontón.

Hasta el 51 se reunían en el salón de Fourcade los oficiales del Cerrito, y salían de él los domingos, en grupo hasta San Agustín, las más empinadas damas del pueblo, vecinas todas de "la cuadra de La-

rravide", centro en toda época de un próspero negocio. Afincaron allí José Bowers, con su "Sombrerería Americana"; Jaime Fonlladosa, barbero que nos llegó del Paraguay picaneado por la cólera del Presidente López; Netto y Cunha, establecidos con almacenes en la esquina "del Indio"; José Roubaud, farmacéutico titulado que tenía su botica junto a la pulpería de Cabrera, donde hoy está el "Cerro Largo"; José María Azarola, gran médico que se atrevió a desafiar la irritación de Mariano Mazza; César E. Canessa, genovés orgulloso por su magnífica platerla; Martín Arriaga, el zuequero que desde el 43 colindaba con Fourcade, y al que le nació el año 55 una hija que acaba de morir centenaria hace dos años.

Arriaga y Fourcade se toparon en 1869. Con palabras o a gritos pueden entenderse los vascos. Cuando no lo logran suelen hacerlo cantando. Pero no entonaron zortzicos los vecinos de puerta. Fueron al litigio. Los separaba un cerco a punto de derrumbarse por esa época, un muro de enormes ladrillos unidos con barro. La medianera originó el conflicto. No pudiendo conciliarlos, el juez hizo medir la pared por Fontgibell y levantar una nueva junto a la otra, ya que la singular sentencia rezaba: "Arriaga debe construir una nueva tapia a su costa sin demoler la vieja". Las dos paredes existen aún, sostenidas por la enamorada del muro que planté en 1927.

*
* *

Había crecido el poblado y ganaba incesantemente tierra al campo. En el centro, las calles eran anchas y bien delineadas gracias a la maestría del ingeniero José María Reyes. Contra la del Asilo había una plaza escondida entre el Colegio y la Iglesia y ya la Mauricia había clausurado su campo santo de la calle Real volcando su osario en el Buceo, y lo que el año 18 había sido el sueño de Larrañaga, lo había convertido en realidad don Bernardo Berro el Presidente.

Las callejuelas de las orillas, más angostas, veían asomar algunas casitas bajas, con algún portalón y rejas protectoras. Lo demájs, corrales y huertos, por encima de cuyas tapias trepaban las ramas de los frutales. Más lejos aún, sembrados de trigo y de maíz, huertas flanqueadas por olivares y sauces desceñidos.

De día, las calles sin empedrar eran sólo una nube de polvo o un fango pegagoso. En el camino a Maldonado, trotaban desde el 53 las seis mulas de los ómnibus ingleses que llegaban hasta la "Buena

Moza" y volvían hasta lo de Larravide por el viejo camino bordeado de pitas y tuneros.

En ausencia de luna, encendíase por la noche los faroles que hasta el año 61 gastaron velas de sebo, y después de esa fecha querosene. Mientras, desde el Buceo llegaban en grupos los pescadores, guitarra al brazo y canción en boca. El eco de sus voces contrataba con el traqueteo de las carretas de bueyes, que desde el este traían hasta el centro su zafra de sandías y zapallos. El silencio de la madrugada lo cortaba el sordo rumor de la rueda del molino "del galgo", que no se ha extinguido en nuestro oído desde que lo cerraron definitivamente en marzo de 1902.

En ese villorrio que había decaído visiblemente desde la paz de Octubre, pudo ver Fourcade, la tarde del asesinato de Flores cómo salvaba su vida Basterrica, al trasponer sin prisa la puerta de su negocio. La escolta del "cabo viejo", en la cual sentaba entonces plaza de soldado quien llegó más tarde a ser el general Laborde, había llegado al atardecer a prenderlo en la casa de Guruchaga, calle Maroñas, hoy Juanicó, pero los gritos de la madre de Elosegui lo alertaron. Saltando el cerco cayó en casa de Fourcade, y por su puerta desapareció del pueblo el antiguo oficial del Cerrito.

No hubo tragedia. Pero la presenció dos años más tarde el francés cuando asistió el 29 de noviembre del 70, a la batalla de la Unión, entre las fuerzas del Presidente Lorenzo Batlle y el batallón de Estomba.La lucha se entabló en lo que es hoy avenida 8 de Octubre, dirigiendo Batlle el combate desde la esquina de "La Liguria", mientras el artillero Carrión, negro retinto apuntaba desde la calle Asilo los cañones contra el edificio que hoy ocupa el Pasteur. La lucha duró muy poco, pero el francés pudo ver en la tardecita, los doscientos cadáveres que alinearon en el primer patio de lo que, desde hacía diez años, se había convertido en Asilo de mendigos.

Se lamentó la sangría, pero más tal vez el primer apagón traumático de la hoy avenida: las balas de cañón habían fracturado todos los faroles de que disponía el poblado en esa vía de tránsito. Tal vez a Fourcade le desagradaron las candilejas con que el Consejo Auxiliar de la época reemplazó los faroles por un tiempo. Lo cierto es que se fue con rumbo desconocido.

Pero volvió, ya que habría de morir en su caserío, muy viejo ya, el año 88, en una de las casas de Morteiro...

*

* *

DIAZ PLANTA SU TIENDA. — En la finca, que ya lucía el número 246, establecióse muy pronto con tienda, Servando Díaz, estanciero del interior, venido a menos en su fortuna. Isidro Díaz, su padre, que había combatido en Ituzaingó, sirviendo más tarde en la Guerra Grande con el invasor, para ocupar luego en San José importantes puestos políticos, tuvo nueve hijos, a los que, con excepción de Servando, conservó celosamente analfabetos. A ese hombre rudo y noble, apenas lo recuerda algún centenario del pueblo. Le debemos, sin embargo, la mejor ofrenda que pudo dejarnos. En la casa que historiamos le nació un hijo, que habría de llegar a ser uno de los profesionales más destacados de nuestra ciencia médica. Se llamó César A. Díaz, y tuvo la fortuna de recibir en París la luminosa experiencia del famoso gastroenterólogo Ramond. Somos justos al afirmar que entre nosotros, donde según el profesor Ricaldoni se ha contado con clínicos de la talla de Andrés Crovetto y Pantaleón Pérez —asesinado en el cuartel el 11 de octubre, cuando apenas contaba treinta años— la figura del doctor César Díaz, cuya desaparición nos acongoja desde hace pocos meses, haya completado la trilogía de los más altos y humanos de nuestros colegas.

EL MAESTRO MUTUBERRIA. — El año 85 la casa fue ocupada por el "Colegio San Luis Gonzaga", cuyo director don Ignacio Mutuberria había hecho unos años antes un viaje a Guipúzcoa, donde naciera en 1833.

De ese viaje trajo la botella de vino tinto que no se atrevió a empinar, pues quería lo escanciaran los hijos si llegaran a centenarios. El último de ellos podría hacerlo, porque la centuria de ese botellón ventrudo se cumplirá en 1971. Yo lo vi en manos de don Javier Guruchaga, en la amanecida del 15 de marzo del 44. No podría olvidar la fecha. La noche anterior, una meditada imprudencia me había hecho perder la Radio Carve, y mientras lo lamentaba de veras por los nobles amigos que perdía, una llamada urgentísima me arrancó hasta los fondos de mi casa, donde don Javier se debatía en la angustiosa asfixia de un edema agudo de pulmón. La lucha fue larga, y regresé con el sol, trayendo en triunfo la espada del general Basterrica que Guruchaga me ofrendó como máximo agradecimiento. Esa noche, mientras se recuperaba, iba ofreciéndome el enfermo noticias de la Unión que no conocía, el relato de la botella de las provincias, y sobre todo la hoja de acero que estuvo en la encrucijada de Quinteros, y yo utilizo a veces para frenar a Sabiotti, siempre que intenta galopar arbitrariamente, en el tablero, sus inteligentes caballos amaestrados...

*

* *

El colegio inicióse en la calle Larravide, frente a los galpones de la barraca de Illa y Viamont. Uno de sus primeros alumnos, Vicente Hernández, recordaba episodios de esa época en que en la esquina, como un recuerdo triste, habían hundido como poste uno de los cañones de la Guerra Grande. El escolar de entonces guardaba el recuerdo de algunos de sus compañeros, Manuel y Martín Aguirre y Braulio Barea. A éste, el más inquieto, encargaba el maestro elegir en la quinta de Basáñez, la exacta cantidad de varas de membrillo que él estimaba necesaria para estimular, por una quincena, la memoria y atención del alumnado. Luego el fosfolecín sintético era ofrecido por la casona de Mancoperría, que tenía en la puerta un parral que atravesaba toda la calle.

Cuando, con el índice izquierdo, donde lucía un aro para fijar el cigarro siempre encendido, indicaba el maestro el pizarrón a una víctima ya resignada, bien sabía ésta el destino que le esperaba a su anatomía.

Teniendo en cuenta la época, en que reinaban la palmeta y el látigo, hay que reconocer que el acicate frutal de este colegio, representaba una pequeña ventaja para los inermes escolares. Así lo creían Bernardo Bidondo, Francisco Garmendia y Gregorio Antuña. José Hernández que sigue meditando en las chacras de Carrasco, y afirma solemne y melancólico: "Don Ignacio era tan justo como severo".

Antes de la revolución del Quebracho, a la que nuestro pueblo contribuyó valgan los recuerdos de Javier de Viana, con la pujanza del "batallón del pito", el maestro español abandonó los altos de Larravide para pasar a la casa que estoy historiando, donde murió en 1904.

Para el cambio lo atraía la enorme higuera que plantaron años atrás en su puerta, que entonces era de cuarterones. No había en la época exigencias reglamentarias para la plantación de árboles en la vía pública, y así como Solsona adornó su frente con timboes, Reggio prefirió eucaliptos glóbulos, Arriague aromos y Capdehourat magnolias. Hasta que en 1892 se uniformó la arboleda de 8 de Octubre, plantando alternados una cuadra de plátanos y otra de paraísos, desde lo que fuera la azotea de doña Mercedes, en la esquina de Propios, donde nació Pancho Tajes, hasta lo que ya no era quinta del general Díaz, sino la casa de Solsona, donde el coronel Flores firmó en 1855 su renuncia a la Presidencia de la República.

La Junta arrancó pues la higuera del colegio, lo que enmudeció a la Muleka. Los alumnos de entonces capearon como pudieron la desazón de Mutuberría. Estos nuevos nombres contenía el registro: José y

Alberto Scaltritti, Segundo Martínez Jauregui, Mario Fernández Latorre, Martín Inchauspi, los Gazzo, Ignacio Vergara, y el inolvidable Blas S. que ya había adoptado como suya la divisa de Sarmiento: "O soy lo que debo ser o dejo de ser quien soy". Ingresaron Juan B. Bazzano, Carlos Filippini, Dodera, Nicolini, Angel Fernández y Alberto Dagnino.

*
* *

Don Ignacio fue una rara mezcla de rigidez y bondad para sus muchachos. Jugaba con ellos a la pelota, él con el pie, ellos normalmente, y ganaba muchas veces el maestro, en el amplio patio donde reina hoy una glicina de treinta años, bajo cuyas ramas ni de noche dejan de cantar los zorzales. Los llevaba en procesión, caminando hasta las playas cercanas, de donde volvía en los crepúsculos con una provisión de arena para sus pájaros y sus dispepsias, que combatía tomando después de las comidas un vaso con agua en que disolvía una cucharadita de arena dulce.

El 21 de junio había fiesta en honor del santo que daba nombre a la escuela. Iban todos a la primera misa de San Agustín, y a mediodía al pic-nic ofrecido junto a los muros de la plaza de toros, desde donde se extendían al norte los bañados de Malladot, convertidos luego en quinta de Parodi. Allí se honraba a una vaquillona, asada sobre una reja de ventana, dada vuelta cuando estaba bien dorada de un lado, por una horquilla de pasto. Por fin, la tarde que caía temprano, y luego la noche, con la oración antes de sentarse para la cena, y luego, como honesto fin de fiesta, el breve repaso a la gramática, el rosario, y la cama.

*
* *

Uno de los pupilos de ese colegio se llamó José Irureta Goyena, nacido en la Unión en 1874, en momentos que los ingleses se aprestaban a colocar los rieles del ferrocarril a Pando, en esa calle llamada hoy Avellaneda, y que hasta 1805 fue el principio del camino a Maldonado.

Ese pupilo llegó sorpresivamente hasta mi casa un día de 1942. Sin conocerlo personalmente, yo lo había visitado una semana antes en su estudio de la calle Misiones, para obsequiarle —ofrenda mínima— uno de los primeros ejemplares de mis "Aguafuertes".

Acompañado por el doctor Daniel García Acevedo, venía ahora, gentilhombre hasta el fin, a retribuirme la visita.

Yo no hallaba términos para significarle el insigne honor que hacía

a mi casa, y cuando con palabra insegura traté de hacerlo, recorriendo con la vista las viejas paredes de la sala, me dijo con una suave voz:

—"Estoy atesorando recuerdos".

Presentí una confidencia, y él, recalcándolo con una sonrisa en que se mezclaban regocijo y melancolía, agregó:

—"Entre estas paredes aprendí a leer y pronuncié mis primeras palabras de latín".

Y me ofreció recuerdos que en su voz parecían devolverme su infancia que no conocía. Sus correrías de muchacho caminador, por los molinos que rodeaban el pueblo. Sus descansos en los abrumadores estíos que el gozaba en la placita recatadamente escondida entre la iglesia y el Asilo.

Allí, a la escasa sombra de los arbolitos recién plantados, buscaba la compañía del general Cipriano Miró, que en la epopeya americana había luchado junto a San Martín.

Al retirarse me dijo:

—"Vuelva a verme, y le filmaré la visión que conservo del pueblo viejo".

Esas palabras, las sufro todavía.

Porque no lo vi más hasta ese 27 de febrero del 47, cuando acompañé por unas horas su cuerpo inerte, entre los pinos de Carrasco y el rumor de las olas.

EL DOCTOR ANDRES CROVETTO

EN los primeros días de julio de 1923 hice una visita que me había prometido hacía años. Fui a ver en su consultorio al antiguo y respetado médico local, sobre el cual tenía la opinión del Profesor Ricaldoni que "era el más completo y brillante de los clínicos que había conocido la Unión".

Entré a la sala de espera donde esperaban al médico dos señoras. Al cabo de media hora, llegado mi turno, entré al consultorio. Era el más parecido al que debía instalar en mi casa, junto a la comisaría. El mismo polvo en los muebles, igual desorden en la pieza, idéntica despreocupación en todo, hasta en el calendario que marcaba el mes de febrero.

Crovetto me tomó, en esa primera visita, por uno de sus clientes habituales. Y antes que le dirigiera la palabra, salió de la pieza a la que volvió en seguida llevando en la cabeza una galera toda manchada de sulfato, y en la mano una tijera de podar.

Salió al patio, me acercó a una escalera al pie de una parra centenaria, y me dijo:

—"Téngala firme".

Me dí cuenta inmediata de su equivocación. Al rato de estar encaramado sobre ella podando el parral que cubría su enorme patio, mirando las enredaderas que subían por el muro, bajé un instante la guardia, lo suficiente para que la escalera se moviese.

Yo no podría decir la furia que lo acometió en el acto.

Lo que dijo no podría repetirlo...

Luego, más calmado, pero sin disculparse por la escena de que había sido protagonista, bajó y me llevó en silencio hasta el consultorio.

Entonces, como si recién me viera:

—"Bueno ¿qué le pasa?".

Le expliqué, ocultando la hilaridad que me domonaba, que yo era un médico recién recibido, y que esa era la primera visita que le dedicaba al más antiguo y respetado colega del pueblo en que iba a instalarme.

No podría pintar la confusión que se apoderó del doctor Croveto... Cuando le dije mi nombre se levantó del sillón de Viena que le servía de asiento, y entonces le oí en medio de protestas sobre su carácter distraído, cuánto se reprochaba las cosas que me había dedicado cuando estaba trepado en la escalera.

Yo le negué toda importancia al episodio, y un momento después terminaba la primera visita que le hice, a los pocos días de recibir mi diploma...

*
* *

Sabía por doña Virginia, heroica mujer que se convirtió más tarde en mi madre política, la extremada bondad del doctor Crovetto. El año 98 había perdido a su marido, don Raymundo Páez, muerto repentinamente en el teléfono de la jefatura al recibir un llamado telefónico sorpresivo. El 4 de julio el mayor Isasmendi había sublevado el cuerpo de artillería de que era segundo jefe, pensando voltear al Presidente Cuestas. Crovetto era el médico de la familia Páez. Después del hecho

había seguido asistiéndola sin cobrar una sola cuenta a la pobre viuda.

Lo visité otro día en 1936. Ya era entonces mi amigo muy querido. Lo había asistido por una bronconeumonia que lo tuvo a la muerte. Esa tarde iba especialmente a conocer su vida para darla en "La Semana" que dirigía el periodista Arturo Sylverio Silva. Entré en "La Semana" seguro de poder satisfacer mi deseo. El día eestaba gris y la tarde era de fría llovizna. Debía estar el doctor Crovetto en el consultorio, junto a la estufa. El primer chasco de la tarde. Estaba en el fondo de la quinta y recibía con naturalidad la garúa, jubiloso en su ocupación favorita. Recorría las jaulas de los gallos ingleses, como un general en una revista, la mano justa para la ración. Exacta la mirada evaluando un estado.

—"Con este giro gané tres peleas", me dijo al verme.

Es la distración que le queda después que prohibieron las corridas de toros. El general Quintana, el coronel Faustino Laguarda, los hermanos Aguirre son los entusiastas que lo acompañan a la calle Larrañaga, o la gallera propia que construyó en la calle Lindoro Forteza.

Le reñí afectuosamente.

—"Usted se ha olvidado de la bronconeumonia del año 34..." Se sonrió. Era la suya una sonrisa de confianza. Su única defensa contra el invierno lluvioso son los zapatos de goma y esa ropa de boyardo que usa en la Unión y que le oculta la pechera.

Las gotas finas le siguen cayendo de su ropa empapada.

Atravesó la quinta. Le elogié los naranjos llenos de pequeñas bolas doradas. Los cuida como cuida a sus faisanes y a sus perros.

Sus perros no. Que el "Mimoso" se le murió una madrugada después de una noche de sufrimiento.

—"Está ahí, debajo de ese naranjo".

Le queda el "Cuco", de los dos perros de caza, con los que tantas veces fue en las semanas santas, con el doctor Bacigalupi y el señor Amoroso tras de las liebres y las perdices que después reparte entre los amigos. Cuando fue a cazar el último domingo de mayo sufrió un percance: tuvieron los amigos que volverse en alpargatas, pues el doctor Crovetto quemó todos los zapatos, a pesar de que era especialista en *secarlos*, pues había llovido la tarde anterior.

—"En aquel rincón está la chirimoya que fue de mi madre".

Al pasar por las tinas del hall, acaricia las begonias y los helechos...

Sabía que si descubría a Crovetto mi intento de revivir su pasado, fracasaría.

—"Yo ya me había olvidado de esa fotografía, que no sé de dónde la desenterró", me dijo al entrar al consultorio. Se refería al grupo que publicó "La Semana" en su primer número, y en el que aparecen juntos los doctores Crovetto, Brusco y Fernández Espiro. Miré los cuadros para disimular. En un rincón Galarza, en otro está él junto a la palmera y los perros. En la biblioteca su hija, Navarro, Gutiérrez Pouey.

Sobre el escritorio los dos bronces tan conocidos por los íntimos: el perro de caza en acecho, y el orangután que examina atentamente el cráneo que ha caído bajo su mano.

ESTUVO EN MERCEDES

En la incipiente Facultad de Medicina, en Sarandí y Maciel, se recibió de médico en 1885. Se fue a Mercedes. Diezmaba la población una terrible epidemia de difteria en la que se morían las familias enteras. Recién diez años después Roux entregó a la humanidad su suero prodigioso. En ese tiempo se curaba la difteria con albuminato de cobre, disolviéndose el sulfato de cobre en clara de huevo batida, y casi todos los enfermos morían. Recordaba la familia Imaz. Se vinieron del campo a la ciudad, y en el campo iban dejando los hijos muertos. La madre murió al llegar al pueblo. El padre unos días después. Toda la familia fue enterrada en una semana.

Crovetto se contagió. Estuvo muy grave; salvó a duras penas.

—"Pablo me mandaba todas las tardes la banda de su regimiento, frente al Hotel Navarro, donde me hospedaba, para distraerme". Pablo, era el coronel Pablo Galarza.

Crovetto estuvo poco tiempo en Mercedes. Volvió a Montevideo, donde fue médico de la artillería que comandaba el coronel de León.

VINO A LA UNION EN 1892

Instaló su consultorio en 18 de Julio, frente a la hoy farmacia Paladino, en la casa que fue de doña Pepa Lepra, la misma en que veinte años antes convaleciera el mayor Visillac de sus heridas que recibiera en el combate de la Unión.

Su consultorio pasó luego frente a donde tenemos hoy el nuestro. Pocos médicos tenía en ese tiempo la Unión. Paseyro, Romeu, Stábile, Demicheri, Capdehourat. Estaba también el licenciado Lizazo. Después vinieron Brusco, el padre de Marita, Nicola, el padre de Pancho, cuyos

hijos se casaron formando una pareja ideal, bien pronto víctimas de la tragedia. Por fin el doctor Luis Paysée, dueño de una cultura francesa realmente excepcional.

Nos cuenta el doctor Crovetto las peripecias de sus continuos viajes a las afueras, Carrasco, Chacarita, Manga, Toledo, sobre pésimos caminos que nosotros hacemos sobre hormigón.

Tenía un cupé con un pozo donde él se sentaba siempre, que utilizaba para la ciudad y una victoria para los malos caminos. Me imagino los sudores de Peluffo, su cochero habitual, y del hermano de Piolita que suplantaban a veces al titular. Porque su bondad corría pareja con sus nerviosidades y sus exigencias.

El año del centenario arrumbó su cupé y con gran asombro de todos compró un Buick. Luego arrancó su chapa de la puerta, una chapa grande que lo había acompañado cuarenta y cinco años y se acogió al descanso.

—"No hay hombre más trabajador que yo", me dijo esa tarde. Y terminó diciendo que no tenía más que decirme, "porque a él nunca le había pasado nada *extraordinario*".

Yo sé que le pasó una cosa extraordinaria, por haberla presenciado con mis ojos y haberla oído por mis oídos...

Fue en el mes de enero de 1928.

Había entonces, a pesar de la diferencia de edades, plena confianza entre los dos. Yo lo llevaba en mi coche, cuando él no disponía del suyo, tanto que uno de los gratos recuerdos de Pedrito, mi Ford que vivió de 1927 a 1959 hasta que en la rambla de Carrasco murió despedazado por un camión, es haberlo transportado a muchos lados, a pesar de mi agobiador trabajo de aquellos tiempos.

Tenía el doctor Crovetto en sus manos a Juan Arrizabalaga, uno de los mejores vecinos de la Unión.

Estaba en Malvín entonces.

Trató el doctor Crovetto con el Profesor Ricaldoni una consulta, y a casa de Arrizabalaga llevé a Crovetto en mi coche.

La consulta fue larga, y apenas terminada nos reunimos, debido al feroz día de verano, debajo de una higuera enorme.

Yo quise retirarme, entonces, pero me quedé ante un gesto de Crovetto. Se encaró en seguida con el doctor Ricaldoni, y con aquel tono de mando tan peculiar en él, le hizo esta pregunta que al principio no comprendí:

—"¿Cuándo se va para Santa Lucía, doctor Ricaldoni?"

Ricaldoni tardó en contestar.

Al fin dijo en voz muy baja:

—"Yo no he pensado en ir nunca a ese paraje".

Entonces excitándose, Crovetto habló en voz alta y ruda:

—"Pero no ve Ricaldoni, que si no va en seguida, sería *demasiado tarde?*".

Entonces el profesor Ricaldoni, tan respetado siempre, rompiendo una breve rama de la higuera que mantenía entre sus manos:

—"Imposible doctor Crovetto. Tengo que *apurar* mi tiempo lo más que pueda...".

Seis meses después moría el gran profesor de clínica, habiendo empleado por última vez su estilográfica, en dedicar su primer tomo del Instituto que dirigía el doctor Alejandro Schroeder...

*

* *

Murió el 3 de junio de 1943 en el Hospital Italiano, en el mismo cuarto en que en 1929 murió Batlle.

Yo estaba entonces en la Radio Carve.

A las pocas horas pude balbucear en el micrófono unas palabras sobre el gran amigo desaparecido...

Dije:

—"Alto y flaco, como una figura del Greco, con la pinta de sangre americana necesaria para la anécdota inteligente que es como un sello de raza, el doctor Andrés Crovetto, que acaba de cerrar los ojos para su eterno reposo, fue uno de los últimos representantes de la Restauración.

Era mi amigo, y para este adiós que tal vez su espíritu esté recogiendo ya dulcemente, sin la máscara de dura ironía con que gustaba esconder la sensibilidad de su alma, necesito acorazarme un poco, porque el doctor Crovetto fue mi amigo, y un amigo así, como él, es para mí tanto como los muy amados seres de mi sanpre.

Cuarenta años se tendían, como un ancho camino, entre su edad y la mía. Pero yo pude comprender bien a ese viejo rebelde ,con su mimetismo de misántropo, cuyo corazón, de secretas blanduras, pude cuidar como un hijo de la antigua usanza, indulgente y paciente, con la culta sonrisa que tenían que arrancarme sus tercos caprichos, su palabra pintoresca, su bonhomía, disfrazada de ríspidas agresiones verbales.

Fue auténticamente, un gran médico, lo que llamamos a veces un extraordinario ojo clínico. Maestros de la talla de Ricaldoni y de Soca, reconocían el rápido acierto de su diagnóstico, la segura sentencia de su oído sobre el pulmón herido o el corazón lastimado. Tenía la áspera altivez de los solitarios, la secreta generosidad de esos buenos que no quieren parecerlo, como si la bondad fuera una tara de débiles.

Ah! viejo Crovetto, que yo quise y cuidé como a un niño malcriado, de gran alma, de fino intelecto y gracia verbosa que tanto me gustaba estimular, para el goce de oirle la réplica, con la certeza de una inteligencia bien cultivada.

Ya no es nuestra luz la que ilumina su frente, ni nuestro aire el que le dará aliento para la charla vivaz y cáustica.

Ah! viejo Crovetto, viejo amigo, apresurado viajero como todos los que pagan su óbolo a Caronte: desde esta orilla de la vida te grito mi adiós último, con la garganta apretada...

Adiós, viejo Crovetto, a quien fuí el último en alcanzar esta madrugada el vaso de la vida!

En la bruma del coma pudo reconocerme aún alguna vez, y su mano flaca, como hecha sólo de huesos unidos por un atroz pellejo amarillo, presionaba la mía, rica de sangre, en una señal de reconocimiento.

Desde muy lejos, quizás ya en el tremendo vértice del límite, me llegaba aún tu voz, casi irreconocible:

...Bonavita...

Me tuvo en su amistad, sus rabietas, sus enfermedades y su agonía. Me tendrá siempre en el recuerdo triste...".

EL DOCTOR FRANCISCO ALBERTO SCHINCA

LA Restauración dio vida a grandes hombres durante el trágico período de la Guerra Grande. De esa época es don Agustín de Vedia, que habría de tener el honor de viajar en la barca "Puig" rumbo a La Habana. Martín Aguirre, principista que integró la Tricolor y fue herido en el Quebracho. Domingo Aramburú que si fue grande como juez del Crimen lo fue más como "Byzantynus". José Romeu, que antepuso el patriotismo al partido en 1903. Y Eduardo Acevedo Díaz, nuestro máximo novelista.

Más tarde, cuando estaba a punto de caer el principismo ante las bayonetas de Latorre, el Cardal nos entregó a José Irureta Goyena, a quien traté muy poco, pero al que quiero como he llegado a querer sólo a las grandes sombras de la historia, o a los seres que son, para mí, una excepción inteligente y virtuosa, y por lo mismo un puro y alto ejemplo para mis hijos.

Por fin en la casa que habitó un tiempo Joaquín Requena, el 9 de marzo de 1883, la Unión nos ofrendó a Francisco Alberto Schinca.

*
* *

Entonces nuestro pueblo era un caserío, como la Aldea y como la Aguada, unidas a la capital por un solo camino y conservando todas inconfundible fisonomía. La austeridad de las costumbres, la modestia de los hogares, la hidalguía de aquellos varones cuyos hijos heredaban la artesanía paterna, la rigidez de la patriarcal existencia familiar, hacían de la Unión antigua, cuyas galas eran la capilla, el circo y la plaza de toros, un verdadero remanso. No se conocía en ella sino lo que hace noble la convivencia y lo que presidía su vida diaria era la confianza. Pero la confianza no sólo en las tremendas cosas de dinero, en que la única garantía era el conocimiento, sino en la palabra, ya que la honestidad era proverbial en el pueblo de esa época.

Lo que lo hacía respetable era la familia. Y la familia oriental, el antiguo hogar de entonces en que el tronco italiano y el tronco español habían modelado, al bañarse en la sangre criolla, una nueva raza, era la fortuna de la República.

Se habla de esto con melancolía, añorando el momento que se fue para no volver, aventando no sólo la juventud, sino los sueños. El país sufre hoy de cosmopolitismo, en cuyo clima no se confía casi ni en la palabra escrita.

Schinca tuvo la fortuna de gustar la otra época, en la que, en el histórico caserío, vivían aún los últimos hombres que habían hecho el Sitio Grande, y a pesar de la rudeza en que se vieron envueltos, supieron gastar un estilo de vida bien diferente del que sufrimos ahora.

Creemos percibir una parte del origen del cambio que llega hasta un cambio en la sensibilidad colectiva. La crisis moral que padecemos es profunda y consecuencia de las dos últimas convulsiones universales, a las que no pudimos escapar, a causa de la inmigración de multitudes que venían huyendo de la hoguera central.

¿Cómo no volver los ojos al pasado cercano, en que nos era familiar otra tónica de conducta?

Hay que pensar en lo que habrán padecido los pequeños pueblos que no tuvieron hasta entonces más fortuna que una simple, primitiva y feliz vida hogareña, sin oropeles y sin culpas.

La Unión de principios de siglo estaba unida a Montevideo por un tren de caballos. Con su amigo Alberto Scaltritti, otro de los grandes nacidos en nuestra aldea, Schinca, adolescente aún, esperaba todos los días, en 8 de Octubre y Plata, el vagón que los conduciría a la vieja Universidad, erguida junto al mar, que acunó antes el Fuerte de San José y donde en 1726 desembarcaron las familias canarias que debían poblar la península.

Ese tren a sangre representaba un progreso desde 1868.

Alguno de esos viajes de Schinca tuvo un sello singular: esperó solo, de prosa con don Rafael, y el cochero, siempre el mismo a esa hora, no alcanzando a ver al compañero, detenía unos minutos, tocando la corneta, hasta que salía Scaltritti, nervioso y apurado, lo que no le impedía sorber, cebado por su madre, el último mate de esa mañana .

Se creía obligado entonces el cochero a sincerarse, por si viajaba esa vez quien no fuera un diario pasajero:

—Cómo no lo viá esperar, si estudia hasta la madrugada. ¡Hubiera perdido el hospital. . . !

Esta era la idiosincracia de la época feliz en que no se conocía el vértigo actual y en el que los obreros del transporte eran amigos de los viajeros, y en una fraternidad que conmueve, los esperaban. . .

Más tarde, cuando luego del fracaso periodístico de "La voz del pueblo", periódico local de 1903, que alcanzó los doce números, ingresó Schinca a EL DIA como meritorio, para ascender en seguida a corrector, obligado a llegar a la redacción de la calle Mercedes en horas de la madrugada y no disponiendo de locomoción colectiva, nunca le faltó quien lo transportara. Aparecían siempre, como respondiendo a una invitación, Teófila o Masacre, tamberos de rincón de Carrasco, o Piolita, cochero de la esquina Larravide que gozaba de tan poco trabajo, que cuando le llamaban el breack por casualidad, plumereaba los asientos y les quitaba a plumero las telarañas. . .

Humildes hombres laboriosos de nuestra época de oro, ricos como éramos en horas de sol y de ensueño. . . ! Cómo no agradecerles, desde la distancia y el tiempo, que tantas madrugadas hayan sentido el honor

de ayudar al modesto estudiante del que sabían ya que era una esperanza nacional!...

Lo era desde que se divulgó el triunfo que alcanzara cuando se aprestaba a abandonar la blusa de escolar. Concurría entonces a la escuela de Rivera chica y Gaboto, donde efectuaban mensualmente un concurso escrito. En esa fecha llamó tanto la atención el trabajo del alumno Schinca, que la directora que sabía bien lo que podía esperarse de él, preguntole bruscamente, con aquella voz de fiscal del crimen que tanto le conocía el colegio:

—¿Dónde la copiaste?

La hidalguía innata del niño se sobrepuso a su indignación. El no era capaz de pretender lauros conquistados ilegítimamente. Contestó, pues, sin molestia aparente por el agravio recibido:

—Cambie el tema y vigíleme.

Y así lo hizo la maestra que en 1877 había recibido su diploma de las augustas manos de José Pedro Varela.

"Divagando", fue el motivo del nuevo escrito elegido ante la general expectativa y mientras el sospechado lo desarrolló, la maestra siguió atendiendo, sin perderlo de vista, los múltiples asuntos de su dirección.

Cuando el niño presentó el trabajo sin que se hubiera secado en él la última tinta, ella lo fue leyendo en silencio y sin esperar a ofrecerle el premio de leerlo junto a la escuela reunida, abrazó a su muchacho con una ternura que no se le conocía, a ella, sabía hasta esconder tras un semblante severo y una dura energía, la más exquisita femineidad.

En su casa me contó hace diez años Aurelia Viera esto que tan mal estoy transmitiendo. Me reveló el asombro que le produjo la página elaborada ante sus ojos y ella conservó como una de sus más preciadas reliquias.

Había auscultado el alma de Schinca, pero recién entonces comprendía que se podía esperar de él la pronta revelación como scritor de genio. Así lo anunció, emocionada hasta las lágrimas, a la escuela que era en ese momento un clamoreo, en el que sobresalía en el entusiasmo, un grupo formado por Carlos María Sorín, Justino Jiménez de Aréchaga, Pedro Manini Ríos, Melitón Romero, Romildo Risso.

¡Con cuánta razón pudo escribir hace veinte años Genovese, en una euforia generosa, que "quizá no haya tenido la Unión una vida paralela

a la de Schinca!". Olvidaba el autor de "Orión" a José Irureta Goyena y a Eduardo Acevedo Díaz. ¡Qué trilogía para nuestra modesta gloria pueblerina!...

*

* *

Después Schinca, con sagrada humildad, entró al periodismo. Ya tenía por Batlle una admiración que rayaba en idolatría. Y fue su diario la única hoja que recogió su firma, y en cuyos últimos años nos regaló la página del "Duendecillo Fas".

La militancia política debía llevarlo fatalmente a la oratoria. En esa disciplina no conoció otra lucha que la difusión del verbo de Batlle.

En ese aspecto puede afirmarse de él lo que un periodista de Marsella dijo de Briand, destacando su voz soberbia, "que no era un violoncello, sino más bien el órgano que resuena en la catedral". Comparó así sus discursos con una marcha nupcial que apenas se oye en el comienzo, porque entonces, tímida o fingiendo cortedad, entra la novia. Luego la voz va alzándose y su sonoridad llena el corazón de los que la escuchan. Ha recobrado, al fin, el dominio de sí misma. Entonces Briand la toma y la lleva al altar.

Así era el dominio de este hombre cuyas manos en la tribuna estaban siempre abiertas, como si no se atreviera a cerrarlas. También las de Schinca se tendían, llamaban y de pronto, transformándose, fustigaban.

Yo no he conocido a nadie que fuera más dueño de la palabra que Schinca. Era nervioso, y antes de hablar estaba siempre inquieto. No quiero expresar que de él pudiera afirmarse lo que de Amicis dijo de Castelar, a quien, sin conocerlo, acompañó de lejos a las Cortes. Lo vio ansioso, sin parar en ningún sitio, entrando a la Cámara y saliendo luego sin motivo aparente, vagando por los corredores, sintiendo que no podría hilvanar dos palabras, por haber olvidado lo que ya había impreso en su pensamiento. Hasta que luego de subir a su escaño, pálido como un condenado, lo vio de pronto abrir y adelantar su mano y decir esta sola palabra: "Señores", y de Amicis que no lo había visto ni oído nunca, comprendió, por el tono con que dijo esa palabra única, que Castelar estaba salvado, y lo estaba, y lo estuvo siempre que usó de la palabra para adueñarse de su auditorio, porque su valor se reponía instantáneamente apenas se sentía en contacto con su público y su discurso se rehacía como un aire olvidado. Y las Cortes no oían otra cosa

que su voz inconfundible, no sentían más que la llama que lo abrasaba, y la fuerza que lo elevaba, transformándolo...

Exageraría si aunara a estos dos oradores en esa timidez del comienzo y su deslumbramiento inmediato. Pero si no en la dimensión es segura la identidad anímica ante la prueba que comenzaba.

El doctor Schinca era partidario de improvisar la forma en sus discursos. Reflexionaba maduramente el tema, pero al subir a la tribuna dejaba fluir su inspiración. Creía que el preparar la forma literaria era una esclavitud para el espíritu. Tal vez recordara que Poincaré, dotado de una memoria prodigiosa, escribía sus trabajos palabra por palabra y aprendiéndolas luego maravillaba con sus seudo improvisaciones. Reunía todas las dotes del orador: actitud amplia y envolvente, voz de empastamiento incomparable, gran precisión de lenguaje, desdén por la declamación, y difícil sencillez, que parecía eliminar el esfuerzo. Todo lo hacía apto para lograr una rara facultad de orador repentista, que lo hacía dueño de ese don superior de adaptación que permite al alma del tribuno modelarse sobre el espíritu de su público. Se le ha llamado a esto adueñarse por derecho de los discursos de táctica. El sabía que con un cerebro como el suyo, dueño de la encantadora cultura francesa, puede desafiarse siempre cualquier arranque improvisado.

Rectifico una afirmación anterior: algo le faltaba para ser el orador perfecto: la estatura. Pero Irureta dijo de Lloyd George que tal vez no haya habido en la libre Inglaterra, "un orador tan chico del mentón para abajo, ni tan grande del mentón para arriba".

DON SAMUEL

VOLVEREMOS a nuestro pueblo, apenas recuperado. Hemos viajado un tanto con el lector, por las viejas rutas de la Restauración. Tenemos por ellas, por lo que queda aún del tiempo antiguo, zaguanes que en lo alto muestran dintel en arco, rejas con rizo al centro, muros bajos con cicatrices disimuladas por madreselva y guaco, tanta ternura escondida, que no es pose confesar que nos duelen como tajos las agresiones que el progreso les dirige todos los días. Hace cuatro años casi nos demolieron el "Molino del Galgo". Se salvó, porque un grupo de vecinos,

entre los que nos contábamos, visitó al Intendente Barbato, amenazándolo con una pueblada, apenas se advirtiera la primera cuadrilla asesina.

Entonces, muy poco antes de que descansara, visitamos una de las reliquias que conservábamos. Don Samuel cumplía ese día noventa y seis años y hubiera llegado al siglo si una complicación no lo arrebatara a nuestra estima.

Lo evocaremos hoy, como lo hicimos hace algún tiempo, pidiéndole a don Samuel entonces, que no prestara importancia excesiva a lo que pudiéramos decir, porque siempre el pasado es de por sí doloroso, tanto que nadie se atrevería a revivir su vida anterior. El transcurso de los años es, en general, fastidioso, y si a veces agrada evocarlo, es porque el alma descansa en el recuerdo, pero hasta esa dulzura es tristemente dolorosa.

Le conocimos a don Samuel hace cincuenta y siete años, cuando llegábamos a la Unión trayendo el campo en los ojos, porque veníamos de las orillas del Marincho, puros de alma, y con una sencilla ingenuidad campesina.

Ocupamos en la calle principal del pueblo, la casa que hasta entonces fuera de don Pablo Amaya, y que en 1921 la sucesión la vendiera al Dr. Berrutti, que murió poco después en ella. Podremos olvidar cualquier acontecimiento de los tiempos cercanos, no lo que se refiera a la manzana de nuestra primera casa de Montevideo. Su perímetro está marcado por 8 de Octubre, Comercio, Asilo y Gobernador Viana. Sobre la primera, esquina Comercio en 1836 instaló Pijuán su charqueada, hasta que una incidencia con Basáñez obligó al primero a disolver la sociedad incipiente.

Donde estuvo Pijuán vivía en ese año de 1902 un señor atildado, estampa de un lord inglés, a quien veíamos pasar por nuestra puerta, después del almuerzo, rumbo a La Liguria, donde se reunía entonces lo más selecto del pueblo, expansión que se concedía antes de tomar el tren de caballos que le llevaba hasta su despacho de aduana, donde enterraría treinta años de su vida ejemplar. Estampa de lord inglés debía tener. Su abuelo paterno fue John Stedman Horne, de Birminghan.

Su tío don Carlos Ridgel Horne, natural de Baltimore, fue un caballero de ilustre origen, por sus dos ramas, que estableció en la Argentina, donde en 1846 adquirió la vieja quinta de Mackinlay que entonces daba a la calle Reconquista donde construyó su residencia. Para eso introdujo en el país multitud de árboles auropeos, y entre otras plantas la célebre rosa de Francia. La caída de Rosas produjo la suya. Era

muy amigo del Restaurador, y la batalla de Caseros produjo su ruina. Le confiscaron sus bienes y lo persiguieron hasta hacerlo huir a Montevideo. Y sin embargo, Horne fue un protector de los unitarios .Los bajaba por la quinta al río, y los embarcaba en las balleneras. Rosas discutió con él, pero no tomó medidas contra su persona. Entonces estaba casado en segundas, nupcias con Mercedes Lavalle. Apenas llegado a nuestra capital se presentó a la firma naviera de Lamport y Hort, de Liverpool, hasta su muerte en 1884, teniendo 83 años. Los Horne Lavalle residieron en Montevideo, donde dejaron excelente nombre.

La confiscación de sus bienes no fue rigurosa, tanto que pudo volver a Buenos Aires, vendiendo su quinta a Lezama. Este es el origen de la famosa quinta de la capital porteña.

Hacía ya veinte años que se afincara en la Unión, habiendo nacido en las Piedras en 1856, el mismo mes y año que en un molino de la Aguada, viniera al mundo José Batlle y Ordoñez.

Mozo todavía conoció a Ulpiana Amaya y se casó con ella. Se conserva todavía en Lindoro Forteza y Juanicó, la casa que protegió sus primeros amores. Entonces empezó a vivir su vida. Vio nacer casi el pueblo que el año 80 todavía era idéntico a la Restauración del Sitio: plaza de toros, hornos de ladrillos cuyo fuego se alimentaba con cardos, saladeros, velerías, cafés de engalerados con zapatos de charol y puños duros, barberías donde jabonaban a la víctima con los dedos y usaban una nuez para conformar la mejilla de los flacos, reñideros, pulperías de palenque, como la de Chichón; con lotería, como la de Cufré; sin lotería, ni palenque, como la del Cerro Largo, más aristocrática.

Don Samuel conoció pues, la Unión, pocos años después que la tomara por asalto el pardo Aparicio, cuando en 1870 estuvo a punto de derrocar a Don Lorenzo.

Pueblo blanco, como fundado por Oribe, en él se guardaba como en una urna, el recuerdo del vencedor del Cerro.

Francisco, padre de don Samuel, le había dado al partido como todos los hombres de ese tiempo recio y firme, lo mejor de su esfuerzo, su sangre, su bolsa y su descanso.

Fue jefe de la artillería en la batalla del Sauce, a la que no se refería nunca sin decir que "los cañones revolucionarios quedaron enterrados en la tierra arada".

El hijo habría de ver y vivir la tragedia del 11 de octubre: vio correr la sangre de las víctimas: Adramantino Fernández, los Cordones,

el pobre muchacho Estela, fusilado frente a la casa en que vivimos al venir de campaña; los bronces de la puerta de calle, estaban todos agujereados por las balas de Julio Herrera. Vivió también don Samuel, pero de lejos, la tentativa de Isasmendi para voltear a Cuestas: si "el vasquito fracasó fue porque el coronel Laborde avisó a tiempo a Domínguez la salida hacia el centro de la artillería.

Fuera de esas incidencias trágicas, la Unión era, para sus moradores, un remanso. Los hombres envejecían allí plácidamente y llegaban a cobrar aspecto de patriarcas. Cuando lo visitamos en su casa, hacía muchos años que no lo veíamos en nuestro pueblo. Se había apartado de él un cuarto de siglo antes, y la arterioesclerosis le había hecho perder la vista. No le podíamos aconsejar que volviera a él ni de paseo. Teníamos la certidumbre que cuando se fue, debió sentir hondamente el cambio.

De volver, las cosas, las personas, y los lugares familiares, le hubieran ofrecido de pronto, una extraña novedad desapacible. Las losas rústicas de las veredas que durante tantos años sufrirían sus pisadas, graves por la fatiga o el cansancio, no le reconocerían... La Unión le hubiera parecido una población extraña y lejana. El la llevaba entera, dentro de sí mismo. La poblaba él solo: al irse se le desvaneció de golpe.

Los hombres se sienten arraigados a las cosas, por lazos invisibles, que no pueden romperse sin angustia. Habría de sentir, al retornar, una inquietante desazón por la ciudad que ya no era suya; por las viejas losas y los añosos árboles que vio plantar cuando Montevideo festejaba el cuarto centenario de América. No, es mejor que no vuelva. Que no recuerde de pronto que cariño secreto, inconfesado, guardaba para esa tierra aldeana, en la que sufrió tribulaciones sin gravedad, y algún goce tranquilo.

"No vuelva" don Samuel, le decía al fin, sin palabras. No hallaría en la Unión comercial y cosmopolita de hoy, ni la gracia, ni la humildad, ni la paz antigua. No encontraría a Crovetto, ni a Laborde, ni a Acha, ni a Linares.

Con sus noventa y seis años, don Samuel era uno de los lazos vivos que nos unía a la Aldea, cuando esos vecinos eran jóvenes y fuertes, y nosotros niños aún. De volver, no comprendería muchas cosas, ni siquiera el idioma que hablan nuestros vecinos de ahora.

El vecindario. — Esa noche tomó de pronto otro giro la conversación. Recordamos pues, con travieso espíritu, deseando distraer a Don

Samuel, trayendo a la liza un montón de veinos, algunos de los cuales habían muerto hacía sesenta años.

El rincón español de la esquina, donde Araújo abrió, no un ventorrillo, sino un puesto de verduras. Ahora el ruedo de toros estaba cerrado desde el año 11. Peluso había muerto; era el miura que hizo de España la travesía de ternero, y se aquerenció con el picador, hasta el punto de comer en la mano el manojo de avena. Era un espectáculo arrancar furiosamente contra el torero, y amansarse de golpe, para comer en la mano el pasto que se le tendía.

Ahora sólo tenía en su comercio carteles antiguos, en que aparecía clavándole el fierro a la fiera, y sosteniéndolo. Convidaba con manzanilla, tocaba en la guitarra una jota desafinada, y se enfurecía luego si el cliente no aceptaba "el perejil de ñapa".

Al lado de Araújo vivía Pepe Bruñé, tan bueno como cambiante de genio; luego los Vásquez, uno de los cuales, el mejor, Domingo, llevaba marcado en su destino, el de morir a manos de su hermano. En la mitad de la cuadra, la mejor casa del pueblo, que fue de Urtubey, estuvo habitada unos años por el cotizado médico don Carlos Demicheri. Cuando éste compró la casa propia de 8 de Octubre y Larravide, Gascue, escribano de mérito, caído en España donde se conserva su cuerpo, formó con Chucha, verdadera belleza de la época, hija de don Juan Raissignier, un hogar como había pocos en el pueblo; su casona se abría siempre, para ofrecer en los hermosos patios cubiertos, los más espléndidos bailes del verano.

Luego venía Delfino, que cuando apenas llegamos al pueblo, era joven, y tenía una sola distracción: era el único tambero de la Unión que hacía entrar las vacas por el zaguán, contoneándose. Don Francisco Bellini fue el panadero más antiguo de la zona. Estaba empapado siempre en los recuerdos de su Génova, y en treinta años de trabajos de sol a sol, sólo se permitió una vez salir con su hijo Bartolo y su perdiguero "París" a cazar martinetas, que él encontraba tan buenas como las que sorprendía entre la nieve en plena Liguria.

Quedaba una familia con fama de maniática: descendía de un alto oficial del Cerrito, los Horne Pérez, que se destacaban por las largas siestas que dormían; la última duró diez años .Cuando desaparecieron, habitó la casa reconstruída, aquel médito notable por tantos conceptos que se llamó Martorell. En la esquina vivía Spotti, el mismo que no quiso comprar en cincuenta pesos, la casa que habitó cuarenta años

y acaba de venderse en veinticinco mil, y eso que Manuel Aguirre, el gallero, le arrancó una pieza para convertirla en reñidero.

*

* *

Vecinos de importancia y personajes humildes, pero tan superiores todos, en alma y en sensibilidad, a aquellos con los que nos rozamos todos los días, ahora que no trepamos al granado del fondo, ni a los almacenes de la calle, porque hemos crecido, y sólo nos queda el consuelo de recorrer con Eduardo las calles de las orillas del pueblo, añorando los tiempos que se fueron...

Don Samuel conoció la aldea, la vio crecer, cambiar su tierra en cuña, su cuña en hormigón, desaparecer a los viejos amigos, con pena, ascender a muchos con alegría... No cambió, salvo en su aspecto físico. Conservó hasta el fin su gallardía, y siguió siendo lo que siempre fue, el hombre más sencillo, el que se hacía querer, y al que había que respetar. Conservó también su gesto sobrio, su aire de altivez que no chocaba, su inteligente candor.

Es posible que a pesar de haber envejecido bien, le haya ganado alguna vez la desesperanza. Había venido al pueblo, cuando en él había farolero para las lámparas de petróleo, como antes lo hubo para encender una a una las velas fabricadas en la grasería. Conoció la Liguria, cuando los parroquianos llevaban una oveja para calentar sus pies mientras jugaban al gofo o mentían al truco, y cuando el comandante Toledo entraba a la sala de billares sin bajar del caballo, y tomaba su vaso de caña rompiéndolo contra el suelo como en las películas rusas.

Unión de la retreta y los paseos de Mondino, capa al hombro y comunión en ristre, y los entierros en tranvía y el primitivo cine que pasaba seis meses seguidos "La hija del guardabosque", hasta que Obiol temía quedarse sin sillas cuando el frenesí se apoderaba del público, porque el héroe conseguía al fin saltar la ventana para salvar a la doncella...

Unión de Estades y de Pepe Olivé, de las tertulias en el Centro comercial, de los dúos de Perico Starico y Muleka Mutuberría, anunciados con gran nerviosidad: "silencio; ahí viene "non tornó" mientras se sentaba para aplaudir a los artistas, que bisaban todos los números sin que nadie se los solicitara nunca...

*

* *

Era monótona la vida pueblerina. Los sábados por la noche, la reunión evngélic. Lito sacaba el primer Ford de bigote que hubo en la Unión, y en él se repantigaban don Samuel, Jacinta, don Pedro y Enrique el alemán con su tos asmática que se hacía fatigosa cuando subía la escalera de la calle Juanicó.

Todo el progreso del pueblo, don Samuel fue recogiéndolo, asimilándolo, perdonándolo, orgulloso sin decirlo a gritos del adelanto lento pero firme del villorrio al que conociera recién nacido.

Aquí estaban sus mejores recuerdos, aquí le nacieron sus hijos. ¿Cómo no quererlo, si aquí fueron muriendo uno a uno sus viejos amigos? Conservó hasta el fin, en la cartera de bolsillo dos retratos, el de su padre y esa trilogía de niñas con que engalanamos la página.

*
* *

Vida ejemplar como pocas, le acercamos aquella noche a don Samuel el homenaje de nuestro cariño, en momentos que tan lucidamente se acercaba al siglo, al que no pudo alcanzar. Esa noche lo que siempre recordamos, y está en no sé cuál de los libros de nuestra biblioteca:

"Y sobre todo, no vayas a desear la juventud: cree en los viejos, muchacho".

DON CARLOS

EN Dieppe, hermosa ciudad de Normandía, nació en febrero de 1859 don Carlos Racine, hijo de horticultores. Tenía que atraerle la tierra, ya que tenía a su alcance la Escuela Nacional de Horticultura, creada por el Rey Sol en Versailles. Cumplía los diecisiete años cuando ganó el concurso que lo habilitaba a estudiar la carrera elegida, donde después de tres años de estudios alcanzó el título que el gobierno le cambió por el de Ingeniero Horticultor. No tenía treinta años cuando marchó al Istmo de Panamá, donde empezó su fama de ingeniero paisajista. Lo premiaron con la fiebre amarilla que hizo convalecer en el clima de Caracas. Ya en París lo sorprendió don Francisco Vidiella que sabía de su preparación y lo trajo a su Cortijo de Toledo, donde dejó su parque. Fue la primera visita a nuestro país. De vuelta a Francia partió en seguida para Sucre, donde se encargó de los jardines de don

Francisco de Argadoña, quien murió sin verlos terminados. Su muerte decidió a sus amigos aconsejarle el viaje a La Paz, donde se dirigió en un penoso viaje de siete días a lomo de mula. Conoció a los indios aymarás, y en la provincia de los yungas ocupó tres meses en la pesquisa del árbol de la goma.

Ya en Montevideo se encontró con don Antonio Lussich, el valiente marino, inspirado poeta de los árboles, quien concibió el proyecto de transformar su campo en Maldonado, entre la Laguna del Sauce y el mar, en la maravilla de Punta Ballena. Ya no deja el país. Aquí dejará su último aliento.

Hay pocos paseos montevideanos que no muestran la elegancia de su estilo. Desde la Plaza de la Unión, que plantó en 1895 con su hermano Ernesto y el Parque César Díaz creado por el fervor del coronel Debali, hasta el Parque Batlle y Ordoñez, con cuya magnífica plantación dio un toque mágico a la quinta de Pereira. Dejó su arte en la Escuela de Tiro, en la Escuela de Veterinaria, en la Facultad de Medicina, en el Hipódromo de Maroñas, donde en el 70 tuvo su campamento Timoteo Aparicio y en la Plaza Independencia. Son suyas las plantaciones del Bulevar Artigas y del Parque Fernando García.

Salió afuera. Trazó y ejecutó las Plazas de Dolores, Melo y Paysandú. No encuentro, en la nota que dejó su mano, referencia a la Plaza Zabala. Será tal vez la única que no le debe algo a su acción incansable.

EL PRADO

Es la obra de aliento de Racine, el Jardín Botánico.

Los nombres que no han de dejarse de mencionar cuando se escriba su historia, y figuran al lado de Racine son los de José Arechavaleta, Cornelio Cantera y Daniel Muñoz. Arechavaleta concibió el proyecto; Cantera cedió, para él, el primer plantel de árboles indígenas; Muñoz fue un propulsor extraordinario en los momentos difíciles del comienzo. Racine fue el cerebro y brazo de la empresa.

En 1904 un diario de la época se lamentaba de que Río de Janeiro tuviese un hermoso jardín tropical; Buenos Aires su magnífico jardín de aclimatación; Valparaíso su Consevatorio de Plantas con ejemplares de las tres zonas y que Montevideo careciese de un rincón que demostrara su verdadero adelanto en horticultura, representado exclusivamente por la iniciativa privada.

El proyecto fue aprobado en 1902 disponiendo la Municipalidad, junto al Miguelete, de veinte hectáreas aparentes. Para la flora acuá-

tica, terrenos bajos; para la gran mayoría de nuestras especies forestales, costa de arroyo; tenía también extensiones arenosas, partes en que abundaba el humus, lugares altos y secos. Variedad de terreno admirable para la visión urbanizadora de un espíritu como el de Racine, que había venido de Versailles. Tenía otras ventajas todavía. Del lado del Oeste estaba el Prado, el paseo más concurrido en aquella época; al Este se levantaba el Observatorio Municipal con la ayuda inapreciable de sus estudios meteorológicos.

En 1906 "ERASMO" visitó el jardín, en momentos en que no estaba Racine. Había ido a Buenos Aires en misión de intercambio con el jardín argentino que dirigía en ese momento el señor Thays. "Erasmo" elogió el rápido adelanto de la obra.

La flora indígena estaba admirablemente representada. El Iberá-Ró, de hoja colorada en la primavera; la caoba criolla, de rápido crecimiento y flores medicamentosas; el higuerón, decorativo como pocos, pero de malos instintos; el camboatá o sarandí colorado, soberbio y raro en la pompa de su follaje; el molle resinoso; el ceibo rosado y el colorado, legendario de nuestra tierra; el timbó, oreja de negro, cuya sombra es de égloga virgiliana; el quebracho, útil sobre todo en construcciones sólidas.

Una nueva visita permitió al señor Racine declarar a "Erasmo" que el jardín contaba ya con quinientos mil árboles en cultivos, la mayor parte en tierra y las demás en maceta. Ahora sí, había de todo. Tipas, jacarandáes, olmos, palmeras, castaños, robles, fresnos, acacias, álamos que fueron plantados por primera vez en el país, en la quinta de los olivos, en 1818, por el Padre Larrañaga. Y sobre todo pinos y eucaliptos que introdujo Tomkimson en 1853.

Todos esos ejemplares engrosaron paulatinamente en la arboleda de la ciudad, que había abusado del plátano, casi exclusivamente, variedad que el señor Racine entendía que debía sombrear todas las carreteras.

Con una gran batalla de flores inauguróse la Rosaleda en 1912. Don Carlos triunfaba. Entonces, como un estímulo, y cuando ya se acercaba a los sesenta años, se le separó de la Dirección de Paseos que era su obra casi exclusiva, y que había convertido en un legítimo orgullo para el Uruguay.

EL PARQUE NACIONAL DE CARRASCO

Así, despojado de su cargo técnico, como premio a su extraordinaria labor realizada, cumplió Racine los sesenta años. Y en ese momen-

to la sucesión de don Doroteo García donó al Estado una faja de arenales de trescientas cincuenta hectáreas, cruzadas por bañados e insalubres pantanos y tembladerales, con el Plata al Sur y el bañado de Carrasco al Norte. Y se pidió a Racine que lo transformara en un gran Parque Nacional. Y ese hombre extraordinario, no vaciló.

Al hombre nacido en 1859 en la Normandía, extraordinario en todo sentido, estando enfermo y amargado, se le dio ese páramo, para que lo convirtiera en lo que es hoy. Y para eso se le concedió veinte peones y un capataz...

Su reconocida capacidad técnica unida a una voluntad inquebrantable, realizaron el milagro prodigioso. Muy pronto su espíritu creador concibió el proyecto aprobado de inmediato, y sobre cuya base empezó la gigantesca lucha contra la naturaleza.

Las jornadas eran agobiadoras, ya que las arenas impulsadas por los fuertes vientos reinantes, cambiaban constantemente la topografía del terreno, tanto que con un intervalo de veinticuatro horas, el lugar que ocupaba un médano era sustituído por una laguna.

La desecación de los pantanos y trazados de caminos se hizo siempre con Racine en primer término, e infinidad de veces con el agua por encima del tobillo.

¡Y ese hombre era gotoso!... ¡Y era bronquítico crónico!...

Se comprenderá fácilmente las dificultades prácticas de la empresa, si se tiene en cuenta que el personal con que contaba no era todavía competente, y él lo formó. Sólo era digno el capataz Francisco Colombo que lo siguió desde el Prado.

El seis de setiembre Racine plantó con sus manos el primer árbol del futuro Parque, un eucalipto, para el que don Carlos tuvo siempre ternura de padre. Ultimamente lo recordamos en el Rotary con emoción, tributándole un aplauso a su hijo el doctor René Racine, que lo recibió como un homenaje póstumo y tardío al gran luchador que fue su padre. En ese momento no había un solo arbusto en la enorme extensión desolada. A los dos meses había plantados cincuenta y dos mil árboles...

Ya estaba en marcha el proyecto gigantesco. Luchando lo indecible contra los elementos se construyeron trece kilómetros de zanjas y canales para la desecación de las lagunas, hoy casi invisibles entre la exuberancia de la vegetación.

Así transformó Racine lo que tradicionalmente se llamaba Laguna Larga, en lo que él llamó pintorescamente "mi Holanda".

Extraordinariamente hermosa Holanda casera, con verdes de sauces y plateado de álamos dibujándose sobre la plata de los canales.

La lucha era diaria, contra la arena invasora que él fijaba por medio de plantaciones científicas; contra el terreno árido en muchos lugares; contra las sequías del verano y contra las inundaciones y contra el viento, ese aliento quemante del mar y contra el fuego.

Una vez —el viejo luchador lo recordaba con tristeza— murieron dos mil pinos, retorciéndose en convulsiones epilépticas, enrojecidos, ahogándose en humo y llama. El seguía la lucha. Así, del inmenso médano, surgió el Palmar.

Dos mil palmeras en enorme herradura nos llevó, en una de nuestras visitas, al recuerdo oriental de Lotí y de Farrère.

Bosques enteros, salpicando las arenas calcinantes. Selvas de robles, plantados y mantenidos en estado floreciente a pesar de las opiniones que se alzaron para advertir que el roble necesita el abrigo cálido y no la inclemencia del mar.

Montes de ceibos, arrojando manchas rojizas en extensión ondulante. Enorme variedad de eucaliptos y coníferas estratégicamente colocados para hacer resaltar sus características, forma, color, tamaño. Toda una obra titánica que trasunta la energía del luchador. Lo que Racine marcó en el plano, está en el terreno, realizado.

Una avenida de circunvalación de cincuenta metros de ancho por ocho mil cien de recorrido, un gran palmar de dos mil plantas, una avenida central e infinidad de caminos y junto al mar veinticuatro hectáreas destinadas a torneos atléticos o puerto de aviación.

Todo esto, disponiendo para adquisición de útiles, acarreos, compra de las plantas que no se producían en el vivero del parque, la suma de *cinco mil pesos anuales!!*

¿Y cuántos guardianes había para cuidar ese tesoro?

Ninguno.

El presupuesto nunca habló de guardianes...

*
* *

En la administración del Parque, en medio de tantos detalles decorativos, un gran cuadro dejaba ver la vigorosa cabeza de Clemenceau. ¿Templaba Racine su energía en la contemplación diaria del severo ros-

tro del Tigre? Es muy posible. Todo lleva allí la marca de una enérgica dirección. Racine volcó en su obra su corazón y su cerebro. Su corazón, que tanto sentimos junto a nosotros, en medio de las callejuelas aldeanas de lo que era entonces la Unión, en la que don Carlos Racine, fue una de las primeras figuras si no la primera de su tiempo.

DON SANTIAGO EL BUENO

EL año 1842 fue una alborada para los pueblos del Plata. Ese año llegó del Brasil el General José Garibaldi, acompañado de su fiel Anita, que debían casarse muy pronto en la iglesia de San Francisco. Poco después llegó a estas tierras un voluntario peninsular, que se unió a él llevado por su fama y su bondad.

Volvióse a Europa, después de haber sido un garibaldino de la legión italiana, y de haber combatido con la fe que dan las convicciones bien asentadas.

Regresó al hogar poco después de 1850, y se radicó en la Blanqueada, en la calle del General Artigas, exactamente donde ahora está la Escuela al Aire Libre, hoy 8 de Octubre entre Larrañaga y Abreu. Presenció pues, en 1858, un proceso extraño. Era un domingo de mañana cuando de pronto se notó inusitado movimiento en el lugar. Grupos de muchachos se dirigían apresuradamente en dirección al centro. Cercano ya se veía avanzar por el camino un grupo de jinetes. Grupo importante. Brillantes uniformes sobre pingos regios. Se cubrieron de mozas las rejas florecidas. Salieron a la calle las familias de los contornos, las de Reboledo, Buxareo, Becar, Davison, Pedemonte, Tajes. La comitiva avanzaba en zig-zag; se hundían en el lodo los caballos. Frente a la quinta de Peña los detuvo el pantano. Un tordillo negro encabezaba el grupo. Lo montaba un hombre joven, arrogante, correcto; treinta años a lo más. Fino látigo apretaba su puño enguantado. La mano de su corcel no alcanzó a chapotear en el pantano. Conociendo o previendo su hondura, su jinete lo guió hasta la vereda. Subió por ella y pretendió avanzar, esquivando así el obstáculo por la senda imprevista, abierta al conjuro de su voluntad. No pasó. Inesperadamente una dama acababa de tomar las riendas a su caballo.

Un duelo el diálogo corto.

—No esperaba, señor, que se cometiera el atropello de pasar por esta vereda, sin mi permiso.

—Se lo pido, señora, con todos los respetos.

—Tengo el gusto de negárselo, señor.

El personaje, que lo era, fijó su atención en el semblante enérgico de la dama. Insistió:

—Le ruego paso señora .

La voz correcta, recobraba ya un ligero acento de autoridad.

—Vamos al Colegio, señora. No llegaríamos dignamente si pasáramos por el pantano.

—Por mi vereda tampoco es posible.

Había soltado las riendas. Comprendía que su mirada y su voz eran la más segura manea para las manos del tordillo que espumada en el freno.

—Señora... —casi gritó el jinete de traje impecable. Soy el Ministro de las Carreras y voy al Colegio en representación del Superior Gobierno, a presidir un acto oficial.

Rápidamente, como si hubiera esperado estas palabras, halló respuesta la dama bravía, que no pensó posiblemente al salir del viejo maciso de su casa, ser la heroína de tan singular rebeldía.

—Con mayor razón le negaré el permiso, señor Ministro. El Gobierno es el culpable del estado de este camino.

La proverbial gentileza del doctor de las Carreras, su don de gentes, su diplomacia, le ganaron la turbia partida.

—Mañana mandaré componer el pantano, señora. Déjeme pasar por su vereda. A mi vuelta pasaremos por el pantano.

Una exquisita reverencia femenina. Saludando pasó la comitiva, esquivando el hondo charco, para sufrirlo enteramente a su vuelta.

El Ministro cumplió su palabra. Veinticuatro horas después de la incidencia, se descargó frente a la quinta de Peña, la tosca y el pedregullo con que las cuadrillas de peones saldarían la deuda contraída por el apuesto jinete que no quería enlodarse. Así se compuso por primera vez el camino que estaba casi frente a donde se construyó, a principios de siglo, el palacio de Rubio el más magnífico que ha habido en todo tiempo en la Unión.

Días después un grupo de vecinos del pueblo, la élite de la época, llegó hasta la casa de la señora María Serrudo de González, a testimoniarle su agradecimiento. Lo que ellos no habían conseguido después de inútiles pedidos, lo había obtenido ella por la energía de su actitud.

Formaban en el grupo don Tomás Fernández, don José Antonio Pedemonte, don Tomás Basañez, don Manuel Larravide y don Tomás Poggi Linares.

Este don Tomás Poggi fue el padre de don Santiago. No tardó en formar un hogar con su prima Blanca, los dos oriundos de La Liguria. El continuó labrando la tierra y formando una quinta de la cual hizo su medio de vida. El matrimonio tuvo cuatro hijos: María, que fue señora de Decia, Carlos bohemio y aventurero; y los mellizos Santiago y Catalina, que fue la señora de don Luis Schinca.

Lo que nos interesa es la vida ejemplar de don Santiago. Cuando terminó la edad escolar, el padre lo llevó a la tienda de don Pedro Staricco, que era su compatriota y a quien conocía de la península. Hasta el año 1884 fue su empleado y hacia el año anterior fue su gerente. En agosto de ese año adquirió la tienda de 18 de Julio hoy 8 de Octubre y Lindoro Forteza llamada hasta entonces General Flores. Hasta ese momento fue de don Angel Fernández. Don Santiago le puso a esta tienda el nombre de "La Unionera". En 1893 se trasladó a la esquina de 8 de Octubre y Larravide, a un edificio de su propiedad.

En los primeros años de su funcionamiento, la villa contaba tan sólo con cuatro comercios de ese ramo: "La Legalidad", de Salvador Rocca; "Del Romano", de Pedro Staricco; "La Estrella", de Francisco Brundi; y la "Tienda Sívori", de Juan Sívori.

Fueron colaboradores eficientes de don Santiago en aquella época, Leopoldo Bonci que lo acompañó treinta años en sus tareas, y después lo fueron en igual forma y por mucho tiempo Luis Lúgaro, Américo J. E. Decia, Francisco Bonino, que fueron más tarde comerciantes en actividad. Y Félix Schinca, Angel Cusano, Raúl Castro, Angel Testori, José Díaz y Enrique Maya y Silva que dejó la casa cuando se recibió de médico veterinario.

En 1920 expropió la propiedad el Banco de la República que desde entonces tiene allí su sucursal, siendo su primer gerente aquel noble señor llamado don Benito Señorans. El Banco pagó por el edificio veinte pesos el metro. Eso fue posible por un notable escrito del doctor Francisco Alberto Schinca. Si no el Banco hubiera pagado por el aforo de la propiedad, que estaba entonces en cinco mil pesos. El escrito de Schinca lo subió a dieciséis mil pesos. Fue la venta mejor de esa época, en que las casas no valían nada en la Unión.

Después de vender su casa, don Santiago reabrió "La Unionera" instalándose donde hoy está la Farmacia Paladino. En 1925 se trasladó a la esquina 8 de Octubre y Gobernador Viana, último local de la tienda de don Santiago que cerró a los pocos años, donde trabajó hasta el fin rodeado de sus hijos.

*

*   *

"El pasado es la ciudad muerta en la geografía de cada alma. En el andar de cada existencia que se aleja, como una desterrada, de los años ya vividos, todo aquel que recuerda, lleva alguna remembranza a guisa de una estatua, de un vaso antiguo o de cualquier otra reliquia de las horas desaparecidas. El recuerdo es la aurora en que florece la noche del pasado; y como ante la alborada salen de los nidos los pájaros campesinos, ante su claridad salen de su sombra secreta las imágenes de cosas y criaturas que ya no son del espacio de la vida".

Esta es la hermosa página de "La Esmeralda", que escribió el gran poeta Guzmán Papini, desaparecido hace dos años. Parece escrita para recordar a don Santiago Poggi, el hombre más bondadoso para los humildes que haya nacido en la villa de la Unión.

DON JUAN

HA demorado esta crónica sobre la vida de un justo. La deseábamos completa, mostrando todas las facetas de esta alma orientada siempre hacia el bien, y a la que nosotros, que no conocimos a don Juan profundamente, gustamos evocar en la actitud de un sembrador o de un evangelista.

—"Se familiarizó con el bien; llegó al heroísmo en la práctica de las virtudes humildes y prodigó a manos llenas la fundamental generosidad y el noble altruísmo de su espíritu".

Así resumió la vida de Raissignier, alguien que lo conoció en la profundidad de su humanismo: Francisco Alberto Schinca.

Señaló en el pórtico el pedido vecinal de una calle para su nombre, el pensamiento de Meterlink, "que nos habla del heroísmo cotidiano y anónimo, exaltándolo como una de las manifestaciones más subjetivas de la grandeza humana".

Justificaba con ese pensamiento, el homenaje "de los que convivieron con él, y sufrieron en una doble comunidad: la del dolor, que es patrimonio de todos los nacidos, y la de la esperanza, confortadora en los días mejores que vendrán".

* * *

La vida de don Juan Raissignier resume la historia de la comuna de la Unión. Muy joven ingresó al puesto de secretario de la Comisión Auxiliar, en el que después de casi cincuenta años, lo sorprendió la

muerte en 1919. Todas las épocas dejaron en él un recuerdo. Presidieron ese medio siglo de gestión en que esos hombres van turnándose en el esfuerzo.

Juan Francisco de los Santos crea el primer puesto de serenos de la localidad, y firma en 1870 con don Lorenzo Batlle el contrato que había de levantar los corrales de abasto en el antiguo camino de los Sierra. Manuel Solsona consigue instalar el alumbrado a gas sobre 18 de Julio. Juan Manuel de la Sierra abre hasta Goes la calle de la Industria, y Pablo Amaya hasta Progreso la del Asilo. Se instala luego la primera clínica gratuita de la Villa.

Es un torneo. Alberto Giménez abre pozos y entierra en ellos los primeros árboles de la plaza, mientras José L. Bruné exige y consigue respeto hacia la comuna, de parte de la Dirección de Salubridad que hasta entonces parece no haber visto en la misma más que una corporación de siervos. Juan José Debali reivindica para la plaza del pueblo el nombre de César Díaz, mientras espera un cuarto de siglo su creación del parque. Llega luego Andrés Crovetto, magnífico clínico de la época, Ramón Mora Magariños y José Nicanor Risso. Con éste desaparece la Comisión Auxiliar. Es el año 1919 y como si la Comisión explicara su vida, con ella muere Raissignier, a mediados del año.

Muere en su puesto de secretario, del que nunca salió, porque para él no hubo jamás un ascenso. No habría de haber tampoco jubilación. Podría pensarse que don Juan no ascendió nunca por falta de méritos. No. Su foja de servicios no tiene un sumario, ni conoce el agravio de una observación. Una vez solamente su irresistible inclinación al bien, le causó una seria molestia en su empleo.

Era jefe del Cementerio del Cementerio del Buceo el señor Cornelio Cantera, singular espíritu, tan unido al del talentoso naturalista Arechavaleta.

Una llamada urgente de Cantera a Raissignier: "Preséntese en el acto a aclarar un asunto que afecta su buen nombre de funcionario.

Tranquilo, ensilla don Juan el moro "Recuerdo" y se presenta ante el jefe.

Cantera lo recibe severo. Se ha producido una seria irregularidad. Acaba de llegar al cementerio un cortejo lujoso.

Cuatro caballos tiran del coche fúnebre; hay tres berlinas de duelo; se cuentan por docenas las coronas.

Don Juan no alcanza el sentido de esa enumeración.

El jefe del cementerio explica: para burlar al Estado de los de-

rechos que cobra por el luto de las inhumaciones, esa gente ha gestionado carta de pobre!...

Y la ha obtenido... Allí está. Luce al pie una firma. Y esa firma —dice Cantera con indignación— es la suya.

Don Juan comprende al fin. Más que un engaño a su buena fé, eso es un agravio a su corazón. No conocía casi a esa gente que ha sido capaz, por unos pesos, de comprometer su buen nombre de funcionario. Lo que canallescamente otros quisieron eludir, don Juan lo pagó de su flaco bolsillo. Sin una queja para los impostores volvió a su hogar. No traía rencor. Solamente —él lo dijo después— "un poco de tristeza...".

*

* *

Nosotros conocemos recién, después de haberlo ignorado 28 años, otro gesto de don Juan, en que tampoco procedió con la inflexibilidad que exigía su cargo.

Había muerto en 5 de Marzo de 1912 uno de los vecinos más honorables del pueblo. Por honrado, por bondadoso y por justo, dejaba a su familia, el único patrimonio de su nombre.

Los hijos chicos; la humilde casa hipotecada. Había en el despacho de don Juan, un montón de recibos de impuestos no satisfechos. Uno de los hijos del vecino fallecido concurrió al despacho de Raissignier. Iba a pedir se les concediera el pago en cuotas. No podrían pagar de otro modo. Recién entonces don Juan se enteró del nombre de la familia deudora. Pocas palabras tuvo. Su comprensión apenas le dictó éstas: "Tenía que morir pobre!... Qué hombre bueno, inteligente y noble!..." Sin prisa sacó luego del viejo cajón, el montón de recibos. Luego dejó caer estas palabras: "Qué hermoso legado les deja a ustedes que llevarán su nombre.

Las quince boletas estaban sobre el escritorio. Don Juan continuaba callado, con la mirada lejana, el noble pensamiento en acecho. De pronto tomó uno de los recibos y lo rompió. Luego otro. Y otro. Cayeron todas las boletas anuladas y don Juan tendió la mano al hijo: "No se atrasen más. No podría defenderlos".

Así se saldó esa deuda.

La que no se ha saldado es la de *nuestra* gratitud.

*

* *

Si esa era la bondad de don Juan, ésta era su honradez. Se presentó un día en la Tesorería Municipal. Se le hizo un pago y se habían equivocado. Raissignier pagaba las planillas del pueblo y manejaba cantidades apreciables.

El empleado que lo atendía negó rotundamente el error.

—"Sí señor. Se han equivocado conmigo. Me ha entregado usted en el pago último... quinientos pesos de más...".

Desorbitáronse los ojos del empleado. Se hizo un arqueo. Era exacto. Faltaban $ 500.

Don Juan no dió importancia al asunto. No lo hubiéramos conocido si el libro de actas de la J.E.A. que se conserva en el archivo, no hubiera abierto abierto sus páginas para nosotros. Esta anécdota no es única. Remontémonos a la época en que la gente hacía depósitos en manos amigas sin comprobantes.

Murió en el Manga el señor Baramendy vasco muy conocido en la Unión. La noche del velorio concurrió Raissignier a la casa mortuoria. Se le recibió con el afecto de siempre por parte de los familiares que conocían el alto grado de amistad que lo había unido al extinto.

El asombro del hijo mayor, llamado aparte por don Juan fue enorme. Ellos no sabían que su padre había depositado en sus manos cuatro mil pesos. Era lo que en esas tristes circunstancias venía a devolverle. Y el hijo de Baramendy, hoy vecino de Toledo ,nos hacía notar que lo que más recordaba desde entonces del noble gesto, era la voz sin jactancia de don Juan, aquella voz grave que no se permitía la menor emoción...

Era colorado. Y en la noche trágica del 11 de Octubre, en que la sangre del doctor Pérez manchó el piso del tercer cuarto del Cuartel en la calle Porvenir y la de Adramantino Fernández y los Cordones padre e hijo regaron las calles de la Unión, salvó a dos amigos blancos, Cavia y Elostegui de una muerte segura. No solamente les envió el aviso salvador: sus caballos, el moro "Recuerdo" y el malacara "Gaucho" los dejó esa noche a salvo, en un rancho del Cerrito.

No se fijaba este hombre si el que le solicitaba el bien era digno de recibirlo. Cuando S. después de traicionarlo necesitó su ayuda, la obtuvo. Fue con su dinero que lo llevó Lepra, en un viejo coche hacia el temible Lazareto de aquellos tiempos.

* *
*

Pocos lo saben. Pero don Juan abría su comedor para los ancianos pobres.

¿Lo supo Batlle? Nosotros mismos lo ignoramos. Lo cierto es que un día bajó don José Batlle y Ordóñez de su carruaje y penetró en la casa de Raissignier. Desde hacía mucho tiempo recibía al pasar por nuestra avenida rumbo a Piedras Blancas, el homenaje de don Juan y otros vecinos, que se honraban esperando su paso, en el mediodía, ofreciéndole desde la puerta un saludo respetuoso. Lo contestaba Batlle, tomando el de Raissignier, no como una cortesanía, sino como inteligente y noble adhesión. Poco a poco fueron sumándose los admiradores. Batlle recibía al pasar por ese rincón del pueblo que fundara Oribe, una diaria ovación del creciente número de amigos que rodeaba la patriarcal figura de don Juan Raissignier.

Un buen día, ante el asombro del grupo fiel, paró el carruaje frente a la vieja casona que había sido de don Julio Corta, y antes todavía de don Francisco Xavier de Acha. Batlle bajó pesadamente y entró en la casa. En el patio, el arriate con el naranjo, y el pozo de balde con azulejos.

Junto a él, el galpón donde Acha componía "El Molinillo", y que se conserva todavía en la Tienda Badano.

Los que presenciaron la escena recuerdan los detalles. El visitante no esperado, explicó el motivo de su llegada. Deseaba conocer al dueño de casa. Se había informado sobre la identidad del consecuente admirador. Quería saludar en él al "Padre de los pobres" de la Unión.

La grande, accesible y bondadosa alma de Batlle, había comprendido la grandeza de alma de Raissignier.

LUCIANO

PINTORESCAS las mudanzas de los alrededores de la Unión de fines de siglo. A parihuela las cumplían los humildes. Uno de los decanos del sistema era un moreno, fino, anguloso, un halo en sus ojos descoloridos; popular su figura casi centenaria. Encuadraba su cara la barba blanca; a lo largo del cuerpo colgaba vacía la manga izquierda. El brazo lo habían enterrado un día de 1865, con otros despojos heroicos, en la Paysandú de la leyenda. Se lo amputó un sablazo, o un tiro de cañón. Que también se dijo que una bala brasileña le había birlado el brazo al manco Fonseca. Era, de cualquier manera, un mutilado glorioso y cobraba su pensión de inválido.

En 1901 el manco Luis perdió su nombre. Se convirtió de pronto, y eso hasta que Lepra ensilló una yunta negra, en el padre de Luciano. Este detalle nos dirá mejor que las palabras qué rol debió jugar Luciano en la orilla del pueblo. Del pueblo de la Unión; de vida tan propia y tan típica, como para que no se le haya confundido nunca, con ninguno de los pueblos vecinos de la capital.

*
* *

El salón del pardo Luciano Fonseca era conocido en muchas leguas a la redonda. La finca estaba ubicada en Plata y Nueva Palmira. Había pertenecido al codificador don Joaquín Requena esa faja de tierra, incrustada como una cuña entre las antiguas chacras de Manuel González y de Antonio Baraldo, adquirida la primera a don Manuel Solonaa en 1886.

Los sábados y domingos abría sus puertas la academia y entraba por ella la bravía clientela. Bartolo era el portero, portería escapada a un fresco de Goya. No vendía entradas; cobraba en la mano los veinte centésimos, sin tarjeta. Sólo los hombres pagaban sin excepción. Bartolo traducía su satisfacción con un gruñido. Se le podía arrancar con habilidad alguna palabra. Nunca una sonrisa. Las parejas dejaban atrás al cancerbero y penetraban en el salón. En los ángulos dos biombos. En uno se revisaba a los hombres; en el otro se palpaba de armas a las mujeres. Desempeñaba Matilde la última tarea, especialista como era en el tacto rápido y exacto de las ligas de las ninfas. Este inocente relato no debe hacer pensar al lector sobre la posible condición equívoca de la concurrencia femenina. La gente de los comisarios Márquez, Aguiar, Platero y Maya tuvieron que ver alguna vez con ellas. Pero en los pergaminos de este salón famoso no hay ni el rasguño de una puñalada. Por otra parte siempre fue negativa la revisión de armas. Es posible que esto se deba a que pocas puertas más allá del salón, se ahuecaba la cálida y perfumada guarida de la *turca*. Caían en sus armarios los puñales y las pistolas, y eran retirados después del baile, sin que jamás se perdiera un arma. Ni ladrones ni asesinos entre la clientela de Luciano. Lo recalcaba él orgulloso. Hubo sí, en su casa, entreveros y trifulcas terribles. Pero no se clausuró el salón nunca ni se canceló un permiso. Hay que decirlo de una vez. No sólo había siete cuadras entre el salón de Luciano y el Puerto Rico. En éste campaba el hampa.

*
* *

Con un pequeño cisne corregían las damas algún defecto de su empolvado: disimulaban la pequeña cicatriz de arma blanca y se retiraban luego hacia el salón, satisfechas por la respuesta del pedazo de espejo de la pared del sur. Ellos estiraban su bigote y estilizaban su jopo.

Religiosamente hacía entrada la orquesta, a las once, apenas terbinada la lotería previa. Sólo quedaban fuera los desheredados, agrupados junto al mostrador de don Juan Debernardis, en la esquina de Figueroa.

Los felices abrían el baile con una cuadrilla. Se turnaban luego la cuadrilla y el milongón hasta la madrugada. Desde lejos llegaban los bailarines de fama. Se bailaba por el placer íntimo de la danza, pero se organizaba concursos bastante a menudo. Por el honor. Cuando el negro Maciel traía un *tapado,* lo echaba a la rueda con el mismo ademán imperioso y seguro con que por la tarde había arrojado al reñidero un *giro* de Minas.

Tenía un animador el baile. Era Arturo, apodado *Cerrazón,* negro conocidísimo en el pueblo, criado en lo de Amaya y en lo de Horne, siempre disfrazado de negro, dejándose el traje y la pintura durante un mes, ordeñando así la vaca en las mañanas, y llevando a Lito y a Pancho al colegio de la tarde, hasta que inevitablemente, llegaba el mes de Abril, plantaba la colocación y se enrolaba como guardia civil del coronel Viscayar.

Sin contaminarse desfiló por el salón de Luciano la juventud de varias generaciones de nuestro pueblo. Fueron hasta él alguna vez por lo menos, distinguidos elementos de la sociedad local, graves modelos de corrección. Una noche con asombro general, llegó al baile una delegación de la Comisión Auxiliar de la Villa. Don Samuel, don Leopoldo, don Juan, don Casto, don Antonio M., don Francisco. La comuna daba una subvención de treintas pesos al baile de la orilla, y el grupo iba a hacer efectiva la entrega, y a conocer el ambiente. El orgullo invadió a la reunión. Pero pronto la delegación se sintió molestada. Se les obligaba a ser jurados de concurso de esa noche. No fallaron. Las caras no tranquilizaban a nadie. Preferían volver el sábado siguiente... La importancia del fallo exigía esa demora lamentable... Ganaron así la puerta. La puerta, por la que no entrarían más, por los siglos de los siglos...

•

• •

Wilfrido y Martín compitieron una noche en concurso, cada uno con su pareja. Rompió Martín el fuego, en medio de un apretado círculo si-

lencioso. Se enlazaron los cuerpos hasta confundirse en un trompo solo. Les concedía el juez, un pequeño espacio del que no debían salir. Cabrían en él nueve baldosas grandes. Merecieron un cronista de gacho requintado, las maravillas derrochadas en quince minutos del duelo singular.

Un afiligranado derroche de taco, quebrada, punta y cadera. Sobre el talle se crispaba la mano, y el gesto del hombre se endurecía. Bebían los testigos la emoción de la escena. Se quejaba el acordeón y se abrían un camino hasta los naranjales de Risso los sollozos de las guitarras. Tentaba el premio, una fina hoja que Debernardis exhibía desde la mañana. Después de la labor estupenda, el juez, temeroso decidió que un sol o número ahorrara una posible injusticia.

Sobre la palma rugosa de Luciano cayeron las miradas. Un grito... Ganó Martín... Resbaló entonces el puñal hasta su mano sudorosa... Cayó también sobre ella la mano ruda del perdedor. Su apretón fue un noble zarpazo que la concurrencia apreció, aplaudiendo. Las palabras de Wilfrido se elevaron sobre los gritos: "Ganaste bien, hermano". Pero la gente no veía más que a Martín. Casi con delicadeza había levantado apenas la falda de su dama. Así, a la vista del gentío la condecoró, envainando en la liga, la hoja del puñal conquistado en común.

El hombre inteligente y culto que presenció hace cincuenta años la escena, nos confesaba hace poco que en ese ambiente le chocó esa nobleza. Esos hombres merecían otro escenario. El alma de la gran raza gaucha les dictaba actitudes que tal vez no comprendieron del todo los malevos presentes.

*

* *

A veces llegaba al baile un hombre morocho, rostro fino picado de viruelas; musculoso pero ágil. Paso elástico de parejero a punto. Vestía de gala *rea*. Pañuelo blanco, traje negro, zapatillas blancas, gacho oscuro, doblada el ala corta sobre la sien izquierda. En el brazo un ponchito, que usaba no como abrigo, sino como broquel. Sería en la topada sangrienta, el escudo donde había de morder primero la daga del contrario. La suya, de mango de plata asomada siempre a la manga del chaleco, pronta al relámpago, no entraba con él. La *turca* la mimaba, guardada sola debajo de su almohada, hasta la salida.

Era el *guapo*. Pero un guapo auténtico. De una guapeza sin neurosis, hecha de desprecio a la vida o de temor a no ser macho...

Para comprender a Pedro Barca hay que recordar bien la época bravía. Los deportes de de entonces eran una revolución, el cobro de una ofensa, un duelo criollo, el rescate de una hembra.

Guapo de hombros cuadrados, de pecho saliente, como sin temor a una punta. Debía descender de un pardo tipo Aparicio, o de un primitivo molde Goyo Geta.

*

* *

A las tres cesaba la danza; la hambruna de los músicos decretaba el descanso. Eran tres o cuatro los músicos, Bachicha y Horacio Torres guitarreros; Ataliva Galup al violín; Huesito al armoniun; el negro Benjamín al acordeón...

Les acercaban a un ángulo de la pieza, junto a los cortinados de puntilla recogidos con moños de coco, una mesa pequeña. Devoraban en silencio la alta costilla que llenaba el plato, el par de huevos fritos y el pan, con cuyo último trozo limpiaban el plato, mientras resbalaba el carlón dejando un surco en la barba de cuatro días y el dorso de la mano lo nivelaba... Desaparecía la mesa, se empuñaba otra vez con nuevos bríos los instrumentos y el baile culminaba. A no ser por el mondadientes que asomaba a los músicos por un rincón del labio, nadie hubiera creído que ya fueran las tres...

*

* *

No era Luciano un caudillo político. Pero la necesidad "destar bien con la autoridá", lo llevaba a reunir, en vísperas electorales, 30 ó 40 balotas que depositaba luego en manos del comisario. Era una manera de cumplir los consejos del viejo Viscacha. Cuando don Antonio tuvo la malvada ocurrencia de pensar que Luciano debía pagar cuarenta pesos como patente de un baile público, el pardo se asombró: "Pero éste es un Centro Social, don..."

Insistió el rígido representante de Impuestos Directos.

"¿No ve?"... explicaba Luciano y mostraba la lista de *socios.*

Era cierto... Toda la aristocracia de la orilla figuraba en los registros: *Pulguita, la pecosa, Mañito, el zorro, el macaco, la Lila.* La primera vez que vió el registro don Antonio se enfureció, y arrastró a Luciano ante don Eduardo, el juez. Perplejo oyó éste la palabra del pardo, aprendida de boca de algún ave negra local: "Insolvente". Se le mandó cerrar el salón. Pero las muchas órdenes de desalojo no se cumplieron nunca. El montón de balotas que Luciano llevaba a la policía en la primera quincena de Noviembre, abría las puertas, sobre todo las de la academia de la calle Plata. Eran una fuerza, fuerza que se hacía centrífuga cuando llegaba hasta el umbral con los recibos de alquiler

Tomás, el hijo del dueño de la casa que oía por fin: "Tomás, vos sos bueno"... Y como para demostrar que no era malo, volvía Tomás a la casa paterna, jugando con el montoncito de recibos atrasados...

*

* *

En su academia contempló una vez Luciano la escena extraña. Un cabo de artillería entró al salón una noche con aire sombrío. Por el extremo de la bota algo que podía creerse fuera el mango de un látigo.

No era eso. Un punzón con mango de madera. Lo puso al fuego. Cuando el metal llegado al rojo blanco, lo tomó por el mango protector y saltó al salón.

La mujer vió la barra y la cara del hombre, gritó espantada, y pretendió huir. Las dos puertas vieron escapar en segundos a la alegre reunión. Quedaron la orquesta en un ángulo, Luciano en el otro, la mujer en el centro. Ramuncho la había apresado por la muñeca, mientras esgrimía el hierro con la mano libre.

La mujer cerró los ojos. Pero no llegó el golpe. La voz ronca se elevó apenas en una orden breve al ángulo:

—¡Toquen!

Cuando subían ya las primeras notas de un milongón, la mujer abrió sin prisa los párpados azulados. El la soltó violentamente rechazándola.

—¡Bailá!—, dijo secamente. La voz era cortante, recontrada.

La Carlota no distinguía en su espanto más que una garra crispada sobre una punta roja.

Comenzó a bailar.

En la calle la multitud se agrupaba en los huecos. Hasta el mujerío guardaba un raro y pesado silencio.

Se dijera un ensayo. La mujer danzaba con la cara contraída por el terror. En un momento dado llegó junto a su hombre. Era una hermosa muchacha, morena, bien formada y casi elegante. Vivía con Ramuncho desde Masoller que lo devolviera con una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda, que no lo afeaba y que, por el contrario, había contribuído a la conquista de la hermosa. Ni una nube, hasta el momento que a ella se le ocurrió conocer esa noche la academia, mientras Ramuncho cumplía su guardia en el cuartel cercano. Ahora lo veía junto a sí, pero su rostro la espantaba.

¿Pensó de pronto que aún podía atraerlo? La danza traducía un pensamiento hondo y él la quería. Llegó la mujer hasta casi tocarlo. La música se hacía lenta, y ella aprovechó para sonreirle.

De un brusco manotazo el soldado le arrancó la blusa. Saltó ella hasta el rincón, sorprendida, en un silencio en el que no encontró valor para gritar su miedo.

Avanzó él un paso, uno solo, y repitió en voz baja la orden: —¡Bailá!

No podía apartar los ojos de la barra.

Cuando muchacha había ayudado a su padre en la herrería de la Curva. Valoraba los cambios de color en el hierro candente. El punzón había dejado escapar al principio algunas chispas, y virado luego al rojo crudo, al cerezo, al azul, y al negro. No humeaba pero ella sabía bien que aquello era terrible aún.

Siguió bailando. La camisa escotada se había corrido sobre el hombro, y el seno mostraba apenas el pequeño punzón oscuro.

Un segundo manotazo del bruto arrancó su camisa a la bailarina.

Ella era una perdida, pero al sentirse desnuda, cerró los brazos sobre el pecho, y entornó los ojos. Siguió bailando. No era Salomé conquistando la cabeza del Bautista y trastornando al tetrarca. Era una pobre mujer de la orilla del pueblo, Carlota, defendiendo su vida.

Siguió bailando y a cada manotón del bruto caía una nueva prenda íntima. Había ella desprendido sus trenzas, y la cascada oscura enmarcaba su rostro angustiado y protegía el seno indefenso.

Luciano desde su rincón, miraba. Lo invadía poco a poco un sentimiento nuevo, que él mismo no podía definir como un matiz raro de la piedad. Calló la orquesta de pronto. La mujer estaba en el centro de la pieza, inmóvil y desnuda. Ramuncho tiró el punzón vistiéndola con una palabrota:

—"¡Perra!..."

Y salió.

La escena había durado escasos minutos.

Luciano cerró las puertas, corrió a la pieza contigua, su dormitorio, donde podía verse un gran retrato de Aparicio Saravia, y regresó en seguida.

La Carlota seguía de pie. Sollozaba muy por lo bajo. El la cubrió con el abrigo grueso. Era un capote. El mismo que lo había acompañado tantos años, cuando era sargento de la policía de Minas.

*

* *

Cerró sus puertas la academia de la calle Plata en 1919. Luciano se encontró entonces como descentrado. Había sido cochero de algunas familias antiguas de la Unión, de la de Morteiro, entre otras ,que guardó siempre como reliquia el viejo coche de uno de los viejos guerreros del Cerrito. Después había entrado a regentear su salón. Su salón que fue realmente, el precursor del cabaret. En él ejerció Luciano, singular tipo de hombre, una autoridad que nadie osó discutir. Impresionaba su sesiedad. Correcto como siempre era parco en palabras. Sus órdenes no se pesaban ni se discutían. Se cumplían simplemente. Es posible que haya existido en él, bajo su severo gesto antiguo, la pasta de un caudillo. Luciano fue un caso curioso de autoridad indiscutida en el ambiente bajo en que actuó. Tenía fama de guapo. Pero ningún compadre se atrevió a poner a prueba la legitimidad de esa fama. Su hombría era un axioma. Por eso, sin alardes de guapeza, supo mantener inalterable, a través de los años, esa autoridad suya, tan característica, y que él se esforzaba siempre en disimular.

Después de estas anotaciones al carácter de este hombre, no se asombrará nadie si le decimos que la juventud de la Unión de todos los tiempos, aún la culta, la que iba de paso al salón en su afán de cosas desconocidas, distinguió a Luciano con una simpatía casi afectuosa. Se explica, pues, el dolor de las orillas, cuando el pardo Luciano Fonseca, obligado por los nuevos tiempos, arrancó el farol de la puerta, y se fue.

Se fue hacia el este. La civilización lo arrastraba.

Abrió una fonda frente al Parque Rivera, y arrojó en ella los ahorros de su fiesta galante. Vegetó unos años y pareció amoldarse al fin a su nueva vida. Pasaría una vejez tranquila, aburguesada. No. Lo mordió la uremia. Nos llamó una tarde de 1932. Había mirado por primera vez sus piernas y en el edema de la tibia quedaba la marca de su dedo grueso y moreno.

Le ocultamos el sombrío pronóstico. Estaba solo en la vida, y nadie nos acompañó hasta la verja con una pregunta ansiosa. Aceptó sin quejarse, el único bien que la vida podía ofrecerle. Una cama en el Hospital Pasteur.

Poco después murió.

Acompañamos su cuerpo al camposanto. Tres coches. En el de los dolientes, donde se nos concedió un sitio iba una mujer. Era la Carlota.

EL ALMACEN DE CUFRE

CUENTA Brousson que en sus diarias caminatas por los adoquines del viejo París, encontrándose una noche France y Jules Soury que comulgaban en los mismos altares: los de la tradición.

Al separarse Soury se confesaba entre lágrimas:

—"Me he pasado la vida arrancando las flores del lindo rosal de las leyendas. Soy un miserable! Ahora tengo sed de lo legendario, y lo científico me da náuseas. La ciencia, cualquier pedante puede fabricarla mientras que la floración de las leyendas es milagrosa. Nacer sin que uno sepa como del grano llevado por el pájaro para florecer en el frontón de un templo!"

Y el anciano gemía, reconfortado ahora ante la aprobación de France:

—"Dadme leyendas, por piedad! Leyendas! Leyendas! Tengo sed de leyendas!..."

*

* *

Yo también la padezco toda vez que consigo olvidar un tanto la historia...

Por eso vuelvo ahora a envolverme en la atmósfera del viejo almacén de Cufré, donde en 1883 inició su comercio don Rafael para descansar recién cuando lo cercaba el sepulcro. Sesenta años, al fin de los que empezó un día a visitar sus más antiguos clientes, para despedirse de ellos, al revés de los duelos que antes agradecían los dolientes con una tarjeta en la puerta del templo. Porque un duelo constituyó el cierre del "1.er almacén de los amigos".

En los últimos tiempos la gente concurría allí no a comprar, sino a empaparse del pasado. La esquina donde se alzaba era el sitio donde la tradición se había refugiado, como si buscara el calor del hornillo con que el anciano se defendía de los inviernos. Pasaba por allí todo lo que había sido y ya no era: el descalzo pie de Máximo, la oxidada sonrisa de Tomasita, el dolor de Martín.

Detrás del mismo mostrador de madera dura se mantuvo sesenta años el hombre a quien vi envejecer, mientras yo mismo me endurecía. El sabía bien qué hombres había hecho nacer la Villa: Eduardo Acevedo Díaz, José Irureta Goyena, Agustín de Vedia, José Romeu, Pancho Tajes el fusilado en Quinteros, Francisco Alberto Schinca, Alberto Scal-

tritti, Regino Olivera, el doctor César Díaz que vino al mundo en la casa que estoy escribiendo esta crónica.

Sesenta años son muchos, pero don Rafael no se sintió nunca fatigado de su clientela. Yo conocí bien la de principios de siglo, cuyos muchachos tenían todos cara de viejos y pedían cosas inverosímiles: cascarilla, chuflas, velas, algarrobas, orozú de palo, mazos de "Grimaud" para el gofo, o "Ciervo" para el monte, tabaco suelto, en hebra, o en cuerda que se picaba con navaja y se estiraba en la palma...

Parecía que fueran los mismos que rodeaban el matadero para lograr achuras en el corral de piedra de la cuchilla, donde el bearnés Legrís faenaba para la tropa federal.

Cuando hace veinte años rebautizaron la calle que hoy se llama "General Félix Laborde", me recordó Cufré que desde 1867 era la calle "Plata" .Yo le apunté que fue "Pantanoso" desde 1849, "Reconquista" desde 1846, y que los primeros hombres del Sitio la conocían como "callecita de la luna..."

Ante mi erudición se arquearon las cejas de don Rafael, comparables a las de Cassoni, o a las de Leonardo... Se le hubiesen caído de haberle dado todo lo que sabía de esa esquina entre cuyos muros se encerró el "Almacén del Sol", frente al cual, el 7 de marzo de 1848, se fusiló en efigie al doctor Florencio Varela. Le adelanté que la muestra era un sol que cubría la pared, desapareciendo bajo las riendas y cabezadas, guitarras y ponchos, suecos con suela de sauce, que en atrevido vanguardismo Caballero colgaba del muro, todas las mañanas, silbando...

—"El también?", me preguntó, satisfecho de haber seguido, inconscientemente, la tradición. Porque a la lista de don Prudencio, él agregaba nuevos adornos que realzaban el muro heroico: mates atados entre sí, por miedo a los ladrones, mandolines, pantallas hechas con hojas de palma arrancadas junto a la tahona de Sico.

El negocio no tenía vidrieras y el ingenio del dueño debía suplirlas. Exhibía pues, no sólo en el muro sino en el techo y en los arcos que separaban las piezas, jaulas, molinillos, artículos sanitarios que sonrojaban a las damas que distraídamente miraban hacia arriba...

Bertolini sacudía los *altos* con una larga vara en cuya punta unía las plumas que en verano arrancaban a los alones de "Espartero".

Espartero era un avestruz que habían amaestrado desde charabón para vigilar los billares, en los que, al principio, se cobraba "según la gentita". Servía también de pizarra, pues los contrarios contaban de memoria las carambolas que llegadas a veinticinco hacían una raya. Y

una raya era un aro metálico azul o colorado, al pescuezo de Espartero. El perdedor pagaba o no, pues cuando la carga excitaba a la pizarra, ganaba ésta a buen tranco la callecita que fue de la luna, para detenerse, temerosa, en los bañados de Malladoc, en cuyas verdosas aguas reflejábase, en las noches de luna, la sombra de la plaza de toros.

*
* *

Muchas veces le dimos ocasión a nuestro amigo para dejar fluir sus recuerdos. Sólo cuando lo dominó una emoción sabía reconcentrarse, enmudeciendo. Así, cuando dosificando para Emilio los cinco kilos de azúcar que "mi santo" transformaba en jarabe, podía *sentirse* cómo ponía el alma en la pesada, por el temblor de las cejas y la crispación del pelo que conservó a lo Humberto desde la guerra de Abisinia. O cuando el tambero Moreira venía a gustar su vino catado siempre de sobremesa .Para el español era un rito. Lo terminaba por un zapateo de zuecos y un intraducible chasquido de lengua, y entonces había que ser lince para percibir el efecto que le producía la pose a don Rafael que lo vigilaba impúnemente. De no contenerse, se concedía unos segundos en la trastienda, pieza de cuatro por cuatro que no tenía dos baldosas iguales, y a la que prohibió siempre la entrada "por los perros, que son peligrosos"... Lo que guardaba la trastienda, en realidad, era el globo de la lotería de cartones, a la que Moreira concurrió sólo una vez porque "se daba demasiada confianza a la clientela y no se revisaba los cartones". El hecho no era exacto. Quien cantaba era el negro Garrido, y éste exageraba la fiscalización.

Mientras don Rafael seguía diariamente su guardia de diez y ocho horas, con su túnica corta y la alegría de un corazón sencillo.

De cuando en vez esa serenidad se derrumbaba, como cuando sintió el disparo con que en el cuartel ultimaron al doctor Pantaleón Pérez, o cuando temió por la suerte de su amigo Isasmendi, en la madrugada del 4 de julio.

Vida noble y sencilla, sin choques emocionales, porque apenas podía molestarlo Eduardo Schinca cuando pretendió franquear una carta en la tardecita, "sabiendo, el muy granuja, que me comprometía" .Porque él era buzonero y se guiaba por la ordenanza del 86, que no le permitía vender estampillas después de la puesta del sol...

Ni José Pedro, que vino una mañana a comprarle elástico para su onda.

—"Trajo permiso escrito de su padre, m'hijo?"

Claro que no lo había traído.

Y don Rafael, al contar el atrevimiento del futuro padre de "Ni vencidos ni vencedores", agregaba, crecido:

—"No le vendí nada".

Una aclaración, para los que no sean del pueblo. A José Pedro y a Gladis le nació el último 8 de Octubre un muchacho y a "Gastón" le pareció que habiendo nacido ese día, en la Unión, ese mozo no podía llamarse sino de una manera. Los padres, sin ninguna cultura histórica, le pusieron Miguel Angel. Desde entonces "Gastón" no los saluda, y cuando se refiere al hijo de los que fueron sus amigos los llama "Ni vencidos ni vencedores"...

*

* *

Así era este hombre recto hasta la exageración, tanto que caía a menudo en lo pintoresco. Recuérdese los incidentes previos al noviazgo:

El año 90 había conocido a una linda moza en la Blanqueada, a la que no encontró más que un pequeño defecto: su abuelo, magnífico artesano de la Restauración en el ramo de herrería, y un verdadero Otelo para su nieta. Bidondo vivía en la calle Real, frente a la pulpería de Chichón, junto a los ombúes de doña Mercedes y al consultorio que acababa de abrir allí el doctor Américo Ricaldoni.

¿Cómo civilizarlo?

—"Le encargué seis frenos, m'hijo, y don Fermín me los hizo... pero reforzados..."

Y agregaba, mientras le brillaban los ojos: "Cada uno pesaba como un caballo. Eran de aquel fierro de 3/8 pulgada..."

Con ellos dentro de la carreta de Preliasco, boyero lírico que adornaba sus animales con gajos de enredaderas, volvió don Rafael a su esquina, los colgó del techo, y allí quedaron cincuenta años, pues pudo deshacerse de a poco de todo lo que había almacenado en vida: molinillos de estilo, trampas de cotorra con el piso ondulado, fuentes de cuartel, barras de azufre casero de las que lo surtía el poeta local Agustín Anza, legítimas cuentas romanas de guitarra, botellas de Pernot de las que me aseguró una noche Airaldi :"Una de ellas pude saborearla antes que el hígado me traicionara."

Pero los seis frenos que le abrieron los brazos del abuelo, en el techo quedaron hasta el duelo de la última venta...

Eso lo supe por él, y doy fe de mis recuerdos.

Para que me trasmitiera la historia de su casa, le ofrecí una noche mi pobre conocimiento. El vivía en la centenaria pulpería que se llamó "Del

Sol" en la Guerra Grande. Entre sus gruesos muros tomaron desde el 43 su caña y su carlón los soldados de Oribe, que lanzaban al viento su grito de muerte y federalismo contagioso. Al lado, en el "Café de los federales" jugaron muchas partidas de truco, como pareja insuperable, Trápani y Lavalleja, y peleó veinte veces Ignacio Oribe su gallo "El gaviota", al que retiraron invicto de los reñideros de extramuros. Pero él no ignoraba su continuidad. Después de algunos años, entre esas paredes donde podía verse todavía, como insignias del pasado palampalanes y culantrillos, se refugió el "almacén de los catalanes", y luego el del "Cerro Largo", así llamado porque uno de sus dueños, Olivé, era de Melo, y de allí venía también el otro, Francisco Vilaró. El, recién en 1883 entró como dependiente de Rafael Alvarez, luego fue su socio, por fin su sucesor, y entonces le puso al negocio. "1.er. almacén de los amigos", con un letrero que ocupaba todo lo alto del frente, y en el que los palos de la N y de la S estaban al revés...

Lo hizo para que no lo confundieran con el homónimo de Bruzzoni, un buen hombre, que se levantaba a las siete. El, abría con el alba, y con el alba entraban por la puerta partida en dos, Masacre y Teófila, tamberos del rincón de Carrasco, que llegaban a saborear su café humeante y su copa de anís...

*

* *

Era de presumir que en el ambiente aldeano en que por una centuria desenvolviéndose sin estridencias el negocio, en un pueblo que va desapareciendo empujado por el progreso y la inmigración del centro de Europa, la maciza puerta de recios cuarterones no fuera sacudida por un viento de tragedia. El legendario almacén tenía, sin embargo, sus enemigos: los soldados francos del cercano cuartel de artillería, amantes del casín y la 31, y ansiosos siempre de enloquecer del todo a Espartero. Cuando algo los separaba violentamente, don Rafael sabía como atemperarlos. Los coroneles Buquet y Laguarda lo habían aleccionado: un soldado no se entrega nunca a la policía.

De ahí que en cierta ocasión, ante una violenta disputa, don Rafael pidiera a Torres fuera en busca de la guardia, y en minutos y al trote, ya el primer milico se había ido contra el buzón. La guardia entró a la pieza de los billares abrazando la escena. Y el Jefe levantó la mano y con voz que hubiera envidiado Gigli bramó:

—"Entrieguensén..."

Resignados, tres de los aludidos se apartaron. El otro, arrollándose el saco en el brazo desnudo, gruñó:

—"...viá a entregar..."

Y sacó la daga.

Frente a él estaba Ramuncho, cabo del regimiento, a quien por su coraje, le permitían los oficiales tirar con ellos la esgrima. En dos segundos arrinconó al contrario, que por instinto saltó detrás de una columna.

Ramuncho decidió terminar y con el sable de punta le dirigió un golpe capaz de atravesarlo.

Instantáneo el esquive... y la tragedia. Delante de Ramuncho sólo quedó aquello que pareció columna, y el empuje del arma produjo la hecatombe: un caudaloso chorro de aceite empapó la casaca del agresor, haciendo trizas la serenidad de don Rafael, que vio cómo el defensor del "almacén de los amigos" había ensartado una lata de aceite "Corneta", puro de oliva, sin pizca de maní ni de girasol...

Esa noche don Rafael, que no fumaba ni tomaba, en vez de apelar al efecto sedante del agua de los Carmelitas, transó con tres Ferriolos y un Lola. Y es fama que por seis meses no descolgó el jacquet con que asistía ceremoniosamente a los velorios de la Villa, y concurría en Enero a Maroñas, unas veces en la volanta del doctor Brusco y otras en el cupé del doctor Crovetto...

¿Quién podría describir el estado de espíritu con que algunas noches, luego de dejar a "Pedrito" en el garaje que han construído donde floreció el naranjal de la quinta del ministro Antonio Díaz, sentía yo la necesidad de acercarme al "almacén de los amigos", donde más de medio siglo don Rafael montó la guardia enhorquetado en el banquito que le reforzó Belloni, pintoresco carpintero aldeano a quien apodaban "Buonamorte" por su afiligranada especialidad en la preparación de ataúdes?

Como si se tratara del Coliseo iba yo a defender los muros del "almacén del sol"...

Hablábamos, entre otros temas, de la próxima alza del costo de la tierra, pero a la menor insinuación de don Rafael de vender su propiedad, le escondía celosamente mi temor.

—"No lo venda", le rogaba con una voz especial, en la que insinuaba que el alza vendría, pero todavía estaba lejos...

El me agradecía en silencio el *desinteresado* consejo que no me había pedido. Lo hacía entrecerrando sus ojos que desaparecían bajo las cejas, y haciendo más firme el apretón de su sarmiento cálido.

Nunca llegó a entrever cómo defendía entonces mis últimos recuerdos de infancia...

CENTENARIO DEL ASILO

EN plena Guerra Grande el general don Manuel Oribe concibió el proyecto de construir un seminario en la Restauración, ya que el terrateniente don Tomás Basañez le había donado al Estado, en el mismo centro de la población que nacía, 6500 metros capaces de contener el seminario, la plaza y la capilla.

Empezaron la edificación Netto y Cunha, habiéndola terminado en 1849. Pero como al final de la Guerra no pudiera pagarla Oribe, escrituró a los contratistas el establecimiento, quienes exigieron, para tomar posesión de él, el previo desalojo de las oficinas policiales instaladas en el mismo.

Tan satisfecho estaba el General con la construcción del edificio, que cuando lo visitó en 1848 el norteamericano Samuel Greene Arnold, le ofreció cigarros a él y a su criado, y le escanció generosamente el vino.

—"Me mostró los planos, y con justo orgullo habló de él como de una obra duradera para su país, concebida y terminada durante la guerra".

En el Colegio inició sus sesiones el 4 de marzo de 1850 la Academia de Jurisprudencia, que terminaron con la paz de octubre.

Por fin, el 19 de agosto de 1860 se inauguró el Asilo de Mendigos, entonces de una sola planta y la torre. Presidió la ceremonia el Presidente de la República don Bernardo P. Berro, ante inmenso público, entre el que se contaban autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la capital, y lo más representativo de la época.

La ceremonia de la mañana consistió en un tedeum en San Agustín, oficiando la misa el sacerdote don Juan José Brid, y pronunciando un discurso el doctor Magesté. Del templo, la concurrencia que desbordaba hasta la plaza, pasó al Asilo. Se bendijo allí la imagen de San Francisco de Assís, apadrinándola el Presidente de la República y su esposa. Tomó entonces la palabra el Presidente de la Junta don Luis Lerena, e historió el edificio, recordando que la idea se remontaba a 1818 y que la concretó ante el Cabildo de la época, solicitando al rey de Portugal, por intermedio de Larrañaga y Bianqui, la construcción de un asilo para ancianos y desvalidos. Hizo notar, al término de su discurso, como languideció por espacio de cuarenta y dos años la iniciativa.

Sus palabras fueron contestadas por el Presidente de la República,

declarando que sería el timbre más puro de su gobierno la inauguración del asilo, por quien velaría doblemente, como Presidente y padrino.

Casi ciego, "con varita y antiparras" —como se satirizó en una cuarteta— alzóse Francisco Acuña de Figueroa, improvisando un verso muy bien recitado por un niño, que disimulaba así su afonía, en que exaltaba al Presidente, a Lerena, al doctor Acevedo y a Villalba.

Se pasó en seguida al comedor. Sentados en dos largos bancos estaban los trece asilados que iban a inaugurar el asilo. Se les sirvió la comida, la primera que iban a gustar en su nuevo hogar. Les partió el pan el Presidente y sus Ministros lo imitaron.

De esa manera quedó terminada la ceremonia de la inauguración.

Las primeras finanzas fueron del todo insuficientes, a pesar de que una Comisión de vecinos tomó a su cargo, mediante cuotas voluntarias, el velar por el sostenimiento de tan humanitaria obra social. Organizó dos loterías, efectuó una rifa de cedulillas, y las principales niñas y mozos del pueblo realizaron una notable función de beneficencia cuyos nombres lamentamos no poder ofrecer.

Al fin se nombró una Comisión de Vigilancia del Asilo, siendo su primer presidente don Tomás M. Fernández, actuando como vocales los señores Juan Pijuán, Tomás Poggi Linares, Hermenegildo Fuentes, Luis Queirolo, doctor Pedro Capdehourat, Jacobo Rivas y Clemente Linares.

El Presidente Berro recogió en realidad los honores de la inauguración del asilo. Pero fue durante el gobierno de Pereyra que se dictaron los primeros decretos sobre el mismo. Noviembre 22-1858: "Desígnase la parte norte del edificio llamado del Colegio a los efectos en ella designados." — PEREYRA. Antonio Díaz. 25 de Octubre 1859: —"Adjudícase para el establecimiento del Asilo de Mendigos la sección solicitada del Colegio de la Unión, asignándosele además, y por una sola vez, la suma de mil pesos fuertes, con el que el gobierno contribuye para su instalación". —PEREYRA. De las Carreras.

Inaugurado con trece ancianos, contaba con varios cientos a los ocho años, contra los que conspiraban las epidemias de esa época sin antibióticos. En 1868 sufrió la Unión una terrible epidemia de cólera. En ese tiempo el doctor Gualberto Méndez, calificado médico de Montevideo, vivió accidentalmente en nuestra localidad, en la calle Comercio a cuatrocientos metros de 8 de Octubre, en la amplia quinta de don Hermenegildo Fuentes, que más tarde pasó a ser de los Rodríguez Cubiló. El doctor Méndez era yerno del extinto presidente Pereyra, por haber casado con su hija Josefina. La pareja había pasado a nuestro

pueblo huyendo del contagio de la peste, pues el cólera había cobrado varias víctimas *en la quinta*, cuyos portones se abrían en Rivera y Boulevard Artigas, y a la que habían concurrido el general Oribe y el coronel Flores, a ofrecerle a Pereyra, en enero del 56, la Presidencia de la República.

Con Méndez vivían en la quinta de Fuentes, el doctor Adolfo Basáñez, casado con una hija del dueño de casa, la hermosísima muchacha Mercedes de la Fuente, y Antonio N. Pereyra, que grabó en las páginas de "Recuerdos de mi tiempo" muchas incidencias personales, y anota en esos días trágicos que recién habían sido asesinados Berro y Flores, habiendo el doble y tremendo crimen político hecho más intensa la tensión de la ciudad, demasiado acongojada ya por la morbilidad de la epidemia.

Precisamente esa noche sintieron a la una de la madrugada un inconfundible tropel de caballos. Un carruaje con varios militares paró frente al portón y empezaron a sentirse en seguida fuertes golpes en la puerta. Venían en busca del doctor Méndez, pues el coronel Montero, edecán de Gobierno, se moría del cólera.

La Unión perdió la décima parte de sus habitantes, en esa epidemia. Tenía cinco mil, y murieron cuatrocientos cuarenta y ocho. De ellos, murieron 323 de cólera, que entre enero y marzo hizo estragos entre los viejos. Empezó la cuenta, Albano, cocinero del Asilo y lo siguió la lavandera del establecimiento. Cuarenta viejos cumplieron con la peste. Fue el año terrible. En él terminó su vida un sacerdote famoso por su oratoria sagrada, el cartujo español Antonio María Castro, que escapó al contagio, muriendo de neumonia, bajo la solícita asistencia del médico alemán doctor Wonner, más aficionado a la filatelia que al recetario.

Contra la enfermedad no pudo ni el arte de curar del licenciado Lizazo, que escribía las recetas en las puertas, y sustituía desde el 66 al portugués Taborda en el asilo, ni la piedad y abnegación de las religiosas, hermanas francesas, que cuidaban a los ancianos desde el 67 por un decreto de Flores. La hermana Gabriela fue la primera directora del Asilo.

En 1861 sacó la grande un asilado, Benito Mayo; había comprado un cuarto de billete de lotería con el número 3795 que sacó mil patacones. Cobró el ecónomo del asilo, don Miguel Errasquin, que redujo en el juzgado el premio a una letra de cambio, con la que se fue a la Coruña. Debemos el dato al doctor Luis Bajac que nos permitió en 1939 copiar todo el archivo de la décima.

La prensa ofrecía frecuentemente noticias sobre el asilo.

En "La República", de enero 25/1861 hay ésta: "Los ancianos trabajan, limpian lana, utilizan pita para hacer cuerdas, abren estopa". La abrían para hacer almohadillas para los duros asientos de la plaza de toros.

"La Idea" que dirigía don Eduardo Flores en agosto 5/1874 dice que el príncipe italiano Tomás donó $ 300 a la compañía Zuany, agradeciendo la función que le fue dedicada en el Solís, y un tercio de esa suma le fue entregado al Asilo.

En febrero 27 ofrece una nota desagradable. Desalojan el asilo... para convertirlo en cárcel. Es la tercera vez que eso ocurría.

En febrero de 1858 el Colegio sirvió de alojamiento a los sobrevivientes de la hecatombe de Quinteros...

En 1861 ocurrió lo mismo con el exceso de penados que se hacinaban en el Cabildo. Así ocupó la cuadra de presos el canario Andrés Cabrera convicto y confeso de haber asesinado por la espalda al director de "El Comercio del Plata" a quien no conocía... Quedó en nuestro pueblo hasta 1866, en que lo ultimó una hemoptisis.

El 74 le correspondió al gobierno de Ellauri volver los presos a la Unión. La Comaisión se encontró el año 1872 con un presente griego. Cuando las fuerzas revolucionarias de Aparicio sitiaron a la capital, establecieron su hospital de sangre en el Asilo de la Unión, ocupando sus camas, su despensa y su botica. Cuando se fueron dejaron una deuda de pan, $ 270.04, suministrada a sus heridos. La comisión pasó nota al Ministro de Gobierno, general Juan Pedro Rebollo, recomendando su pago.

Tres años antes hubo otro contratiempo. Una protesta de presos que se quejaban de la comida. Era el año 69. En ese momento había 25 presos en una de las cuadras de la cárcel, y 12 en la otra. Dos piezas amplias que daban sobre Larravide y Cabrera, local que había servido de policía, primero bajo Visillac y luego bajo el coronel Salvador García. A inspeccionar la cárcel y contestar la protesta, fue enviado el doctor Brunnell; llegó al almuerzo.

—"No comían hígado y corazón", como decían los quejosos sino puchero del mejor, enviado de la fonda vecina. Lo que impugnó Brunnell fueron las ventanas microscópicas, "tanto que si no se abrían de par en par, los presos habrían de ahogarse".

La señora de Casaravilla, nacida en nuestro pueblo, recordaba que antes de colocarse el pararrayos a la Torre, había en su lugar una bola de cristal. Era un error. El vecindario recibía más de un rayo perdido,

por su causa. Recuerdo de ellos tenían la Veneciana y la Liguria que cumplió hace poco noventa años.

*
* *

En 1895 el contratista Foglia ensanchó el pabellón de los hombres, y en 1902 el ingeniero Adolfo Shaw inició la reconstrucción y ampliación del pabellón de mujeres.

EL ULTIMO ENAMORADO DE MANUELITA

Allí cerró los ojos para siempre Ignacio A. de Sorrondeguy, el último galán de la que jugó una comedia con Lord Howden.

Era un vasco español que había sido maestro bajo Sarmiento, y luego de la derrota de Cepeda, salvó apenas de caer prisionero y pasó el Uruguay en fecha imprecisa. Decía haber conocido a Manuelita en el templo del Pilar en 1850, según sus escritos novelescos:

—"Al principiar el oficio divino se sintió por la puerta de la sacristía, el roce aristocrático del raso y la seda que pide permiso para pasar, y se vio que un arcángel entraba al Templo y ocupaba la alfombra predilecta, cubierta de flores: Manuelita Rosas."

Palabras textuales de lo que don Justo titula "Un rasgo de perfil de una americana que representó el Angel de la Bondad, en el palacio del Nerón Americano".

Don Justo era una figura familiar en el Montevideo de fines de siglo, donde se destacaba su persona inconfundible, baja y pulcra, en el paseo de la tarde en la calle Sarandí.

Lo pinta de esta manera el doctor J. M. Fernández Saldaña, a quien tanto echan de menos los lectores de este Suplemento, en una verdadera semblanza en blanco y negro:

—"Blanco el bigote, blanca la redonda barba cerrada, blanco el cabello, blancos los papeles que siempre llevaba en los bolsillos. Negros los ojos, de una notable dulzura, negros la mitad de los pelos de las cejas, anormalmente crecidas, negro el pañuelo del pescuezo, negra, con reflejos verdosos, la media galera.

Cuando a raíz de un derrame, una hemiplegia lo hizo ingresar en el Asilo de la Unión, ofreció su verdadero nombre. Hasta entonces su cerebro de paranoico lo hacía llamarse Justo Rosas, en homenaje a su

adorada. En el Museo Nacional, un óleo del catalán Emilio Más, lo presenta bajo el segundo nombre.

Murió el 27 de noviembre de 1912.

Su amargura, su dolor y su inconsciente tristeza feliz, condensan toda la amargura y dolor del Asilo de Mendigos, que cumplirá dentro de cinco días, el primer siglo de su existencia.

EL MOLINO DE AGUA

FUE en 1790 que nació en Montevideo don Juan María Pérez, que cursó su doctorado en Charcas y volvió a su ciudad natal a tiempo para ocupar un asiento en el Cabildo artiguista de 1815. Vio caer luego a Montevideo en manos portuguesas, enarbolar en la Ciudadela el pabellón imperial del Brasil, nacer la República, sesionar la Constituyente en que formó parte y gobernar al presidente Oribe, en cuyo serio y honrado Ministerio de Hacienda prestó grandes servicios al país. En la vida privada fue comerciante, agricultor, viñatero, plantador de árboles en los bañados de Carrasco; tuvo diecisiete saladeros, hornos de ladrillos, atahonas y molinos.

El que ha llegado hasta nosotros es su molino de agua de Malvín. Lo hizo levantar cuando ya la ceguera había arrojado sobre su rostro un velo de melancolía, como lo consigna don Raúl Montero Bustamante al recordar su magnífico retrato pintado por Gallino.

El terreno en que lo levantó lo había adquirido en mucho mayor área por compra al Estado del campo conocido por Rincón del Buceo y Carrasco, denominado "Chacarita de los Padres", en escritura autorizada en 18 de febrero de 1834 ante Juan León de las Casas. Inmediatamente levantó su molino junto al arroyo. Desvirtuamos, pues, una crónica aparecida hace años, que atribuye a Balbín Vallejo la propiedad del mismo y la versión que haya dado albergue en 1807 al invasor inglés que tomó por asalto a la ciudad fundada por Zabala.

El edificio es de dos plantas, de piedra la primera. Tuvo luego tres agregados que fija Horacio Arredondo por el examen de la construcción y el distinto tamaño de los ladrillos.

*
* *

Apenas instalado comenzó a funcionar, usando la fuerza del arroyo cercano, nacido entre los médanos junto a la primitiva senda que se

llamó "Camino al Paso de Carrasco", luego "Aldea" y hoy "Avenida Italia". El hilo de agua surge frente a la laguna del Parque Rivera y se echa en el río junto a la enorme rueda de madera del molino de Pérez, pero con poca fuerza para moverla. De ahí la construcción de la represa para embalsar las aguas.

Ignoramos quiénes trabajaron allí hasta 1887, en que firmando contrato con José Ordey, entró Accossano en él como inquilino, hasta 1895, en que el establecimiento industrial dejó de trabajar bruscamente.

Describiremos la catástrofe de ese día de marzo.

Lo que hoy es el lago del Parque Rivera era entonces la laguna del amplio campo que el ebanista Durandeau había adquirido sin pensar que un día habría de llegar hasta él el paisajista Carlos Racine para animarlo con sus magníficas plantaciones. Trabajaban diariamente en la laguna hasta ochenta lavanderas que ofrecían hermoso aspecto al agreste lugar. Pero ese día de marzo no trabajaron. Tampoco los quince días siguientes, en que en esa quincena de diluvio no se detuvieron nunca las lluvias. Montevideo asistió entonces al desborde del Miguelete y del Pantanoso. También salió de cauce la laguna de Durandeau, ya que creciendo vertiginosamente no pudieron los más altos médanos frenar la fulmínea creciente. Está registrada esa inundación en los diarios de la época, anotándose que los vecinos de Carrasco temían por sus viviendas amenazadas. Tanto fue así que llegó un momento en que decidieron abrir un boquete, un gran surco en los médanos, por el cual se precipitaron las enloquecidas aguas que ganaron el curso del arroyo, para echarse al fin, salvajemente, sobre la represa del molino, destrozando la enorme rueda que hacía girar los mecanismos interiores, descarnando los cimientos del piso bajo, para ganar altura inundando el segundo, que fue desalojado ya mediada la tarde. La catástrofe había durado una hora, pero marcó el fin del molino de agua que había trabajado por más de sesenta años. La familia de don José Accossano pasó la noche en carpas a cincuenta metros de las ruinas, sobre la barranca que marca hoy el límite de la cantera.

Esta recién fue abierta en 1918, para extraer de ella la piedra que rellenó la rambla costanera.

Pero Accossano quedó. No sería molinero, pero la extensión de las tierras de Pérez llegaban hasta donde hoy se abre la calle General Paz y él tenía hijos que podrían laborarlas. Fue, pues, arrendatario de la sucesión desde 1895 hasta 1910, en que asociándose a Mir, Nava y

Carrau, compró las doce hectáreas que englobaban el viejo molino de agua. Con una de las hijas había casado Rovira y es uno de sus muchachos quien nos acerca estos datos fidelignos.

"—Las dos higueras no tienen sesenta años. Las plantó mi abuelo a fines del siglo" —nos dice siguiendo nuestra mirada, que de su añoso tronco baja a las dos ruedas que miran el mar desde la tahona.

JAVIER DE VIANA EN LA UNION

PEDRO B. Casamayou, Víctor Arreguine, Juan Chavrier, seudónimo de Juan de Anfora, Juan A. Estomba, Etoro Vollo, Eugenio Garzón, Saturnino Alvarez Cortéz, y Carlos María Ramírez, publicaron el año 1886 después de la fracasada revolución del Quebracho, sus recuerdos personales sobre el combate.

Javier de Viana, joven de veinte años, dejó una crónica que comenzó a publicar en folletín el diario "La Epoca", tomando forma de libro recién en 1943, siendo la más nutrida contribución sobre recuerdos del Quebracho.

Extractamos aquí una parte del tomo, porque señala en sus páginas el aporte que del barrio de la Unión recibió el general Arredondo, quien distinguió especialmente a los muchachos que formando el "batallón del pito" reunían las características de la juventud del barrio de los molinos: indumenta pintoresca, disciplina y camaradería, amor a la taba y a los gallos, idolatría por la baraja, la guitarra y el mate, y sobre todo "una invencible inclinación por las polleras...".

"Vestían bombachas de color, botas ordinarias de cuero de perro; al cuello llevaban de golilla un pañuelo blanco o celeste, y sobre la cabeza bien peinada un gacho de alas pequeñas colocado sobre la oreja derecha.

Lo que daba el nombre al batallón, era una pipa de yeso terciada en la cinta del gacho.

A ese conjunto de jóvenes llegados a Buenos Aires el 86 desde la lejana Restauración, habría pertenecido el soldado Oribe, sobrino nieto, según voz corriente, del Jefe del Sitio de Montevideo.

LOS BARBEROS

CUENTA don Isidoro en su "Montevideo antiguo" de los barberos de antaño. Poco dice, apenas que tenían una bacía de lata colgada de la puerta, dos o tres sillas de vaqueta ,un lavatorio de morondanga, sus útiles de trabajo entre los que no olvidaba el asentador de palo de pita. No ofrece nombres, ni las mañas que deben haberse multiplicado en estos tiempos.

Yo, sí, utilizaré algunos nombres básicos en el pueblo de hace medio siglo, viniéndome a la memoria la frase de Paul Gsell sobre uno de los famosos cuentos de Grimm, que refiriéndose a un barbero mañoso que afeitaba una liebre corriendo, agrega que eso es un juego de niños comparada con el prodigio de que fue testigo.

No dice cuál era pero doy testimonio de otro que en 1919 lo dejó lejos.

El barbero era *don Pedro Ignacio Schinca* al cual lo vi afeitar a un muchacho en dos minutos. Bartolomé Bolívar acababa de llegar y le rogó acariciándose la barba con toda la mano:

—"Don Pedro, ¿antes de que se me escape ese tren?"

El tren era el 38, que venía por 8 de Octubre y Artes, dos cuadras de la esquina de la Liguria, en Agricultura, donde le daban vuelta el troley para regresar al centro.

Don Pedro no dijo nada, pero en menos tiempo del que se necesita para contarlo, ya lo tenía perfectamente jabonado, echado en el asiento el cuello Mey que aguantaba dos semanas sin lavar. Recuérdese lo que se decía de don Pedro, que atrasaba el reloj para que no se le escapasen los clientes apurados que debían tomar el 54 para la Chacarita. Perfectamente jabonado, la partida estaba ganada. Cualquiera creerá que ni chistó, pero le sobró tiempo para preguntarle a Bolívar como iba en la Asistencia, si había visto a Lino Perdomo y si estaba algo mejor del hígado Angel Luis Olivera Ferrando.

Cuando salió de vuelta el 38 para el Centro, ya estaba sentado en él Bolívar, leyendo la revista "Germinal" que publicaba mi hermano Leopoldo.

Un segundo antes, el fígaro había hecho una reverencia y expresado el sacramental:

—"Servido, caballero".

El querido amigo, a quien leí el presente artículo el miércoles pasado, ya no existe; murió el sábado de la misma semana.

Conocí a don Pedro en 8 de Octubre 173 casi Agricultura, junto al Capitol de hoy, donde desde 1869 existe peluquería. Don José Marexiano, que tenía allí una zapatería, le alquilaba en tres pesos mensuales al barbero Antonio Villanueva. La descendencia siguió cobrando una miseria a Schinca, hasta que se jubiló en 1933, honrando de esa manera la casa en que aquél empezó su fortuna.

Decía don Pedro a menudo:

—"Yo no soy de esos que gastan más los dedos que la brocha".

La voz del público decía otra cosa. Y era verdad que jabonaba con los dedos. En 1925 un diario de la tarde confundió al diputado Schinca con nuestro barbero, publicándole una caricatura con una cuarteta debajo, que como no la guardé, la reemplazo con estos versos de Angelito:

"—Mas el capricho alocado
de un satírico burlón
al poeta diputado
le cambió la profesión.
Un barbero que tenía
el apellido de usía
y jabonaba a presión
con sus dedos afilados,
forjó los datos fraguados
de esta absurda confusión.

El poeta era el diputado Schinca, que hizo famoso en este diario el seudónimo de "El duendecillo Fas".

Sabía distinguir y tenía sentido de las calidades. En su peluquería había perfumes distintos para la clientela. Houbigán, Loubín y Coty para la gente de pro. Agua Florida, para los "canarios".

Fue dueño, al principio de ejercer su oficio, de seis u ocho sanguijuelas que habían dado la vuelta al pueblo entre los hipertendidos. —Recuerdo el nombre de "Manuela", "Petronita" y "La Cordobesa", que eran las más populares—, Don Pedro las echaba en la ceniza cuando venían repletas. "La Cordobesa" era muy glotona. Todavía se recuerda que casi le costó la vida a Cardozo que se durmió con ella y las otras, prendidas del pescuezo.

Hacía trabajos en trenzas y bucles. En el interior tenía un letrero: —"Se trabaja en pelo".

Fue en realidad el único peluquero que hubo en la Unión.

Treinta pesos le costó la peluca que se hizo estrenando el oficio. Y veinticinco la que le preparó a un capitán de guardias nacionales del cual no doy el nombre para no incurrir en violación del secreto profesional. Más de una vez, abierta la puerta de la sala de espera, sorprendí los ojos de mis enfermos pendientes de la aguja de ese cliente, que se cosía los desperfectos de su peluca en mi consultorio "por ser el lugar más tranquilo".

Usaba, para rellenar la mejilla de los flacos, la colección más completa de nueces de todos los tamaños. Las usaba con mucho tino, pues cierta vez le sacó cuchillo Fullana por lo desmesurada que le tocó la suya.

Don Pedro debe ser considerado uno de los barberos más profundamente queridos de la Unión. Murió a los sesenta y seis años, en calle General Villegas y Piccioli.

*
* *

Estupiñán era un hombre alegre y sin rarezas, que dejó el oficio cuando Parraviccini en un desgraciado accidente de tránsito, le mató dos hijas frente a la tienda de Poggi.

*
* *

Farramallada encontró al final de su vida un árbol frente al rincón de las ánimas para colgar el espejo donde terminó afeitándose en la calle, ya que escaseaban los "marchantes".

No conocí a *Espinosa* que estilaba unos bigotes ampulosos a quienes les daba por la noche cosmético rigurosamente de viernes a lunes, ayudándose con una bigotera. Tenía el local en la pulpería de Chichón, de palenque y cancha de bochas, en la esquina de Propios, frente al taller del vasco-francés Fermín Bidondo y del consultorio del doctor Américo Ricaldoni que ya apuntaba las condiciones sobresalientes que le transformaron en el gran clínico insuperado.

Unicos los hermanos *Miguel y Luis Corrales Artigas,* establecido el primero frente a la 15ª y el segundo en Joanicó y Navarro. Tenían algunas estridencias, entre las cuales se comentaba mucho su obsesión de atar siempre un perrito al sillón del cliente, con lo cual, cuando pasaba cerca una perra el sillón se bamboleaba.

Seguía una fingida guerra con Martincito, y tenía un oficial, Galileo, que pasaba por loco, por no usar sombrero. *Luis,* después de jabonar al cliente, a menudo sentía despertar en el oído el aire de una milonga que había olvidado: iba al ropero y sacaba la guitarra mientras el jabonado esperaba sentado.

Cufré contaba como cosa cierta, y presentaba como testigo a uno de los Bertolini, que en campaña conoció un barbero que afeitaba los milicos en serie, jabonándolos con brocha gorda en una tina, y luego los rapaba en hilera.

Los nombres de *Marmo,* que había sido barbero del Hotel Lanata y en él conoció a Rubén Darío de quien mostraba la fotografía a los clientes; de *Beto Castro* y *Víctor Alvarez* son demasiado conocidos y respetados dentro del pueblo.

En 8 de Octubre e Industria estaba *Domingo Cereza* que trabajaba con un mono. Mientras el mono distría a la gente, Cereza terminaba su tarea sin apremios. Era hermano de *Francisco,* el decano de los rematadores, que cena todos los martes con Angelito y el Toto, porque lo atrae el ambientado arte que ha sabido darle a "La Liguria" el autor de "Cardal Azul".

Novísimo es *Pereyra,* que llegó de Minas trayendo todos los esquiladores del pago a los que convirtió en oficiales de su barbería, pues como afirmaba:

—"El que sabe esquilar debe salir buen barbero".

Empezó a trabajar en el garage de "La Liguria" pasando luego a una de las piezas de la magnífica casa que fue de Juan Pascual Márquez Guichón.

Preguntándole a don Jesús como era, contestó:

—"Sólo una vez me afeité con él. Me jabonó, y antes que me hiciera la primera pasada, había tomado varios amargos y me había echado a la cara el humo de un cigarro". Usaba en la cintura un cuchillo de mango de hueso, por si acaso tenía que intervenir si el cliente lo contradecía.

Don Javier Guruchaga conoció a *Quintana*, hombre flaquito, menudo, que ocupó primero un local en 8 de Octubre y Comercio, al lado de la panadería de Manrupe, en la casa que fue de Fernández de León.

Allí lo conoció también el poeta Francisco Acuña de Figueroa, quien le hizo unos versos cortando la polémica a que le amenazaba Quintana:

"—Desisto pues, sin enojo
de refutar versos vanos,
pues debo bajo sus manos
poner la barba en remojo.
Y aunque es pequeño y flauchín
como está cerca el Cerrito,
temo recuerde el maldito
las sonatas del violín".

Con estos versos de la página 190 de sus "Poemas diversos" cortó el vate del himno la versada del barbero y suponemos también que cambió de barbería. Se mudó Quintana el año 72 a lo de Rubini donde empezó su oficio Ureche, que se hizo barbero antes de ser dentista.

Vio a *Peláez* alquilando una pieza de la herrería de Letra donde herraban los caballos de Oribe. Era cojo y le ganaba partidas al billar al doctor León Capdehourat.

Los recuerdos de *Guruchaga* llegan hasta *Locría* con salón en lo de Burla, de quien no puede darnos datos personales de interés.

*
* *

Para conocer la pre-historia de los barberos de la Unión, hay que recurrir al "Defensor". El año 48 aparece un aviso en cuarta página, anunciando "que en el pueblo de Restauración, calle del general Artigas, está la barbería de Damián Gortari, frente a la tienda de don José María Baena".

Don Jaime Fonlladosa llegó en 1848,, a caballo del Paraguay, huyendo de la cólera del Presidente López, el que transformó en remanso el destierro de Artigas. Se había dejado decir que era un maniático; que cuando usaba un bonete blanco estaba de buenas, y cuando usaba el negro era peligroso; hablaba pestes de él y de la mujer. López lo supo

y Fonlladosa también. De ahí que pusiera distancia entre ellos, y se viniera del Paraguay a Minas, y de Minas a Montevideo, según Ildefonso A. Barmejo en sus "Episodios del Parauayg". Apareció en la Restauración, y puso barbería en la calle Real frente a los almacenes de Larravide. Era el único que tenía la "famosa pomada de grasa de avestruz, león y oso", según avisa en el "Defensor". Después se pierden sus huellas para nosotros.

*
* *

El último que sobrevive es *Luis Mangini,* que ha pasado los ochenta años. Fue el sucesor de José Antelo que murió en la Unión dejándole a su viuda, Catalina Jorge, la brocha, tijeras, navajas y asentadores, y un apodo que sólo la muerte pudo quitarle: "la barbera".

La barbera le vendió a don Luis Mangini los instrumentos de trabajo y éste se instaló en donde estuvo en la Guerra Grande el registro de José Pringles, avenida 8 de Octubre 3908, donde vivió últimamente el doctor Martínez Jauregui. En la pieza lindera, de piso de ladrillo, Mangini arregló para salón de baile para sus amigos; bailaban lanceros, mazurkas, cuadrillas, valses, polkas.

Después salían a los bailes de las chacras y las curtiembres. Pero como en un baile de éstos, las mozas no salían sino con ellos, los mozos locales se enojaron y los pusieron en la puerta. En la Jardinera de Antuña, que los traía de vuelta por un real, terminó la última gira.

Después Mangini, que tuvo dos magníficos oficiales en Varelita y Juanicó, se hizo barbero militar en la artillería, donde afeitó primero al coronel Adolfo Pérez, y terminó por atender en su casa de la calle Rondeau al general Domingo Ramasso.

El último es Iván, el barbero de Minas, que ocupa como su padre, en la calle del Miguelete, la pieza donde velaron el cadáver del doctor Pantaleón Pérez, vilmente asesinado en el cuartel de artillería.

CARNAVAL

LA Unión de fines de siglo tenía sus carnavales particularísimos. A evocarlos tiende esta crónica, que tendrá sabor local para los que conocieron aquel ambiente, o fueron de nuestra aldea.

Era el reinado de la máscara suelta y de la comparsa. Todos los años la Unión tenía su comparsa. Una sola. Compuesta por los mismos muchachos del año anterior. Algo nuevo, pero idéntico núcleo.

El año 92 organizó "Los hijos de Momo". El 93 "Los Cupidos". El 94 "Los Negritos". El 95 "Los tenebrosos". El 96 "Los dragones del porvenir". El 99 "Los cotorrones".

"Los cocineros modernos" son del nuevo siglo, del 903 o 904.

En 1895, festejando el año en que nació el cronista en la campiña de Flores, se organizó "Los tenebrosos", con ayuda de una comisión de vecinos respetables, don Félix, don Nicolás, don Bernardo, don José.

La comparsa tenía un único fin: enterrar el carnaval. Salía pues, a la calle, el último domingo, y sólo ese día. La componían los muchachos cuyos nombres podrán leerse al pie de la fotografía que acompaña estas líneas. Como número de atracción figuraban cuatro ratas. Eran Segundo Martínez, Pedro Staricco, Santiago Poggi Rocca y Juan Carlos Decia. De la casa de uno de ellos salía la comparsa en la tardecita del último domingo de carnaval. Al frente el estandarte; en el centro una parihuela. Descansaba una asadera en ésta y un lechón en la asadera. En los ángulos cuatro rondines orgullo del horno que ya tenía en la calle Juanicó al decano don Pepe Maggi. Esos rondines tenían un metro de alto y estaban adornados con guirnaldas. El itinerario de las visitas se fijaba con toda prolijidad antes de salir a la calle. La comparsa seguía los rieles del tren de caballos. De pronto llegaba frente a una de las casas graciosamente fijadas para cantar. Una pequeña parada, y conversión izquierda. Y se precipitaban por el zaguán, el estandarte, la parihuela, el lechón y los muchachos. Pocas presentaciones. Iba a cumplirse un rito, y se cumplía. Las 25 voces y las vocecitas de los cuatro ratas, poblaban el patio.

El dios Momo ya murió,
lo llevamos a enterrar,
envuelto en una mortaja
de ajo, pimienta y sal...

Así empezaba la canterola del año 92.

Se agrupaban encima del brocal del enorme aljibe —el brocal de todos los aljibes de la Unión era siempre grande— los vasos de limonada con soda, y concluídos los 360 versos, la comparsa se iba; y posiblemen-

te la familia levantaría los brazos. Pero ese gesto de alivio era precedido por la entrega de una corona de papel destinada al activo del estandarte. El presidente tosía, y los 28 victimarios se retiraban sonrientes y jadeantes por el esfuerzo de la versada. Cien metros más allá se husmeaba la guarida de otro hugonote. La misma conversión. El mismo saludo con el estandarte... y la escena se repetía. Así todo el itinerario se cumplía sin un olvido. El final se preveía. En la última casa donde entraba la comparsa, no había oyentes ni víctimas. Sólo una mesa larga. Pan, cubiertos, vino. El lechón desaparecía como por encanto. El carnaval acababa de ser enterrado. Bien enterrado...

*
* *

Negritos somos; no lo negamos;
pero tenemos la pretensión
que ningún blanco podrá igualarnos
ni en nuestro tango... ni en el amor.

Estos que se tenían tanta fe eran "Los Negritos", que recorrieron las calles de la Unión del 94, bajo la dirección de Regino, que no había demostrado todavía sus inclinaciones extractivas...

*
* *

Los versos de "Los cotorrones' del 99' los escribió un muchacho que habría de ser muchos años después el literato de garra que firmara sus últimas producciones con el seudónimo de "El duendecillo Fas", cuando era director de "EL DIA".

El coro entonaba una invitación realmente halagadora.

Vamos compañeros gustosos a trasnochar,
pero con sigilo, que nos pueden sorprender.
Más qué nos importa. Para eso es carnaval...
Pues entonces a la farra, a la farra y al placer...

Uno de los más conspicuos cotorrones era Eloy Riaño. En una au-

dición que dieron en 18 de Junio eq Industria, en lo de Rocca, al retirarse la comparsa faltó a la lista un cotorrón. Se le llamó a voces. Era Eloy. Un ruido hizo levantar la cabeza a la cofradía. Por la escalera bajaba algo, tropezando en cada escalón. Aterrizó el bulto con terror de los cotorrones. Como contestación algo tardía, al último grito que lo llamaba por su nombre, Eloy, sentado en el suelo, abrió los brazos con majestad, y dijo: "Aquí estoy"... Un pase de amoníaco por la nariz, mejoró rápidamente el estado del cotorrón caído...

El verdadero animador de los carnavales de antaño era don Angel Estades. Don Angel organizaba las comparsas, hacía los versos, les ponía música, encargaba los trajes, dibujaba el estandarte, nombraba las autoridades... y era el dictador de la Comisión Directiva. Los corsos se organizaban bajo su mirada. Por el 96 estrenó una zarzuela: "El encuentro de dos amantes" y "El golpe de un pobre viejo".

El lector juzgará de la factura de la zarzuela, por estos versos que recitaba ruborosa la jovencita M... a quien no nombramos porque hemos cometido la indiscreción de dar fechas:

"Yo soy la pobre aldeana que espera sin cesar,
llorando en la mañana, por mi querido Alvar".

Como tocado por un resorte salía a escena el "querido Alvar", con una prisa realmente impresionante, y clamaba:

"Cielo santo, esta es su voz;
me ha acabado de llamar;
abre pronto, abre, por dios,
que no puedo más penar".

En ese momento y cuando "la pobre aldeana" buscaba desesperadamente el pestillo para despenar al querido Alvar, salía el viejo de adentro, se daba cuenta del peligro que corría su pequeña, y caía al suelo, redondito. El golpe del pobre viejo, justifica todo el título de la zarzuela. Lo que no justifica es la longevidad del autor, a quien vimos hace unos años felizmente reviviendo la leyenda del Fausto...

EL CAPITAN MONDINO

NO habrá entre la gente vieja del pueblo de la Unión, quien no recuerde al capitán Mondino, simpático peninsular que alegró tantas tertulias pueblerinas, con su sana alegría y su contagioso optimismo.

Era bajo, delgado, de amplia cabellera flotante, poblado bigote y una gran barba que con los años fue convirtiéndose en blanquísima. Lo evocamos para esta semblanza que de él haremos, como se nos presentó en nuestra infancia lejana, en una de las primeras visitas que hicimos a su pulcro cuarto de solterón sobre la avenida.

Era magro, de ojos azules, y su barba no alcanzaba a esconder su perpetua sonrisa bondadosa. Su mirada ingenua, y sus manos cuidadas. Así se mostraba en sus paseos a pie por el pueblo, con su gran capa azul con forro rojo de terciopelo, terciada sobre el hombro. Se puede evocar así, porque Mondino era siempre igual; se vestía siempre de la misma manera y sus costumbres eran inmutables. Así era, cruzando el pueblo, y aligerando su cansancio con aquella tregua obligada del cuartel, donde se sentaba con los jefes, que según las épocas, eran el coronel Ramasso o el coronel Cuestas.

Poseía el capitán Mondino una simple sicología. Era bondadoso, tranquilo y normal. Tenía, es cierto, algunas debilidades que lo caracterizaban.

Una de ellas se manifestaba en Carnaval. Los carnavales de la Unión no eran muy diferentes uno de otros. El tablado frente a La Liguria, la iluminación de cuatro cuadras sobre la avenida con farolitos venecianos, Farías disfrazado de oso, algún baile familiar y, sobre todo, el infaltable desfile del capitán Mondino, la última tarde, la del entierro de Carnaval.

Tomaba la mejor volanta descubierta, tirada por dos regios caballos negros de funeraria y lentamente hacía la tardecita el recorrido por 18 de Julio de Comercio a Pan de Azúcar, ida y vuelta,, tirando flores y confetis a las muchachas de las aceras y haciendo un ceremonioso saludo a los vecinos más prestigiosos del pueblo, que se colocaban allí precisamente esperando su llegada.

Ese homenaje estaba destinado a las vecinas únicamente.

Donde generalizaba la dádiva o la gentileza era en la comunión.

¿En qué consistía la comunión de Mondino?

Mondino salía a pasear por las tranquilas calles del pueblo todos los días, por la mañana, la tarde y la noche. No abandonaba para esas giras diarias el jacket, el bastón y el amplio sombrero de fieltro.

Recordamos su manera particularísima de usar el bastón.

Lo revoleaba, dejaba caer la punta al suelo, se detenía apenas, y en esa como indecisión, que no lo era, le imprimía un gracioso movi-

miento giratorio, que le transmitía desde el puño invariablemente. Luego emprendía de nuevo la marcha apenas interrumpida.

De pronto se encontraba frente a un muchacho o muchacha, que lo miraba humildemente. No necesitaba oir la segura petición. Se levantaba con la mano derecha la falda del jacket, conservando el bastón en la izquierda; tomaba la pastilla que acababa de extraer entre sus dedos amarillentos, la ponía al muchacho en la boca ya entreabierta, le daba una palmada en la mejilla y sellaba la comunión con estas palabras:

—Hosteum dómine nostrum, requien eternun. Amén.

Pasaba luego el bastón a la derecha, le imprimía al puño el primer movimiento giratorio de la primera vuelta, y reemprendía la marcha que sería interrumpida veinte pasos más allá, frente a otro candidato a la comunión de menta.

Tendríamos más o menos doce años, cuando visitándolo en su cuarto de soltero, en casa de la familia Leal, donde le alquilaban la pieza de la calle, nos llamó la atención la pulcritud con que colocaba sobre la almohada el kepi y sobre la colcha la espada. Lo conocíamos seis años antes, pues viviendo enfrente, junto a la comisaría, éramos abonados *viejos* a las comuniones de Mondino.

—Nos han dicho —empezamos— que usted fue a la guerra del Paraguay...

Nos fulminó con la mirada, que de esa manera mostraba la indignación ese hombre de maneras tan dulces, y empezó a hablarnos con aquella voz suya tan baja, tan tierna, medio en idioma italiano, entre el que mechaba palabras nuestras.

Vino a decirnos algo así como:

—Tengo el honor de haber hecho toda la campaña...

Luego tomó una pose digna, y abriendo con su llave un ropero, apareció bajo nuestros ojos la colección de medallas y condecoraciones que él lucía sobre la chaqueta en sus paseos de la tarde por el pueblo, y que se ve en la foto regalada de esa época a la señora Angelina Brusciani, esposa del dueño de la Fonda del Jardín, que le llevaba el almuerzo a domicilio, en cuyo reverso se leía:

"Como recuerdo y manifestación de aprecio: el original."

"Enero 19 de 1907."

Ese escamoteo del nombre era modestia pura...

La que se destacaba entre todas las condecoraciones, era la que le habían regalado en Buenos Aires, adonde había ido con la artillería que

mandaba el coronel Sebastián Buquet al entierro de Bartolomé Mitre, y que el capitán Mondino mostraba a sus amistades en los comercios locales, en lo de Rafael Cufré, en lo de Airaldi, en La Liguria, en el cuartel, en lo de Bellini y en lo del torero Araújo, que tenía sus simpatías por el coraje personal.

De esa visita de 1907 tenemos un recuerdo muy vago; la entrada medrosa en la casa, la alfombra impecable en su cuarto, las ventanas de tul y de gasa, la mirada alterada de Mondino ante la pregunta *ofensiva,* el recuento de las medallas, y lo mejor que quedó en la retina por más de medio siglo: el uniforme y las armas en la cama blanquísima...

El paseo a pie por las callejas de la Unión no pasó del año 1912.

Antes lo vio el pueblo montado en un rocinante flaco, elegido precisamente para él, porque el caballo gordo no le gustaba por lo brioso y porque no era seguro para su integridad personal. El último que montó, según el Toto Bruno, fue una yegua tordilla que le preparaban en la comisaría seccional, la 12ª, la 14ª y por fin la 15ª, donde el comandante Delgado tenía especial cuidado en su cabalgadura. Salía montado con su jacket y un poncho que lo resguardaba del frío. Fue soldado de caballería en el Paraguay...

El poncho se lo regaló un día en Plata y Nueva Palmira a un mocito que había conocido en Minas, donde ocupó la plaza de sargento. Luciano Fonseca se llamaba. Fue con ese poncho que vistió a Carlota, desnudada bajo la amenaza de un punzón calentado al rojo vivo, por una cuestión de celos...

En uno de sus viajes a Europa trajo a través de los mares su busto vaciado en bronce, y lo llevó, naturalmente, al Centro de Guerreros del Paraguay. Allí fue depositado en una pieza y, en ella, según el original, no se le rendían los honores debidos. Para ahorrarles olvido, el propio Mondino le llevaba al busto, todos los sábados en el tren de caballos, ramos de flores naturales y coronas. Esto nos lo contó más de una vez aquel viejo vecino que fue don Pedro Staricco y nosotros lo narramos, claro está, haciendo confianza en él.

Esto no era más que una debilidad disculpable.

Otra debilidad de Mondino era la oratoria. No perdía a dos tirones, la oportunidad de decir su discurso. Esto le acarreaba, de cuando en vez, algún inconveniente.

Cuando se inauguró la estatua de Suárez en la Plaza Independencia, Mondino fue instado, ante la tenaz resistencia suya, a hacer uso de la palabra, a dejar el puesto a los oradores designados.

Cuando se inauguró el puente sobre el Santa Lucía, costó bastante trabajo el convencerle, que el que debía declarar inaugurada la obra y librada al tránsito público, era el doctor Williman y no él.

Otras veces hablaba.

La suerte que lo acompañaba entonces era diversa. Un día, en la "Agrícola Italiana", dijo que los Treinta y Tres habían desembarcado en La Blanqueada... Siguió así más o menos una hora y media. Se bañaba el orador en agua de rosas, pues no hubo ni una sola palabra de censura.

—Eh... me han dicho que lo curtese... e lo curté... —explicaba más tarde a su amigo Cufré, como disculpándose por no haber terminado el speech...

Pero no siempre tenía mala suerte.

En la sociedad "El consejo de los diez" tenía carta blanca.

En "Los zangolotinos" espetó en el local que ahora ocupa el Glucksmann, seis discursos en una misma tarde.

Pero el record lo tiene en el mar. En el vapor que lo traía de Europa, dijo al cruzar el Ecuador un discurso patriótico que no había terminado frente al Cerro de Montevideo.

Pero la oratoria de Mondino era variada. Una de sus aristas preferidas, y que lo hacían temible, era la necrológica. La cultivaba con verdadero cariño. Es realmente innumerable la cantidad de vecinos del histórico pueblo, despedidos por él.

Y con esta anécdota, podemos perfectamente cerrar esta estampa.

Un día murió Gigin, aquel famoso enanito que vendía juguetes en Industria y 18 de Julio.

Y Mondino, que tenía amistad con él, lo despidió en el cementerio con estas palabras:

—Andate tranquilo, eh... Yo seré el padre de to hicos, y el marido de tu muquier...

Palabras que no deben haber intranquilizado mucho a Gigín, porque Gigín... era soltero.

EL MAS VIEJO CAFE DE MONTEVIDEO

I

SU historia comienza con el nacimiento del pueblo de Oribe. Antes de existir, ya había en la Calle Real y de la Iglesia, un "almacén de marina", en el que podía adquirirse remos, botes, anzuelos, palan-

gres, cuerdas embreadas, palos de urunday y lapacho para las velas andariegas. No cabían en él más que la aventura del mar y la emoción de la pesca.

De tener ojos humanos, sus paredes no hubieran apresado sino cándidas escenas de pueblo recién nacido. Otra fue la realidad, sin embargo. Frente a su puerta partida y cuarterones salientes, en 1851 se degolló a Don Indio y en 1858 a Sandalio Ximénez. Al primero, sus compinches del matadero federal, le hicieron sentir trágicamente su repudio por la flaqueza que tuvo años atrás al despenar a Dubrocas.

Al otro le partió la carótida el negro Vilava, sacándolo del Colegio, en cuya cárcel se hallaba entre los escasos sobrevivientes de Quinteros, por el delito de haber sido criado en casa de Juan Carlos Gómez. Ximénez hubo de jugar con Vilaza su última partida y la perdió en la esquina donde más tarde se instaló este café.

Así fue pasando este inocente almacén marinero su primer cuarto de siglo, entremezclando limpias estampas de cielo y mar con tremendas visiones de guerra inclemente.

Pero un día de 1868 Rizardini, peninsular de cuya pupila no podía caer la imagen de la góndola en que naciera, desalojó al viejo almacén y en su local estableció el "Restaurant Veneciano", que tuvo corta vida: antes de un año las campanas de San Agustín tocaron a rebato anunciando su incendio.

Al año siguiente, sobre sus ruinas ennegrecidas, Rizardini y Queco Guelfi fundaron aquí "La Liguria".

Muchos nombres caben en esta primera época de la casa —1869 - 1914—: Rizardini, Guelfi, Domingo De Marco, que más tarde habría de alumbrar "La Americana", Ferrari, Juan Perrone, Tramontano, Héctor Ramella, Talo Rodríguez, Dutra, Panario y Morteiro.

Siempre estuvo aquí "La Liguria", salvo la escapada de 1905 de Tramontano y Ramella hasta el local que ocupa la farmacia Paladino.

Y la de 1910, al cruzar la calle con Panario y Monteiro, al mismo local que ocupó "La Bomba", de triste memoria.

No hay episodio, por inverosímil que parezca, que no se haya producido entre sus cuatro paredes, desde que Domingo De Marco entró al local con el baúl transatlántico desde sus tierras ligúricas. Ingresó a la casa el 28 de noviembre de 1870, en plena revolución de Aparicio contra el gobierno de don Lorenzo Batlle. Y lo hizo con tan buen pie, que al día siguiente se libró en nuestro pueblo la batalla de la Unión, que dejó un saldo de doscientos muertos.

Pero su trágico nacimiento no le impidió cumplir una existencia larga, plácida y pintoresca.

Conoció la prepotencia del comandante Toledo, que entraba al salón a caballo y a caballo empinaba su farol de caña, rompiendo luego contra el suelo el vaso que no pagaba nunca.

Conoció la diaria partida de truco de aquellos cuatro artesanos de la Restauración que rodeaban por la noche siempre la misma mesa bajo la que dormía —estufa y alfombra— el viejo carnero de Pedro Letra.

Conoció las partidas de ajedrez del coronel Calo y Juanicó, iniciadas siempre bajo el signo de la más exquisita cortesía, pero que terminaron definitivamente, con el tablero encuadrando la cabeza de uno de los jugadores, la noche que a éste se le ocurrió tomarle al otro la reina sin previo aviso.

Conoció las rabietas del comisario Márquez, las apostólicas filípicas de Roncadera, los versos de Agustín Anza, ilustre antecesor de Angelito, que jerarquizó a nuestro pueblo en admirable cuarteta que encierra toda la idiosincrasia local:

"Unión cubierta de hechizos
que simbolizas virtud
si en ella nacimos guisos
no tienes la culpa tú.

Y esta otra que denunciaba el hobby de Anza por la ú acentuada:

"Manes de Lepanto,
heroica Paysandú:
hasta tí me levanto
para cantarte a tú"

Después de cuyo esfuerzo y previo un modesto gargarismo con legítima de La Habana, buscaba el poeta el camino de la Barcelonesa, para iniciar en ella su diaria elaboración de azufre en barras.

Fue tan humilde la iniciación de esta etapa, que la casa no contaba entonces sino con un mozo durante el día y otro durante la noche.

¡Pero qué mozos!...

Hay querecordar la diplomacia del cabezón *González*, cuya memoria era formidable. Cliente que faltara tres días no escapaba al siguiente de enfrentarse con González, que lo esperaba con el índice en

la sien derecha, entrecerrados los ojos, como luchando con la duda que parecía molestarlo.

—Usted me debe un café —le decía.

Casi nunca existía la deuda y a veces debía aflojar González, cuya disculpa inmediata cobraba acentos conmovedores. Siempre se dijo que era pariente de aquel mozo del Santa Tecla, que solía apuntarle un cortado a todo cliente que pasaba por la acera del cuartel.

Después apareció *Ximeno,* mozo veterano, bonachón y despierto para reprimir y contener a tantos clientes jóvenes, dispuestos siempre a relajar el correcto orden de la casa que contó pronto con cinco mesas de billar, ajedrez, dominó, naipes y llegó a reunir hasta treinta.

Cubillas se cortaba el pelo, por lo que le llamaban escobilla. Escobillón, le bramó un día Mayita, cuando quiso cobrarle tres cafés que no debía.

Cabanas debía ser andaluz. Sumando los años que aseguraba haber servido en otras casas, se llegaba a los 80. Y él tenía 36...

¡Y *Bernardo!*...

Bernardo, que cuando le embrollaban un café o le pagaban un té con un peso, le dirigía entre dientes al atrevido un feroz rosario de malas palabras, dignas de Martincito cuando le gritaban pisagüevos.

Con toda humildad le rogaba al cliente le tradujese eso que le masticaban por lo bajo, y Bernardo respondía:

—Estoy hablando conmigo y a usted no le interesa lo que me digo cuando me hablo.

Mejor que no entendiera.

Alguna vez se vio en aprietos, pero cuando lo amenazaban con golpearle, invitaba al agresor a que trajese armas. Las trompadas eran para la chusma; él usaba cuchillo corto, pero no quería ventajear a nadie...

Los versos de Angelito lo enfurecían. El poeta está siempre dispuesto a recitarlos, pero no lo hace cuando están en "La Liguria" mis cinco hijos, porque yo no quiero que me pierdan el respeto...

La última vez que vi a Bernardo fue en 1946, cuando sin conocer su color político cometí la imprudencia de solicitarle su voto para Berreta. Me lo prometió solemnemente. Pero cuando dejé la mesa hasta donde lo había cercado con Pedrito por temor a que me fallara, alcancé a verle en el forro del sombrero un retrato de Luis Alberto, a tiempo que me decía con una fugaz risita oxidada:

—¿Está contento?

No he vuelto a verlo.

De lo contrario, estas últimas líneas habrían sido escritas en latín.

*
* *

Filippini y Scaltritti eran dos moralistas cuando hace cuarenta y cinco años abrieron esta casa.

—Aquí no va a haber nada de juegos!...

Don José agregaba:

—Es que este café es para caballeros... Preferimos perder plata y no principios... Bla, bla, bla...

Pero la realidad tiene cara de hereje. Jugábamos toda la noche al ajedrez y tomábamos un café, de cinco centésimos. Trenzábanse otros al dominó varias horas y se servían un café. Cuatro reales la hora de billar y un café para el apuntador.

Hubo días buenos en que la caja cerró con doce pesos.

Por aquel tiempo don José se peinaba para atrás, pero nervioso como es, iba quedándose como ahora, de pura rabia, mientras el socio lo consolaba con frases folklóricas:

—No te hagas mala sangre... Ya vendrán tiempos mejores...

Pero un buen día llegó hasta ellos don Vicente Ravera, representante del cacao Bendorf en Montevideo y les abrió los ojos:

—Ustedes no pueden seguir así. Parece mentira: den barajas, permitan el "gofo", saquen jugo a la sagrada afición de los muchachos.

Los primos se miraron sin hablar... y aflojaron.

Pero el sobreviviente, utilizando las mismas palabras que se tragaba Bernardo, juró venganza.

—Algún día yo haré una Liguria de verdad y a mi antojo.

Esa Liguria es ésta, que según la sagrada opinión de Alciatury, empezó realmente a progresar, cuando el Rotary decidió tomar bajo su protección el salón de fiestas...

II

NO era todavía el café del año veinticinco en que se quitó a la Avenida la pobre cuña que le ofrendó en 1866 Venancio Flores cuando para extraerla abrió la cantera de Basáñez, que fue penal desde el 98. Se la reemplazó con hormigón, causa única de nuestras

desdichas, porque si ha hecho posible el milagro de que se haya vendido a mil pesos el metro cuadrado, le quitó al pueblo de Oribe todas sus virtudes de pueblo pequeño, las que tenía y ya no tiene, porque ya no se camina en la Unión, se corre y ya no conoce los hábitos hogareños ni estila en sus apartamientos aquellas vecinas que llevaban libretas para refrescar las últimas noticias que debían transmitir en seguida...

Ese año el café anexó la peluquería, trayendo a aquel español que aligeró a Rubini encargándole el alhajamiento del negocio y compró un camioncito. Se tomaban los pedidos y allí salía a treinta por hora el empleado a dar cumplimiento a los encargos. Si había protestas por supuestas deficiencias del servicio, Angelito arreglaba el asunto con un soneto y listo.

Pero un buen día le dio al camioncito por no arrancar. Estaba en la puerta, cargado de centros de mesa con masas y sandwiches de todo pelaje. Después de varias tentativas podía verse a don José pasearse nervioso con el infarto en puerta. De pronto apareció Raymundo, el último de nuestros amigos que emprendió el viaje antes que nosotros.

—Déjenme solo —dijo con un ademán que pudo tener Araújo cuando se acercaba a Pelusso con la avena en la mano, mientras el público del redondel suspendía el aliento.

Y con aquella fuerza de vasco auténtico que solía estilar cuando estaba de vena, se prendió al camioncito y empezó a hamacarlo...

Don José lo frenaba, inquieto:

—Tené cuidado, Raymundo: no olvidés la carga...

Pero Raymundo estaba reconcentrado, mudo y sordo.

Hasta que, solicitado a fondo, el camioncito arrancó.

Yo no me explico cómo le restan todavía algunos aislados mechones al pobre don José. Con los que se quedó en la mano al contemplar cómo el terremoto había dejado la preciosa carga, bien pudo haberse compuesto el peluquero Schinca una fantástica pelúca para uso personal.

Todas las masas, los sandwiches, los saladitos, los villerois, los soberanos, los bimbos se confundían en montón sobre el pio alfombrado por los puchos de Angelito, que en esos felices tiempos fumaba "Toro negro" envuelto en chala...

Ya era un café más cercano a nosotros. No era de los remotos tiempos en que don Julio Mónico que elegía sus amistades preferentemente entre el funcionariado nacional, distinguía con particular devoción a Lázaro Cuñarro y a Gatti.

Era el café con hombres representativos como Farías, que ya no se disfrazaba de oso cuando Bruno le daba los tres días libres en la hojalatería. Ahora empleaba lo que solía llamar sus horas útiles, sentando cátedra ante media docena de imperiales. Era de ver como salía de su mollera la anatomía y la fisiología que aprendiera cuando acarreaba mate a Fernández Latorre.

Antes que él eran famosos los contrapuntos, mazo en mano, entre Bernardino y Saturno, que supieron perderse entre los dos cuatro estancias, en payadas interminables hasta el alba, mientras por debajo de la mesa yiraba el tarrito de la poliakiuria...

*

* *

Un día apareció en el café más viejo de la Unión, Marcelino.

Marcelino era un lustrador español, que se gloriaba de haber servido "a un hijo de Canalejas". No había hecho más que cruzar la calle, desde el café de Bianchi, donde lo habían "ofendido". Allí lustraba, desempeñando algunas changas extras que lo ayudaban.

Pero una tarde en que no se había despachado ni un pocillo de leche, ante un pedido urgente, pudo constatar el dueño que no quedaba una sola gota en la casa. Marcelino había llegado sin desayunarse, y para empezar a hacer boca, se había bebido los tres litros que dejaba diariamente Teófila.

—No tuve más remedio que refugiarme en "La Liguria", que me recibió como un padre —me dijo pocas horas después de su aterrizaje.

La conquistó de un golpe, por su verba pintoresca y sus réplicas repentinas.

Marcelino de Gracia Ribeyro y Obes fue el primero que en nuestro medio usó cartas entre media y zapato para proteger a la primera de las agresiones del betún. "Es moda en Madrid", decía con un guiño. La clientela aumentó rápidamente y le permitió sacar una libreta en el Banco República. Pero ostensiblemente la barra se lustraba con otro y la reacción de Marcelino consistía en tirar al medio de la calle el cajón industrial, que desparramaba las pomadas y cepillos, mientras el ruido se apagaba bajo su indignada jerigonza...

Cuando estaba de buena pulsada la concertina en el trabajo, pero si lo hacían rabiar, no había dios que le hiciera lustrar los dos zapatos; dejaba uno sucio para mostrar lo duro que era el barro del bañado...

Para desenojarle lo invitaban al mostrador y cuando limpiándose la boca con la manga, volvía a su silla, sus ojos azules mostraban en seguida su desazón; alguien le había llenado con agua el asiento y él lo sabía *ahora,* cuando era demasiado tarde.

*

* *

Un buen día la casa decidió su última reforma. Y en el billar chico, el único que quedaba, don José quiso jugar conmigo la última partida antes que se lo llevaran... Apuntó Primo, alcalde de la 24, gran ajedrecista, con quien juego a menudo en casa, moviendo las piezas con la mano izquierda, ya que necesito la derecha para sostener la espada de Basterrica, con la que amenazo al fullero cuando sus caballos amaestrados se encabritan y saltan de negra a negra...

Primo era famoso entonces por esta característica: cuando le ganaba a Cristiani una mesa que había resultado reñida, se descalzaba y en medias daba dos vueltas sobre el billar, mientras su contrario lo corría golpeándolo con su propio zapato.

Sabiotti era nuestro apuntador ese día y se daba cuenta de la importancia histórica de su rol de juez en esa última partida de billar que iba a entablarse en "La Liguria"... Ibamos cabeza a cabeza y cuando nos faltaba una sola carambola para salir, hice la mía, pero con una jugada que hubiera resultado sucia para todo el Instituto de Ciegos reunido en mesa redonda.

Con toda humildad me dirigí a don José:

—¿Fue buena, maestro?

—Claro —me contestó felicitándome al dejar el taco.

Y entonces Sabiotti no pudo más, y encarándose conmigo me dijo, con la más viva indignación, estas palabras que provocaron una carcajada estruendosa:

—Dele gracias a dios que está jugando con un hombre decente, que si hubiera jugado conmigo...

Poco después demolieron el viejo edificio y Sabiotti compró los materiales, con los que edificó cuatro casitas.

Don José sabía perfectamente que el alcalde había hecho el negocio del siglo. Se desquitó, vendiéndole en cincuenta pesos una heladera apolillada y una radio sin pilas.

*

* *

"La Liguria" es el único nexo que nos une a la vieja Unión que va desapareciendo. Cuando nos refugiamos en ella, los recuerdos que nos asaltan son nostálgicos que no en vano han pasado sobre ella y nosotros cuarenta años. En ese tiempo está encerrado lo mejor de nuestra vida, la que añoramos tristemente, logrando recuperarla en parte al recorrer en la tardecita las calles transversales que nos guardan aún el clima de la Restauración.

Este viejo comercio es una institución que nos permite mantener un legítimo orgullo y olvidarnos de la cuarteta de Anza.

Pero ya no tiene a Rubini, ni guarda las enseñanzas hípicas del petiso Bruno, ni las geniales ocurrencias de Márquez Guichón, cuyo brillante talento desperdigó en "El duende satírico", que imprimíamos a rodillo en este mismo lugar donde un día de 1843 nació Domingo Aramburú que se firmaba "Byzantinus".

Flotan en el ambiente cálido de café y tabaco, nombres muy queridos: Raymundo, Armando, Mauro, Beto, Regino, Juan Pascual. Y los que tuvieron siempre nuestro máximo respeto y afecto: don Félix, don Leopoldo, don Samuel, don Herminio, don Vicente, don Andrés.

Y los que explican nuestros momentos de inesperado alejamiento de la rueda: mi padre y Carlos...

Conserva para nosotros una permanencia sagrada ese pasado que huye vertiginosamente, y tiene el poder de aislarnos a veces, por lo que los amigos nos acusan de estar "en la nube".

La mesa que frecuentamos, hasta la que llega a menudo la locuacidad de don Jesús, agrupa un clan de experiencia que podría estar mejor aprovechada. No faltan nunca don Enrique, temible conocedor de vidas y haciendas de los hombres de su tiempo; Italo, cuya inquietud polariza hacia el sueño de llevar a la par la cotización de los hipotecarios; Tito, temible polemista, cuando polemiza, porque él prefiere dormirse desvergonzadamente sin cuidarse de sus ronquidos; don José, que sólo piensa en otro viaje a Europa... si lo acompañamos; y Angelito, que cuando lo hacemos engolfado en sus cartones, se nos acerca con aire inofensivo, trayendo en la mano el último soneto que no nos deja dormir...

"LA UNION" SEGUN "EL DIA" EN EL AÑO 1891

EN Octubre 14 este diario publicó un artículo con estos subtítulos:

"Su destino histórico. Teatro de los sucesos. El baluarte del Partido Blanco. Se estaba a tres días del 11 de Octubre, fecha en que se enlutó la Unión con la sangre de muchos inocentes, en el motín blanco-latorrista que estalló ese día.

Este es el artículo.

"Hemos pensado que en estos días, en que la fracasada revolución ha puesto en boca de muchos y ha traído a los puntos de la pluma el nombre de la Unión, tiene interés y oportunidad una descripción de esa villa, aunque sea somera y no muy completa.

La Unión ha sido baluarte del partido que dio origen a la homérica Defensa de Montevideo, y afiliados a ese partido han sido en todo tiempo la mayoría de los habitantes de esa villa.

En ella vivió Oribe, y en las luchas civiles llegó a servir de campamento y cuartel general de Aparicio. Allí acamparon muchas veces las fuerzas del partido, y de allí salió mucha mozada a sacrificarse por pobres ideales en los campos de Corralito, Severino, Sauce y Manantiales.

Así ha sucedido que se considere como la Montevideo de los blancos a la ruinosa y arruinada villa vecina de nuestra capital. y que ella muestre marcada influencia de esos sucesos y circunstancias.

Bien se puede admitir lo de la influencia del ambiente de una ciudad, hablando de la Unión, y quizás los revolucionarios de estos días lo tendrían muy en cuenta al elegir a esa villa para teatro de la insurrección y local y asiento de su improvisado Gobierno.

ASPECTO DE LA VILLA

Derramada en una planicie que se extiende desde la última loma de la Cuchilla Grande, hasta las quebradas y médanos del Buceo y Carrasco, se presenta la villa como aplastada y sofocada por las arboledas. de las quintas de la Blanqueada, la Aldea y Maroñas.

Sus casas son las más de construcción antigua, de un piso de frente, sin adornos, con puertas y ventanas de marco cuadrado, que re-

cuerdan las construcciones primitivas de embrionaria arquitectura. Un tipo uniforme en calles enteras. Y la monotonía sólo se rompe por edificios en ruinas, que no son escasos, por cercos derrumbados por el abandono de muchos años, o por alambrados de hilos ferrugientos por entre los cuales entran a los solares, abundantes en yerbas, las cabras y los carneros que salen a pastas a las calles sin empedrado donde el pasto crece libre y apenas aplastado por el tránsito de algún vehículo.

Sobresalen algunos edificios de entre la masa: el Asilo de Mendigos, con una torre en construcción elegante; la Iglesia dedicada a San Agustín, costeada por Oribe, a quien recuerda con una lápida que hoy se encuentra, no sabemos por qué, en el Museo Nacional, y la cual lápida dice que el general don Manuel Oribe mandó construir durante su gobierno, en el 1843, aquella iglesia.

El moderno Asilo Maternal lindante con el de Mendigos, es, como obra arquitectónica, de lo peor que ha mandado construir la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública.

Y por último la Plaza de Toros, construída por una sociedad anónima en el año 1850 y tantos.

Este circo taurino, que todo Montevideo conoce, sirvió hasta el año 1890 para dar alguna animación a la villa en los días de corrida.

Pero hasta las corridas de toros, las toraidas que inspiraron celebrados romances y epigramas a cuña de Figueroa, han sido prohibidas, y perdido ese aliciente, la Unión se sumió en eterna paz sepulcral que ha venido a ser turbada por la chirinada del domingo.

MARCA DE FABRICA

La Unión, queremos repetirlo, es blanca en su aspecto y en su vida de agonía.

Los habitantes han vivido apegados a las tradiciones del fundador de la villa. Allí los viejos soldados, inutilizados en las guerras civiles, por siempre recalcitrantes, han ido a buscar cuarteles de invierno; soñar con el triunfo de su partido y educar a hijos y nietos en la intransigencia y estrechez de ideales que forman el programa político de su partido.

La mayoría de las casas de la villa est;n pintadas de celeste; los habitantes les han puesto su divisa, que viene a ser como la señal que el Angel hizo en las casas de los Israelitas en Egipto, cuando Jehová mató los primogénitos para constreñir a Faraón.

Los habitantes de la Unión, cuyas casas están pintadas de celeste, deberían ser respetadas por los ángeles exterminadores del partido, en el día de la quema.

LAS UNIONERAS ROMANTICAS

El que visita la Unión en un día de fiesta se admira de lo numerosas que son las mujeres de la villa.

Y al ver a algunas que parecen pasadas de edad en una soltería empedernida se piensa en una fidelidad romántica al prometido esposo muerto en alguna revuelta que las ha dejado viviendo vida de jóvenes cuando ya han dejado de serlo.

¡Las muchachas unioneras...! ¡Cuántos recuerdos de nuestras guerras de partido, pasan por nuestra memoria a escenas novelescas de amores y promesas eternas...!

En la niñez oímos contar una historia conmovedora; la acostumbrada de unos amantes cuya felicidad destruye la implacable guerra.

El galán era mozo y gallardo, ella niña por la edad, pero mujer por la firmeza de sus sentimientos. Cuando el caudillo llamó al joven a ocupar su puesto en el ejército, se despidió de la novia con la que cambió, como prenda de fidelidad, un anillo por una divisa celeste.

El soldado al partir, cantaba una copla repetida por muchos después:

En la guerra adonde voy
nada me importa que muera,
porque sé que ha de llorarme
una patriota unionera.

No volvió el guerrero, y su fiel amante reconcentró su dolor en la mudez e impasibilidad de las almas fuertes, y vive con esas otras solteras que adornadas de cintas celestes y con alhajas de forma y color antiguos, pasean por las calles de la Unión en las tardes de domingo.

LAS RELIQUIAS

Todo recuerda en la Villa, al partido, desde la iglesia, desde las calles que fueron teatro de combates y campamentos de los ejércitos

de Oribe y Aparicio, hasta los habitantes que son cada uno recuerdos o reliquias de las revoluciones o en los momentos de auge del partido.

Y sofocada esa intentona criminal la villa ensangrentada y enlutada por la pérdida de algunos de sus hijos vuelve a su reposo mortal, para esperar in sécula seculorum, el día del triunfo que ha de hacerla, según dicen, capital del Uruguay".

El 15 de Octubre, es decir, veinticuatro horas de publicado el suelto, "Un propietario de la Unión" dirigió al señor Batlle una carta en la que se trataba de falsedades las noticias de la nota anterior. No lo creía el autor de la misma, considerándolo ajeno a su redacción. De esto estamos seguros, pues el señor Batlle pasó la carta a su secretario de redacción el señor Benjamín Fernández Medina, el que no la contestó, conservándola en cambio en su archivo hasta el año 1961, en que falleció en Madrid, habiendo dejado todos sus papeles personales para que se le enviaran al señor Juan E. Pivel Devoto, director del Museo Nacional. Este apenas los recibió, nos ha enviado copia de la protesta no publicada y de la nota que redactó EL DIA, por lo que le estamos sumamente agradecidos.

A los muchos años del episodio, tenemos la casi seguridad de que el autor de la misma fue el señor Francisco Xavier de Acha que entonces vivía en la Unión, en casa propia, en la que editó "El Molinillo", en 8 de Octubre 314 casi Porvenir, casona con una enorme magnolia en un arriate, que ocupó después hasta su muerte, el gran vecino don Juan J. Raissignier, secretario vitalicio de la Comisión Auxiliar.

Pocos años debía vivir el señor Acha después del golpe del 11 de Octubre, pues falleció de arterioesclerosis, según el certificado del doctor Crovetto, en 10 de setiembre de 1897, siendo velados sus restos en la calle Industria 114, donde después vivió el señor Francisco Murias.

Pensamos en Acha como muy posible autor de la carta del 15 de Octubre, porque en él se declaraba no perteneciente al Partido Blanco. Sería la segunda vez que lo hacía, pues en una ficha autobiográfica que me entregó la familia, se ve la misma anotación, al relatar el suceso del 1º de Abril del 46, en que la revolución que inició ese día el teniente Ramírez, determinó en el Puerto la trágica muerte del Coronel Estivao.

Había que conocer la exquisita cultura de Acha, para valorar la respetuosa carta que le dirigió a Batlle, que termina con estas palabras:

—"Esperando de su hidalguía y caballerosidad se sirva publicar la presente..."

Ese era el modo de ser que usó siempre.

Pero en cuanto al autor del artículo del 14 de Octubre no encuentra palabras para significar sus protestas. El pueblo de la Unión era su debilidad. Tanto que era injusto. El suelto de Acha decía que la Unión era "el baluarte del Partido Blanco", cuando él estaba casi seguro, sin embargo, "que sus propietarios, en su mayor parte, pueden tal vez ser sus correligionarios políticos".

*
* *

El autor de la nota del año 91 decía la verdad más absoluta. Cuando en 25 de Agosto de 1865 murió doña Mauricia, la Comisión Auxiliar de la Villa incluyó su nombre entre las probables designaciones que puso a consideración de la J. E. Administrativa para su aprobación o su rechazo.

En Febrero 22 de 1866 "La Tribuna" lanzó en su segunda página la protesta más furibunda contra dicha designación.

—"Doña Mauricia Batalla, decía, había sido respetuosa sólo con los hombres de su Partido. *Era una mujer que pegaba con brea hirviente la cinta federal a la que no la llevaba*".

Se había solicitado para ella esa distinción en el nomenclator, para la hoy calle Pernas, antiguamente llamada Montevideo. Se decidió "restituir a la calle Montevideo su antiguo nombre de General Artigas".

No se le había dado nunca. El general don Manuel Oribe se lo había asignado en 1849 a la Calle Real llamada hasta entonces de la Restauración. Fue el primer homenaje a la memoria del Héroe hasta entonces vilipendiado, que no había alcanzado ese honor ni siquiera en la nomenclatura de Lamas.

*
* *

La Unión ha sido siempre blanca, distinguiéndose sus mujeres por la firmeza de sus convicciones. Abdón Arosteguy, en el tomo primero de su "Revolución del 70" publica una carta de la señora *Rosa Linares* contra los oficiales del Gobierno "por los atropellos contra las muchachas de la Unión".

Es una carta dirigida al doctor José Pedro Ramírez en que refería el suceso. El 5 de Marzo de 1871, mientras paseaban por la Calle Real, los oficiales Santos y Ruiz las atropellaron, y a su hija le arrancaron del cuello una cinta celeste.

"Un propietario de la Unión" niega que la mayoría de las casas de la Unión estuvieran pintadas de celeste. Es de creerlo así, si se da crédito al "Licenciado Peralta", que dice en uno de sus libros, refiriéndose a la Unión visitada por él en seguida de la paz de Octubre, que "las casas de ese pueblo estaban pintadas de rojo en sus puertas y ventanas. El rojo era el color de Rosas y el de su teniente Oribe durante la Guerra Grande.

Respecto a los animales sueltos en las calles sin pavimento, recordamos que no sólo era Eloseguy el que soltaba sus gallinas amaestradas, que una vez libres en Lindoro Forteza, volaban materialmente hacia el desembarcadero de maíz que tenía Viscaya en Juanicó. Frente a la tienda de don Santiago Poggi, donde hoy ocupa su solar el Banco de la República, estaba la parada de los breaks para uso del pueblo.

Allí los tres hermanos Parodi, de los cuales Pedro tenía un cupé que sólo sacaba a la calle a pedido por escrito, Juan Letra, Hermenegildo Duarte, el viejo Tramontano a quien llamábamos *Piolita*, hacían maravillas con el plumero antes de cada viaje. Mientras, las gallinas de toda la vecindad tenían el antojo de escarbar la boñiga de los jamelgos de los coches. Ya vendría por alguno de ellos doña Angela Ramela, para un provechoso viaje a la Chacarita, en busca de un varón o una nena.

No era eso solo. En la estación del ferrocarril al Manga las esperaba una abundante ración a las gallinas del Jefe, que alcanzaba a los gallos ingleses que criaba don Norberto Aguirre, padre de don Benito, en calle Fray Bentos y Miguelete.

En cuanto a animales de cuatro patas, recordemos que en 1854 tuvo la Unión un periódico del mismo nombre, que con su enemigo "La Estrella" que dirigía el manco Méndez, degollado en Quinteros, no se cansaban de repetir, desde el nacimiento del pueblo, que la plaza que debía llamarse de San Agustín, no tendría vegetación mientras no fuera ejecutada la inmensa cantidad de chivas que la frecuentaban a todas horas.

Eran los antecesores de los que saltaban los cercos caídos en 1891 y arrancaban a la plana de este diario tantas *falsedades* como para irritar al señor Acha, que habría visto tal vez a la tropilla de María An-

tonia, hacer gimnasia antes de triscar en Juanicó y Comercio donde hoy luce la cooperativa de ómnibus, los jugosos pastos que por allí abundaban.

*
* *

La Unión fue una bellísima aldea hasta pasado el fin de siglo. Tuvo números que nos divirtieron, como aquel vasco francés que falleció en 26 de Julio de 1901, que herraba los bueyes de la Restauración en la intersección de Propios con la Avenida 8 de Octubre, donde crecieron antes "los ombúes de doña Mercedes".

Bellísima por la gente que vivió en ella. Fue pueblo blanco hasta que don Juan María Oliver le dio el primer triunfo al Partido Colorado el año 1910 con el Club Juan Carlos Gómez, triunfo que se rubricó por el doctor Schinca con el Club Cruzada Libertadora.

EL COMBATE DE 1870

A fines de 1871 nos devolvió París a Pedro Visca. No sabía entonces cuál era el sentimiento más fuerte en él; si su orgullo por esa carrera terminada en Europa a todo honor, o su verguenza por saberse ciudadano oriental. Cuando el grupo de estudiantes americanos se reunía en el barrio latino a evocar la tierra lejana, "tenía que callarme —confesaba más tarde en Montevideo, desde la tribuna del "Club Universitario"— porque las sonrisas de desdén que veía dibujarse en los labios de mis compañeros, me cubrían de verguenza y me llenaban de dolor, al ver el desprecio que inspiraba la República Oriental, por los escándalos diarios de sus bandos y de sus hijos".

Exageraba Visca. Tenía la obsesión de nuestras sangrientas revueltas. Y creía ingenuamente que toda Francia seguía su desarrollo, como él mismo, lo hiciera, participando de ellas, con las de la Comuna. Lo cierto es que el gobierno del general Batlle había sido atacado con saña. Primero Máximo Pérez, más tarde Caraballo, luego Aparicio.

Pudo haber triunfado la revolución de este último. Obtuvo notorias ventajas en Severino contra Suárez y en Corralito contra Caraballo. Avanzó entonces sobre Montevideo. A fines del 70 los blancos, que habían instalado su cuartel general en la Unión, tomaron la fortaleza del

Cerro y echaron a vuelo las campanas de San Agustín, silenciosas y enlutadas desde el 17 de Agosto en que habían doblado por la muerte de doña Agustina Contucci, viuda de don Manuel Oribe.

Con Medina como generalísimo, hubieran seguido mudas las campanas del pueblo. Porque Medina no hubiera cometido el error de avanzar sobre la capital dejando atrás de su huella los restos de los ejércitos a quienes había batido pero no aniquilado. De esa manera el sitio de Montevideo por Aparicio tenía que fracasar. Serviría sólo para escribir con sangre una página más de heroísmo criollo. Una página más entre las muchas que señalaron la valentía de una raza especializada en el fratricidio.

*
* *

En el hipódromo de Maroñas acampaban los revolucionarios. En el viejo circo, no en el actual. Su pista casi rozaba el frente de la iglesia de Ituzaingó y el portón de hierro de la quinta de José Pedro Ramírez.

En la estación del tranvía de caballos fué emplazada la artillería. Los ejercicios de instrucción eran cumplidos en la explanada frente a la plaza de toros. Una tradición que se mantiene firme entre los pocos viejos que van quedando por estos lugares, pretende que Juan Saa, el famoso "Lanza seca" de las provincias argentinas, era quien instruía por las mañanas a los reclutas. Lo hacía con voz tan fuerte, que "Pedro", el loro de la tahona de Sicco, aprendió pronto todas sus voces de mando, que luego repetiría incansablemente durante el montón de años que vivió todavía en la orilla del pueblo.

Reproducimos la tradición para negarla. "Lanza seca" no volvió al Uruguay después de la revolución de Flores, muriendo repentinamente en una estación de ferrocarril el año 1884. "Pedro" habrá repetido las voces de mando del cabo instructor, pero nunca las de Juan Saa, que no las habría tenido nunca aunque hubiese participado de la patriada de Aparicio. No es misión de los jefes de ejército la instrucción militar en los soldados rasos. Las caballadas en número de dos mil animales, ocuparon la quinta de Magariños en el Buceo, la de Hernández en la Aldea, la de Malladot en la Unión, y el Rincón de las Animas en el mismo punto.

Timoteo Aparicio había sido vecino de la Restauración en la Guerra Grande, habiendo vivido en la esquina de las calles que lleva su nombre y Lindoro Forteza. Nacido en Canelones cuando Guayabos, arrastró una triste niñez y una adolescencia borrascosa. Había sido peón

y matrero antes del Sitio Grande, en los montes del Yí, Illescas y Mansavillagra por causas seguramente partidarias, pagando muchas veces su manutención con cortes de leña para los hacendados vecinos.

Era un mulato alto y delgado, de larga barba blanca, distinguido mucho más por la pujanza de su brazo al empujar la lanza, que por sus muy escasos conocimientos militares. Analfabeto como Medina, firmaba con un sello, o estampaba trabajosamente su nombre dentro de un lazo que dibujaba en el papel. Había sabido adquirir fama de hombre valiente, pero inflexible y no siempre respetuoso de la vida de los enemigos vencidos. Durante un mes y medio tuvo su cuartel general en la casa de Andrés Fariña hijo, a los fondos del Campo Español actual. Están en ruinas las tres piezas del rancho. En la última, convertido en granero, puede verse aún el caño de una enorme chimenea de troncos.

*

* *

El episodio luctuoso que evocaremos y que tuvo por teatro las calles de nuestro pueblo nos fué narrado por los generales José Visillac e Ignacio Bazzano, sobreviviente el último, y que actuaron en él, aunque en campo distinto.

Ambos relatos son dignos de fé. Ninguno de los dos se constituyeron, al contar el combate, en el eje del mismo. En un hecho de esta naturaleza, cada actor presencia sólo una pequeña parte, exactamente lo que ocurre a su alrededor. Los fragmentos se adosan y así va surgiendo el fiel relato.

Las fuerzas de Aparicio constaban de cuatro mil hombres. No eran superiores las de Montevideo. Las trincheras de la plaza corrían a lo largo de la calle Yaguarón mientras las avanzadas revolucionarias llegaban a las Tres Cruces.

Eran frecuentes los tiroteos entre los dos bandos.

Estos son los muertos en filas revolucionarias, entre el 25 de Octubre y el 28 de Noviembre, víspera ésta última fecha, del combate de la Unión.

Benjamín Resquin, Justo Generoso, Domingo Blanco, capitán Agustín Braganza, Rosendo Barrero, sargento Juan Camejo, alférez Miguel Miranda, alférez Manuel Silva, cabo Miguel Valenzuela, Alférez Antonio Azareto, Francisco Liñán, Teniente coronel doctor Adolfo Basañez, Capitán Adolfo Fragueiro, Tito Cali, Cálido Ribas, Juan Antonio González, Tomás Castro, José Martiniano, Juan García, Santiago Peluffo, sargento del comandante Pugo.

Es interesante que la sub-receptoría de cementerios de la Unión, haya llevado y conserve libros desde 1867. Sus páginas nos ofrecen estos nombres con lo que rendimos un pequeño homenaje al anónimo soldado de nuestras contiendas. Menos felices, 28 cadáveres fueron sepultados sin identificación, a fines del mes de Noviembre.

Dos palabras sobre Basañez. El día antes de su muerte fué sorprendido y derrotado en el Cordón por una fuerza al mando de Lorenzo Latorre. Para vengar esa derrota, atacó el día 11 a las fuerzas del gobierno en 18 de Julio y Caiguá. Los gubernistas, luego de una breve retirada, obligaron a los revolucionarios a replegarse. Mientras lo hacían cayó muerto Basañez volteado de su caballo por una bala. Era un joven y distinguido abogado de 35 años. A su lado cayeron Tito Cali y el capitán Fragueiro. Junto se veló a los tres en casa de Basañez, todavía existente junto a La Liguria, y junto se les enterró el día 12 en el niño 572 del pequeño cementerio local.

*

* *

La artillería blanca era mandada por los coroneles Egaña y Maza. La infantería ocupaba el Asilo hoy Hospital Pasteur.

En su patio de paraísos, que no existían entonces, se alineó los muertos después del combate para que la población los identificara.

Un alemán, Gasser, oficial prusiano, casado con una hija del general Ignacio Oribe, se ocupó en esta campaña de la fundición de cañones y proyectiles. El espacio de la barraca de Uriarte donde se levanta hoy el Cuartel, estaba cercado por chapas de zinc o hierro galvanizado. Gasser fundió las chapas para obtener proyectiles. El tren de artillería era fabricado y refaccionado por los carpinteros Augusto Liesack y Betrán Quereillac, alemán y francés uno y otro.

*

* *

Pasado el medio día del 29 de Noviembre salió del Cordón en dirección a nuestro pueblo la columna del gobierno que se disponía a reconquistar prestigios ajados desde la pérdida del Cerro. La columna tomó la calle Aldea hasta la de Figurita y tomó ésta hasta el camino del 18 de Julio donde encontró un puesto de centinela. Esta primera guardia fué exterminada en pocos minutos. La gente fué sorprendida churrasqueando. El soldado encargado de los fogones fué clavado contra la pared francesa de la esquina por un golpe de lanza.

La columna siguió hacia afuera. Frente a los molinos de Himonet o de Sochantres el comandante Vásquez se vió atacado por el comandante Visillac que por orden de Basterrica había salido de la plaza de toros con dos compañías, a sostener al capitán Estomba que se encontraba de avanzada. Visillac fué rodeado, herido de bala y bayoneta y dejado por muerto. Fuerzas nuevas de los blancos hicieron retroceder a Vasquez unas cuadras, y así fué rescatado Visillac, llevado luego a una cajonería fúnebre y honrado en ella por emocionados besos de admiradores que lo creyeron muerto.

*

* *

Al frente de las tropas, montado en su caballo moro, don Lorenzo Batlle, vestido de paisano. Lo seguían su Estado Mayor y tres batallones de infantería. Luego la artillería de Carrión. Más atrás la caballería.

Se ha repetido que los blancos no aparecieron como fuerza homogénea salvo a la altura de Sochantres hasta el final del entrevero; hacían fuego desde las azoteas vecinas, a lo largo del Camino Real. No debe ser exacto. Los colorados llegaron al centro del pueblo, sin grandes bajas.

Frente a La Liguria hizo alto la fuerza del gobierno. Casi en el mismo momento, una bala, disparada, según se afirma desde lo alto de la confitería y café de La Veneciana, hirió al caballo del Presidente en la ranilla de la mano izquierda. El sobreviviente que nos narró la escena, oyó estas palabras de don Lorenzo, dichas mientras se inclinaba para acariciar el cuello de su animal:

—"Tené paciencia moro; esa bala era para mí".

La incidencia fue cortada por la presencia de un moreno, militar, tocado con una gorra de marino. Venía de la plaza. Desmontó, y acercándose al Presidente, le pidió autorización para bombardear el Asilo de Mendigos, donde estaba el Estado Mayor de los blancos.

Era el mayor Carrión, jefe de la artillería, moreno elegante, de bien cuidada pera negra.

Negó el permiso don Lorenzo con indulgente frase:

—"No Mayor; es una propiedad de la nación, no hay que arruinarla. Ya lo tomaremos en otra parte."

Así se salvó el Pasteur de hoy, de caer bajo los cañones, humanizándose de paso la batalla que se libraba en nuestro pueblo.

El segundo episodio sangriento tuvo lugar mientras el Presidente había decretado el alto frente a la calle de la iglesia. El batallón de Basterrica llevando al frente su banda de músicos.

Setenta hombres perdieron los colorados, siendo rescatados sus cadáveres y llevados a Montevideo adonde se dirigió Batlle después de la pelea. Se ha dicho que don Lorenzo temió ser rodeado entre dos fuegos, ya que Anacleto Medina que venía de Goes, había tomado Figurita para alcanzar la Unión. Lo cierto es que las fuerzas del gobierno ya no tenían que hacer en el pueblo. El objetivo primordial de la salida estaba logrado. Batlle había entrado en nuestro pueblo ocupado por los blancos había combatido con sus defensores y vuelto a la ciudad en perfecto orden.

La batalla no debe ser considerada, sin embargo como un triunfo total de los colorados. Los blancos quedaron en la Unión, a la que no abandonaron sino veinte días después.

Cuando se fueron se fué con ellos el cañón del gobierno, bautizado irónicamente con el nombre de "Olvido" tomado por los blancos en 18 de Julio y Larrañaga en una de las muchas peleas parciales entabladas en esa tarde.

Ni el general Medina ni los coroneles Aparicio y Muniz pudieron hostilizar al general Batlle en su vuelta a la ciudad. Ninguno de los tres había peleado en la Unión. Si hubieran atacado a Batlle es difícil de prever a qué bando hubiera correspondido la victoria. Pudo haberse inclinado, terminándose así la guerra, al bando revolucionario.

Hubo actos heroicos en esa vuelta con orden. El joven Ignacio Bazano cargó sobre su caballo un herido grave tendido al borde del camino. Era un moreno veterano de la guerra del Paraguay, y perteneciente al 2º de cazadores del coronel Baliñas.

La más significativa de las bajas revolucionarias, fué la del comandante Eustaquio Chalá, un verdadero valiente.

Murieron también Bernardino Carabajal sargento mayor de línea; Dimas Gil, Juan Eladio Etcheverry Fulgencio Murero, Antonio Urán, Félix Reboledo, teniente de línea Casiano Silva, Ernesto Macho. Y un guardia Nacional del batallón Estomba, de 18 años, de nombre de relumbrón: *Bernardino Rivadavia,* nieto del héroe civil argentino.

La lista que hemos obtenido termina con la parda María Pereira.

Estos son los muertos que figuran en los libros del cementerio correspondientes al combate del 29 de Noviembre.

Once. Pasaron de trescientos los muertos de ese día, pero muchos fueron sepultados sin identificar.

A lo largo de los veinte días siguientes murieron estos revolucionarios: teniente Luís Merli, un moreno, Juan García, N. Sotelo, Anacleto

Martínez, soldado de Amilivia, Salvador Nolasco, división Paysandú, asistente del doctor León Capdeuhourat, capitán Manuel Calvo, Gregorio Gómez, soldado de la división Medina, capitán Isidoro Romero, Mateo Alvariza, africano, 80 años, muerto por bala de cañón, Regina Gómez, 25 años, soltera; soldado distinguido Antonio Plá, Eduardo Morosino, Olegario Aacio.

Faltan todavía algunos nombres en esta larga lista roja: día 18 de Diciembre: dos degollados.

CRIMENES LEGALIZADOS

En el ejército de Aparicio hubo una enorme disciplina. Se castigó con la muerte el robo y el asesinato. En 8 de Diciembre se fusiló en el centro de la pista del Hipódromo de Maroñas a Marcelino Moreno, alférez de la División Maldonado, por robo y conato de homicidio. El mismo día y en el mismo lugar fué fusilado Rufino Monzón, de la división Mercedes, por robo y homicidio.

Al tercer fusilado en la Unión lo menciona Arosteguy en su libro "La revolución oriental del 70": un moreno, por haber dado muerte a un oficial. El libro del comentario nos da sus señas: "un cadáver negro, militar fusilado el 18 de Diciembre".

¿Quién sería ese fantasma que no dejó huellas ni de su nombre? Un negro gigantesco, 24 años, *Ramón Montiel.* Había partido el corazón a un oficial, el teniente asimilado *Demetrio Torres,* médico. Montiel ultimó a Torres la noche del diez de Diciembre, en la esquina de la barraca de Uriarte, donde en 1889 se edificó el actual edificio del cuartel de la Unión. Seis días después Montiel estaba condenado a muerte. Era soldado de la división Estomba. Un cronista recogió los detalles de esa muerte. Espantan. Era un cronista común, ese muchacho de 19 años, que como secretario del fiscal militar asistió a la ejecución del reo.

Cuando fueron a encontrar a Montiel lo encontraron sonriendo. Pidió hacer testamento y le extendieron una hoja sobre un tambor. Dejó todo lo que tenía, diecisiete pesos a su china Rosalía. Vivó al coronel Aparicio cuando lo sacaron de la celda. Al Lázaro Gadea que se le acercó para darle valor cristiano, le dijo:

—"Está bueno de padre nuestros, señor cura"...

Le bajaron en la plaza de toros y se encaminó con paso firme al banquillo.

Acevedo Díaz, que era aquel cronista, no le habló pero sus mira-

das se encontraron, y el reo, tan altivo hasta entonces, o tan insensible, le rogó en voz bastante baja:

—"Que no fuí un malvado dígalo alguna vez, por favor"...

Cuando sonó la descarga, "Montiel, como impelido por un viento huracanado, se arqueó y tambaleó hacia atrás. Luego, como si fuese atraído por una fuerza contraria, vínose hacia delante, firme sobre sus rodillas y se sacudió. Y cayó al fin de costado, entre roncos gruñidos".

Todas las ejecuciones son terribles. Pero ésta tiene detalles que hacen meditar en ese crimen legalizado.

El tiro de gracia lo dejó inmóvil. La venda se prendió fuego por el taco ardiendo y la pólvora. Y cayó sobre el pasto humeando".

"—Y entonces se vieron los ojos de Montiel fijos en el cielo, y en su semblante lívido, el ceño terrible con que lo halló la muerte".

Silenciosa desfiló ante el cadáver la infantería. La caballería, que quería intensamente al médico asesinado, tuvo frases brutales:

—"A nadie vas a casar los ojos, perro..."

—"Clavaste el pico, cuervo".

Y termina Acevedo Díaz su emocionada crónica con estas palabras:

—"Fué éste el primer reo que ví pasar por las armas. Algunos hombres he visto morir después, más ninguno con la estoica entereza de aquel negro fiero".

El ejército levantó campamento en seguida, como si la ejecución del negro Montiel, hubiera sido un toque de clarín.

Así terminó el Sitio de la Unión por las fuerzas de Aparicio, un 18 de Diciembre.

Siete días después, la Navidad y Goyo Suárez hicieron al ejército blanco un trágico regalo: el Sauce.

En este combate Goyo Suárez no dió cuartel ni tomó prisioneros. Igual cosa hizo Aparicio en Corralito y en Severino.

M A R T I N

NACIO en una de las 36 bóvedas de la plaza de toros. Allí vivía su padre, un vasco francés, que se ganaba la vida haciendo zapatillas y cuidando la plaza. Le fueron naciendo los hijos, y los fue recibiendo con alegría. Pudieron muy bien ser cubiertos los primeros llantos del niño, por los mugidos del miura embretado en el toril contiguo, o por los rugidos de la otra fiera, en los tendidos de sol y sombra.

Se crió dentro de la plaza. Sangre y arena su primer espectáculo. Con él se familiarizó, como con la campana de don Líquido, y el clarín de Sayago.

Era un niño común, pero feote, exagerada la cabeza, muy débiles las piernas combadas. Creció, y lo mandaron al *chivo*. Dejó pronto las clases, y se enfrentó con la vida. Le presentó batalla.

*
* *

No podríamos esbozar la biografía de Martín, sin insistir en su físico. No crea el lector que cargamos las tintas para acentuar el ridículo. Ese hombre nos mereció respeto. Ya diremos por qué. Los datos que agrupemos han de iluminarnos su sicología. Por eso los daremos y no por sadismo. Si Martín pudiera leer nuestra crónica no se molestaría.

Bellán, que lo conoció poco, escribió sobre él la magnífica página que incluyó en su libro "El pecado de Alejandra Leonard". No se imaginó nunca el efecto moral que produciría sobre él. Depresión y vergüenza. José Pedro Bellán venía poco a la Unión, entonces. Después se afincó entre nosotros, y llegó a sernos familiar su aire triste y su bronceada tez.

Escribió su "Miguel Arrascaeta" y lo olvidó. No debía olvidarlo Martín en lo que le restaba de vida. Por algún tiempo buscó a Bellán "para retarlo a duelo".

Si el escritor hubiera conocido la tristeza que sus líneas produjeron al "Capitán sacrificio", su noble alma hubiera sentido la necesidad de la disculpa. Piénsese ahora en lo que cuidaremos nosotros este comentario, escrito cuando ya no es posible que Martín nos pida cuentas sobre él.

Anécdotas un poco atropelladas, como acudan al recuerdo. Enfocaremos con ellas la pantalla, y el lector avisado, sabrá por qué callamos, cuando callamos.

*
* *

La más saliente arista de su carácter, era el humorismo. Hablaba en refranes a menudo, y satirizaba siempre. Cuando descubría una flaqueza, no había poder humano capaz de desviarlo de su *deber:* lo

trasmitía al primero que se le acercaba. Sus palabras iniciales eran siempre las mismas entonces: "a mí no me gusta hablar, pero"... Ya sabía el otro que tenía que parar bien la oreja... —Le pagaban el *dato,* ilusionándolo con la compra de un número.

Porque Martín era lotero desde tiempos inmemoriales. El brazo izquierdo sostenía una canasta, enorme para su talla, que le pesaba demasiado, y contribuía en mucho a hacer desesperante su marcha. Alineaba en ella los bizcochos que compraba en la panadería de Maggi, que fue de Mascaró, que fue de Beunza, que fue de Morteiro, y los polvorones que le aderezaban secretamente en casa de una familia que él nunca quiso nombrar. En la mano derecha empuñaba un palo redondeado en el que arrollaba los números que protegía de la lluvia con un pedazo de hule.

Madrugaba siempre. Pero los días de jugada se levantaba casi de noche. De entre las sombras se elevaba la voz cargada interminablemente en la y: "Para hoy... hoy... hoy... hoy... hoy..." Con ese alerta patrullaba las callejas desiertas del pueblo.

Es indudable que el grito tempranero de Martín, molestaba. Tenía que pasarle algún chasco. Y le pasó un buen día, en una casa en cuya reja había prendido su mano, como apoyándose, para taladrar a gusto las sombras: "Para hoy... hoy... hoy... hoy... hoy..." Al rato un ruido de cerrojos dió a entender que lo habían oído... Detrás de la reja envuelta en nieblas se dibujó un bulto. Y el bulto habló: "Martín... no son horas... me acuesto tarde... respetá mi descanso"... Era correcto el pedido, pero enérgico. Martín se fue. No habló. Apenas una mirada de la que el bulto no sacó mucho en limpio...

A la jugada siguiente, media hora más temprano, la voz y el eco se fueron acercando lentamente a la misma reja: "Hoy... hoy... hoy... hoy..."

El fulgor de los ojos del pregonero, traducía la fruición de la venganza bien paladeada. A él no lo regonzaba nadie...

Otra vez el ruido de la cerrajería. Sin prisa. El hombre sabía que el eco podía perderse, pero que Martín no se perdería tan ligero en la noche... Un pequeño ademán, una ligera inclinación, y toda el agua de un balde, fría, y no exageradamente cristalina, cayó sobre él. La vendeta estaba cumplida. "A hierro muere". Pasado por agua...

*
* *

Una libreta del *diario* de Martín sería fabulosa. Tal vez esperara vender la grande y quería saber a quien tenía que pedirle el *barato.* Apuntaba simpre, pero no se registraba un solo nombre propio en la libreta. "Una señorita de 45 años, que cada vez que encuentra a Arrascaeta se apresura temerosa, adquiere, por medio de su sirvienta, una tira entera: 12.106: "gata porfiada". Junto al número, queda, no el nombre del adquirente, sino el mote con que se le conoce en el pueblo, o el alias que se repite por lo bajo, o el que no se repite, pero se merece. Van apareciendo así los compradores en caricatura: *Rata de juzgado. La señorita doncella. El domador de sillas, La prudente. El avenegrísimo. Tero de bañado. Poca sangre. El petizo.*

Toda gente conocida y honorable. Un procurador; una ninfa que dió que hablar; el galán que calienta el asiento en la vereda de La Liguria; la solterona que apunta insolentemente dos fechas: la del casamiento de la nueva pareja, y la del advenimiento del primogénito... y compara; otro procurador; el hombre flaco; el hombre pálido; y el clásico amigo que ya se fue, y se extraña...

Gritando números vendía bizcochos, y esta actividad lo satisfacía más que la otra. Amplificaba la voz con la mano desecha plegada alrededor de la boca. Regionalizaba la venta para molestar al *gringo.* Pasaba junto al español que desde hacía 40 años vigilaba su pulpería en la esquina del Cerro Largo, y ofrecía entonces "Ricos los gallegos... A dos cobres los galleguitos... No valen más los gallegos"... Según el gaita, gozaba más o menos Martín. Porque a la sonrisa del almaienero don Arturo, sucedía la rabieta del boticario don Ceferino...

Otras veces era un sastre calabrés quien tenía que aguantar las *indirectas.* "Lindos los napolitanos... a dos cobres..." Torcía la boca hacia el cómplice que reía y agregaba por lo bajo: "Y son caros"...

Perseguía a las muchachas, piropeándolas. Eso de perseguirlas es una manera de hablar. Eran ellas que acortaban el paso para oirlo. "Y son buenos los bizcochos... para engordar las piernitas..."

La que no se detenía era una sílfide que rompía la balanza de Rogliardo y a la que no dejaba Martín salir de la Iglesia, sin endilgarle varios gritos: "Ahí va la gorda"... Y mostraba los números.

Todos sus pregones los acompañaba con una sonrisita propia y una voz que sólo los que la oyeron podrán revivir en el recuerdo.

Era enamorado. Codiciaba a toda mujer. Pero sentía debilidad por algunas muchachas del pueblo. Con ellas se sinceraba: "Si no me caso es porque cuesta mucho la batería de cocina...".

Hubo una época que invertía la mañana pregonando por la callecita del Asilo, a los fondos de la policía. Lo atraía una moza que poseía un tesoro inapreciable: era muda. ¿Lo molestó al comisario el drageneo, o el grito? No se sabrá nunca. Lo cierto es que prendieron a Martín, por primera y por última vez en su vida. Lo soltaron en seguida, pero el episodio lo trastornó. Su venganza la cumplió con imágenes y parábolas. "La cuña —decía— para ser buena, debe de ser del mismo palo". Y se paseaba por frente a la comisaría, con un pañuelo blanco en el sombrero, como divisa...

Se reía de todos. Y como pasa frecuentemente con los cachadores del oficio, no se perdonaba a sí mismo. "Ah, —decía— si yo tuviera la fuerza como tengo la lengua"...

Tenía un solo amor: su madre vieja, y un solo odio: María Elvira, la moza que se reía desembozadamente cuando él pasaba frente a la zuequería. Todo lo que ganaba caía por la noche en las manos sarmentosas de la que lo esperaba con amor... Ella lo esperaba en el portalón y Martín le alargaba un jarro con leche: "Con ésto no le pago mi crianza"... le decía alguna vez, como endulzando el regalo diario. Por eso decíamos al principio que este hombre que resucitamos en nuestras crónicas antiguas nos merecía respeto. Mantenía su hogar con su trabajo, siendo un tarado al que le representaba un sacrificio la venta de números y de bizcochos. Se le quería más que a los otros hijos. Las madres guardan la mejor porción de ternura para el hijo menos feliz. Los días de temporal le pedían que no saliera. Imposible detenerlo. Le colgaban entonces su madre y sus hermanas medallas y estampas de santos de los ojales y de los bolsillos. Espantaban el peligro, y lo hacían objeto de su ternura.

No temía al temporal, porque había que ganar la vida, Tenía un sobrino, Wilfrido, del que lo separó para siempre un *mal consejo*. "Martín, debías entrar en el Asilo". La mirada con que lo fulminó, fue mucho más elocuente que la jeringoza con que insultaba a los que le gritaban: *pisagüevos,* en presencia de mujeres. Porque Martín siempre tuvo el pudor de no herir la presencia grácil con palabrotas. Pero cuando le gritaban *eso* sin que ninguna dama frenara con su silueta la reacción natural del ofendido, entonces insultaba por derecho, sin eufemismos, y no paraba las maldiciones hasta no alcanzar por lo menos la quinta generación del maldecido... Y la maldición la acompañaba con una escupida terrible a la que perseguía luego, hasta pisarla con un rencoroso movimiento de rotación de su zapato claveteado.

Otras veces le rogaban que narrara la batalla femenina de aquel carnaval de 1911, que él no presenció, pero que resucitaba con maestría de gesto y fruición de guiños. "Andaban pantalones por medio". Con esa frase y un eclipse de su pupila izquierda, terminaba el romance local, y comenzaba el otro, el de la cobranza famosa, en la que el pulgarcito no perdió ni los réditos, pagados por blancas manos y rollizos brazos. Parecerá sibilina esta parte de nuestra historia. Pero nuestros antiguos vecinos dispersos, ya nos entenderán...

*
* *

Era religioso. Uno de sus cantones tenía su asiento en la escalinata de la vieja iglesia, que no será más artística que la nueva, construída sobre la demolida, pero que no lo era menos, y nosotros queríamos más. Oía misa y vendía sus números a la salida. Alguna vez, sin conocerle, alguien quiso darle una limosna en el atrio. Una puñalada para su dignidad. Peor que apedrearle a *Jazmín*, su foxterrier, o hablarle mal de Oribe, o endiosarle a Saravia. Era blanco puro, y "los blancos no son limosneros"... Era lotero, y no estiraba la mano "dando vuelta los ojos". Cierto. Se ganaba la vida de muchas maneras. Repartía volantes, tarjetas de casamento, programas de biógrafo, de aquel Venus-Salón donde se repetía "La hija del guardabosque" los jueves, sábados y domingos, y que podía esperar que Martincito terminara el reparto la misma semana de la función anunciada por él, tan sin prisa...

Odiaba a los que pretendían insultarlo socorriéndolo, con la misma pasión con que odiaba a los perreros. Apenas divisaba la jaula rodante, se ponía en guardia. No podía correr. No importa. Gritaba. Y sus gritos eran tan ruidosos y tan sostenidos, que la voz de alarma corría por el pueblo, y los muchachos la estiraban... Salvó muchos perros así, con la protección de su laringe. Rasgo simpático, que ponía al descubierto un rincón de su alma compleja.

Otro rincón, lo ocupaba la ingenuidad. Porque la tenía Martín, sobre todo en cuestiones femeninas. Entiéndase bien. Martín era presumido. Un día alguien le escribió dos cartas, en papel perfumado, y las firmó: María. Se le quejaban por su desvío. "Pasaba sin mirar. Cada día parecía más indiferente"... Las cartas, sin franqueo, fueron dejadas en la zapatería de Airaldi. No faltaba ni un día, y esa tarde, misteriosamente, se las entregó Ceferino.

Martín tuvo un sobresalto. Era la primera vez que le escribían en papel rosado, con esa letra tan pequeñita... Le parecía natural haber recibido ese pliego amable. ¿Quién sería esa muchacha que le escribía cosas tan lindas?... El codo se abría un surco en el muslo, y la mano se ahuecaba para la mejilla. ¿Será Fulana? Martín recordaba ahora que su mirada era de un tiempo atrás insinuante. ¿O Zutana? Nombraba así al grupo más selecto de mozas y señoras jóvenes del pueblo, hasta que Ceferino ponía las celosías, y Martín encaminaba su arrastre hacia las bóvedas de la plaza abandonada.

Mucho antes que olvidara la carta que se fue deshaciendo de a poco en el bolsillo cálido, la había olvidado Pancho, que fue quien la escribiera una noche que Cabral le había ofrecido ese papel perfumado en su librería... Una broma ligera, sin maldad.

Pero esa broma, nosotros lo sabemos, fue una gota de miel para el alma de Martincito, que se murió sin conocer bíblicamente a ninguna de las mujeres de su ensueño...

La enorme cabeza esa sostenida apenas por un cuello delgado y rugoso, en el que avanzaba la quilla filosa del tiroides. Magro; una nudosa cuerda trenzada con nervios, su cuerpo. Del pelo escapaba por debajo de la gorra una mecha rebelde. Cejas pobladas y duras, como su bigote que no alcanzaba a taparle del todo la boca. Los surcos de la frente siempre marcados. Parecía que le sobraba piel. Caía el párpado izquierdo bajo el peso de una *verruga.* No eran verrugas los cientos de tumores que caracterizaban a Martín. Eran vegetaciones conjuntivas, y nerviosas, creciendo apenas, pero creciendo siempre.

Su ataxia lo obligaba a adelantar el lado izquierdo de su cuerpo antes que el otro, al que arrastraba luego dificultosamente. Muy corto su pie, pero menor la extensión de su paso. Una cuadra de marcha le significaba una hora. No levantaba el pie. Lo arrastraba. Pero tan lentamente, que mirándolo fijo, parecía que estuviera inmóvil.

En el magnífico retrato de Buscasso —con placer recordamos que fue autóctono de la Unión ,el gran artista del lápiz— el mirar angustiado lo reproduce tal cual era cuando estaba solo. Porque su tristeza, su angustia, eran suyas, y él no hacía a nadie el don de mostrarlas. Se sobrecogía cuando lo sorprendían pensativo, y se enmascaraba.

En su nacimiento se plasmó su tragedia. No pidió la vida, y se la dieron en un cuerpo deforme, las piernas torcidas, una vértebra montando la otra, una cobezota llena de pelos. Quasimodo era sordo, y se evadía de la grita de la turbamulta. Pero Martín no había recibido el regalo de la sordera.

Pareciera que el espíritu mellara sus energías en la lucha diaria por amoldarse al cuerpo inarmónico. Martín conservaba tendido el suyo, y a la defensiva.

Nació bueno, pero pronto aprendió que el Hombre no lo era. Se sintió acorralado. El buen maestro lo nombró monitor para distraer tal vez la atención de los niños normales, más perversos en general, que los otros. Buena intención perdida. Reprimida la carcajada en clase, la primera esquina alcanzada le traía el grito sangriento: "Martín pisagüevos". Ahincadamente lo ofendieron, desde la escuela. Abrieron así un hueco en su alma, y por él se colaron atropelladamente el rencor, la tristeza, la vergüenza, la amargura y la angustia. Algo más, todavía, que no era natural en él, y contra la que debe haber luchado un tiempo su alma, asombrada por tamaña injusticia: la maldad.

Cuando tomó en sus frágiles manos una canasta y echó dentro los primeros bizcochos que pregonaría por las calles del pueblo, ya tenía turbia su antes limpia mirada. Como el campanero famoso, de él también se burlaron, por la joroba que no pidió, por los tumores que no lograba esconder, por su pasito corto, por su repentina seriedad, y por su risa cáustica. Aprendió pronto a burlarse de los otros, y a motejar, y a maldecir, y a no guardar para sí las miserias que los otros no le escondían, tal vez porque aflojaran ante él la guardia en un descanso imprudente, no considerándolo capaz de hacer daño, a él, que parecía apto sólo para recibirlo...

Cuando fue mayor, odiaba. No a todo el pueblo, pero a los que lo hacían sufrir, que eran los chicos siempre, y alguna vez los grandes. Pocos. Que aún entre los gavroches no deja de encontrarse almas delicadas a las que la compasión ennoblece y distingue. No es de extrañar, pues, que escarnecido y burlado, maldijera todos los días de su vida, porque no podía proceder sino como el otro, que era más viejo que él en dos milenios: la burla con que lo salpicaron, la recogió del suelo. Era el arma con que lo habían herido. El la tomó y le afiló la punta.

No conoció la picota, ni lo ataron a su rueda con engrasadas sogas, ni cayó sobre su torso desnudo el látigo nudoso. Pero la exhibición permanente a la burla de los chiquillos de varias generaciones, él la sintió carrer sobre su sensibilidad como un hilo de lava sobre una herida abierta.

¡Pobre Martín, que tuvo apenas la comprensión de algunos, junto a su soledad!...

¡Cómo pedir a su alma atormentada la conformidad de los grandes!

La de Job, a quien le rescataron su dicha, y no maldijo. O la de Larrañaga, que bendecía a Dios, porque estando ciego, tenía todavía la dicha de sentir "en la cara el viento suave de la mañana"...

*
* *

Octubre de 1926. En la sala del Hospital, donde enseñaron muchos años medicina y humanismo primero Visca y después Ricaldoni, un profesor extranjero habla de un sindrome raro. Recklinghousen había cruzado los mares para describirnos *su* enfermedad.

Se ha logrado un *caso*. Allí está, queriendo hurtarle a las miradas, su desnudez. Sólo una gran esperanza pudo empujarlo al sacrificio inaudito. Le habían hablado de ese hombre como de su salvación. Para una biopsia se le cortan de la espalda las dos verrugas mayores. Luego se viste, terminada ya la tortura. Se le ha vendado bien. No sangrará.

Volvió a la Unión como iluminado.

Noche alguna de su vida abrió Martín, como aquella, su alma a la esperanza inmensa. Estaba despierto aún, y veía en las sombras del cuarto al extranjero. Un mago, vestido con ampla túnica, grandes mangas, y un bonete puntiagudo y largo. Su vara le rozaba la espalda, y la piel gruesa y verrugosa se volvía sedosa y sin bultos, y la columna se enderezaba, escamoteando la giba. La varita tocaba las manos y el cuello, y el valor del hombre dormido llegaba entonces hasta la consulta en el espejo. ¡Era maravilloso! Limpio el rostro, tersa la piel, la mirada otra vez confiada y franca.

Era un renacimiento.

De pronto, con un leve ruido, cayó una gota al suelo. Luego otra. Se hicieron más frecuentes y llegaron a formar un ligerísimo chorro. Las heridas de la espalda sangraban, y él estaba solo, y dormido.

Se veía ahora por las calles del pueblo, caminando con soltura, casi con gallardía. La sangre seguía cayendo, a través del colchón empapado. Ya podrá mirar de frente a las muchachas del pueblo. Dejará la canasta. No volverá a ser lotero. Ahora el hombre dormido, sonríe.

Acaba de decidir la muerte de Martín pisagüevos. Vivirá alejado un tiempo. Cuando regrese nadie lo reconocerá. Perdió la joroba, la comba de sus piernas, las verrugas, el aire de vencido, la angustia. Nadie encontrará relación entre ese hombre gallardo, que *vive* en el pueblo, y el *otro*. El *otro*, a quien acaba de matar el mago extranjero.

La sangre sigue el declive de las tablas, y se escapa del cuarto. Ya puede apreciarse la palidez del hombre dormido. Está frío, pero él no lo siente. Inmóvil, pero con quietud voluntaria. No ha de romper el embrujo, la oruga que ve las alas tan cerca...

Le habían puesto el sobretodo a los pies, como un abrigo, y él siente su peso. En uno de sus bolsillos está el sobre perfumado que le mandaron una tarde. ¿Quién sería la muchacha que se quejaba en la carta de su desvío? Tal vez Carlota, la rubia del pasaje de los membrillos, que nunca se había reído de él, y lo saludaba por su nombre. O Maruja, la de los ojazos negros y trenzas sueltas. Sí. Más bien Maruja...

Y murió.

Toda su sangre había huído en el ensueño dichoso. El primer ensueño de Martín.

Y el último.

INDICE

Este libro se terminó de imprimir
el día 23 de Agosto de 1962
en los Talleres Gráficos de
IMPRESORA LIGU S. A.
Cerrito 738 - Montevideo